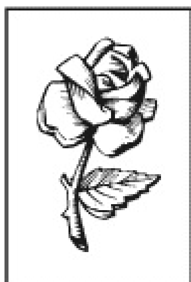
Josemaría Monforte

CONOCER LA BIBLIA

Iniciación a la Sagrada Escritura



RIALP



CONOCER LA BIBLIA

Primera edición: Febrero 1997
Segunda edición: Diciembre 2009

Alcalá, 290 - 28027 MADRID (España)
www.rialp.com
ediciones@rialp.com

NIHIL OBSTAT, † Agustín, Arzobispo de Valencia, 4 de octubre de 1996
Fotografía de portada: Anónimo s. XVIII, pintura al fresco. Abanassi (Bulgaria).
ISBN eBook: 978-84-321-4245-1
ePub: **Digitt.es**

ÍNDICE

TABLA DE ABREVIATURAS

AAS	*Acta Apostolicae Sedis*
AG	Concilio Vaticano II, Decr. *Ad gentes.*
CEC	*Catecismo de la Iglesia Católica,* Madrid 1992
CT	Juan Pablo II, Exh. Apost. *Catechesis tradendae,* 16-X-1979
DAS	Pío XII, Enc. *Divino afflante Spiritus,* 30-IX-1943
Dz	Dentzinger, *El Magisterio de la Iglesia,* Herder, Barcelona 1963
DV	Concilio Vaticano II, Const. *Dei Verbum*
EB	*Enchiridion Biblicum*
GS	Concilio Vaticano II, Const. *Gaudium et spes.*
IBI	PCB, *La interpretación de la Biblia en la Iglesia,* 21-IX-1993
IGMR	*Instructio Generalis Missale Romano*
LG	Concilio Vaticano II, Const. *Lumen gentium*
PD	León XIII, Enc. *Providentissimus Deus,* 18-XI-1893
SC	Concilio Vaticano II, Const. *Sacrosanctum Concilium*
SP	Benedicto XV, Enc. *Spiritus Paraclitus,* 15-IX-1920
UR	Concilio Vaticano II, Decr. *Unitatis redintegratio*

INTRODUCCIÓN

Hace años me contaron una anécdota. No recuerdo el nombre del protagonista, ni los detalles de este suceso, pero su contenido quedó grabado en mi memoria.

Un sacerdote viajaba en tren desde la ciudad donde residía hasta un pueblo cercano, desconocido entonces para él, para dar una conferencia sobre la Biblia. Cuando llegó, en la estación del pueblo no había nadie a quien preguntar, pero observó a un grupo de niños que estaban jugando al fútbol en un descampado próximo. Se acercó a ellos en busca de información. «Perdonad que os interrumpa —les dijo—, ¿alguno me podría indicar cómo se va desde aquí al Ayuntamiento?». En seguida se acercaron todos rodeándole y uno más espabilado, balón en mano, inicia con el forastero este diálogo:

—Oiga Padre, ¿qué se le ha perdido en el Ayuntamiento?

—Tengo que dar allí una conferencia —responde el cura, pasando por alto la impertinencia del chico.

—Y... ¿de qué les va a hablar?

—Pues mira... —contesta divertido el sacerdote— les voy a hablar de cómo se va al Cielo.

El asombro se pinta en la cara del niño y suelta espontáneo:

—Les va hablar de cómo ir al Cielo... ¡y no sabe cómo se va al Ayuntamiento!

Me siento un poco identificado con este sacerdote, porque mi intención con estas páginas es también mostrarte el camino del Cielo, a través de la Biblia. Resumir en pocas páginas lo que es la Biblia —o "cómo ir al cielo"— no es nada fácil. Entre otras cosas, porque la Biblia es una biblioteca de 73 libros sobre los que se han escrito bibliotecas y bibliotecas.

El Libro santo tiene una riqueza inagotable. Es el "libro de cabecera" de los cristianos, porque es la Palabra de Dios en palabras humanas, dirigida a los hombres de todo lugar y de todo tiempo. Conocer la Biblia es conocer a Dios; conocer mejor la Biblia es conocer mejor a Dios; vivir lo que allí aprendemos es acercarnos al Cielo aquí en la tierra..., aunque no sepamos "ir al Ayuntamiento" de tantas cosas de esta vida.

Para presentarte brevemente el contenido de las Escrituras santas, recurro a cinco nociones básicas, buscando una síntesis sencilla: revelación, historia, literatura, salvación e Iglesia. La Biblia es el momento privilegiado y cumbre de la revelación de Dios,

manifestación divina a los hombres a través de la historia. La Biblia es una obra literaria, una literatura peculiar que contiene un mensaje divino de salvación, dirigido a todos los hombres y que guarda como «en depósito» la Iglesia fundada por Jesucristo, como instrumento salvífico.

La primera parte de este libro —Biblia, Revelación e Historia— presenta, en primer lugar, el marco divino del “cuadro” bíblico (cap. I); conocer la naturaleza de la revelación divina es esencial para entenderla cuando se hace “libro”, Palabra de Dios escrita. Pero esta revelación tiene a su vez otro marco humano: la historia de los hombres (cap. II) en la que se redactaron los textos de estos libros (cap. III).

La segunda parte, se ocupa de la obra literaria —La Biblia como literatura—, donde estudiaremos los rasgos particulares de una literatura inspirada por Dios a los autores humanos (cap. IV); normativa, porque es regla de fe o canon de los creyentes (cap. V); santa y una, porque procede de la santidad del Dios Único —autor de los libros— y está destinada a la santidad de los hombres (cap. VI); y humana —escrita por hombres, en un lenguaje humano—, y necesitada de interpretación (cap. VII).

En la tercera parte —Biblia, Salvación e Iglesia—, trataremos del mensaje salvífico que dirige a todos los hombres. La salvación es un proyecto divino que, desde los primeros tiempos de la humanidad, tiene un desarrollo que culmina en Jesús de Nazaret, el Hijo de Dios hecho hombre. La Iglesia por Él fundada, en la roca de Pedro y en los demás Apóstoles, es el instrumento salvífico para instaurar el Reino de Dios en la tierra hasta la Parusía o Segunda venida del Señor; tiene, entre otras, la misión de custodiar la revelación divina, en general, y las Escrituras, en particular, para defenderlas de posibles errores o desviaciones y para difundir la Palabra de Dios a todas las naciones hasta el fin de los tiempos.

El Antiguo Testamento es el tiempo de la preparación del Evangelio: las palabras y hechos que se narran en los libros de la Antigua Alianza muestran la maravillosa pedagogía divina en su designio de salvación (cap. VIII). El Nuevo Testamento es la revelación de Jesucristo y su Buena Nueva, plenitud de los tiempos, donde se cumplen las promesas y se realizan las profecías, donde se abre el camino a la consumación de la Historia (cap. IX). Finalmente, nuestra mirada se vuelve a la Iglesia (cap. X) para contemplar el uso de la Biblia en la vida cotidiana de los creyentes, que alimentan su vida espiritual, no sólo con el “pan eucarístico”, sino también con el “pan de la Palabra de Dios” para cumplir la voluntad del Padre que está en los cielos.

En esta breve exposición he acudido fundamentalmente a tres documentos: la Constitución Dogmática Dei Verbum, del Concilio Vaticano II acerca de la divina revelación; el Catecismo de la Iglesia Católica, publicado por Juan Pablo II el 11-X-1992; y el documento de la Pontificia Comisión Bíblica, La interpretación de la Biblia en la Iglesia, del 15-IV-1993. La Bibliografía que acompaña al final del libro puede servir para ampliar tantos temas que sólo he podido enunciar.

A la hora de los agradecimientos, debo recordar en primer lugar a mi maestro y amigo, el Prof. Casciaro, que hace tantos años infundió en mí el amor a las Escrituras santas y ha seguido alentándome en todos mis trabajos. También agradezco sinceramente al editor su colaboración en el empeño de lograr una divulgación eficaz de cuestiones tan centrales en la vida de cualquier cristiano. Finalmente, mi agradecimiento a María, la Madre de Jesús —con un libro a Ella dedicado se inicia esta «Biblioteca de Iniciación Teológica»— que aunque apenas aparece en estas páginas, la he tenido muy presente al redactarlas, sabiendo que siempre se alegra cuando se trata de conocer a su Hijo. A ella me encomiendo y bajo su dulcísima protección pongo los frutos apostólicos de este trabajo.

PRIMERA PARTE

BIBLIA, REVELACIÓN E HISTORIA

Capítulo I

LA REVELACIÓN DIVINA
Palabras y hechos bíblicos

La *Biblia* es el libro que contiene la Palabra de Dios expresada en palabras humanas. Es una gran obra literaria; un libro único, inagotable, inigualable, donde se encuentra todo lo que se refiere a Dios y al hombre. Es la obra más editada, más vendida, más leída y más estudiada de cuantas se han escrito. Es, sin duda, el libro que más ha contribuido a configurar la cultura occidental. El término «biblia» procede del griego y significa etimológicamente «libros» o «libritos». La Iglesia griega usaba este plural para designar la colección completa de las *Escrituras sagradas.* Desde los comienzos del cristianismo, la Biblia ha sido la base de la vida espiritual, y de la predicación y enseñanzas de la doctrina cristiana.

La Biblia: Antiguo y Nuevo Testamento

La colección de los 73 libros que forman la SAGRADA ESCRITURA tiene dos partes bien diferenciadas, llamadas «Antiguo Testamento» (AT) y «Nuevo Testamento» (NT), que corresponden a los escritos antes o después de la venida de Cristo. La palabra «testamento» equivale aquí prácticamente a *pacto* o *alianza.*

El AT está compuesto por 46 libros[1], que contienen todo lo que *Yahweh-Dios* revelaba a su pueblo para conducirle hacia un reino de plenitud para alcanzar una felicidad duradera[2]. Estos libros han sido aceptados también por los cristianos, porque en ellos descubren la preparación del gran acontecimiento salví-fico en Jesucristo. Los cristianos —en busca de nuestras raíces— ponemos gran empeño en familiarizarnos con el mensaje de estos libros tan distintos, en los que se recoge la andadura del pueblo de Israel desde sus orígenes hasta la aparición histórica de Jesús.

Se llama NT al conjunto de los restantes 27 libros, escritos de acuerdo con la «Nueva alianza» de Jesucristo, grabada no sobre tablas de piedra, sino sobre corazones de carne. Todos ellos anuncian la «Buena Nueva» proclamada por Jesús. Los cristianos tenemos la firme convicción de que tales libros contienen todo cuanto Dios nos ha querido enseñar —a través de Jesús— para librarnos de las ataduras del pecado e introducirnos en ese reino de gracia, cuya meta final es la vida eterna, el cielo para siempre.

La actual división de la Biblia en capítulos y versículos se remonta al siglo XVI, por Roberto Stephan, si bien el primero que introdujo la división de los capítulos, en las copias de la versión latina de la Vulgata, fue Stephan Langton hacia el año 1214; y más tarde, Sanctes Pagnini dividió cada capítulo en versículos, en la edición latina de la Biblia hecha en Lyon en el año 1528[3].

Ahora bien, AT y NT son dos partes de *una misma historia de salvación,* y aunque los cristianos pertenecemos ya al pueblo de la «Nueva Alianza», no por ello podemos ignorar cuanto se refiere a aquella «Antigua Alianza» que durante tantos siglos preparará a la humanidad para la llegada de la «plenitud de los tiempos»[4]. La Sagrada Escritura vivió durante mucho tiempo en la tradición oral y sólo después, las leyes, las palabras de los Profetas, las sentencias de los Sabios, los cantos y poemas de los Salmistas y los recuerdos históricos de las intervenciones salvíficas de Dios, se fijaron por escrito.

La Revelación divina

Un hecho central y uno de los misterios fundamentales de la religión cristiana es que se nos presenta como originada y fundada en una Revelación histórica. Si Dios no fuese *misterio*, no habría necesidad de revelación alguna. El término «revelación» significa literalmente "quitar el velo que oculta algo"; en fotografía —"revelar" unos clichés—, en periodismo —"revelar" algo en una noticia—, etc., son aplicaciones hoy vigentes de este término. En su aspecto religioso quiere decir la *manifestación que Dios hace a los hombres de su propio ser* y de aquellas otras verdades necesarias o convenientes para la salvación. Dicho de otro modo, la revelación divina es un hablar Dios a los hombres *(locutio Dei adhomines);* es decir, Dios que sale al encuentro del hombre y se da a conocer de dos maneras: una *natural* y otra *sobrenatural.* La primera se produce a través de las criaturas; el hombre, mediante su inteligencia, puede conocer a Dios con certeza a partir de sus criaturas, como se reconoce a un artista a través de su obra; éste es nuestro conocimiento *natural* de Dios. La segunda viene directamente de Dios: es otro conocimiento que el hombre no puede alcanzar por sus propias fuerzas y, por eso, lo llamamos *sobrenatural*[5]. Por una decisión enteramente libre, Dios revela *su misterio* al hombre, es decir, su plan de salvación para todos los hombres, y lleva a cabo ese plan enviando a su Hijo amado y al Espíritu Santo.

¿Por qué se reveló Dios? Porque quiso y porque nos ama. ¿Con qué finalidad? Para darse a conocer de modo gratuito e invitarnos a una íntima comunión con Él, a través de una relación de amistad. «El Dios invisible, movido de amor, habla a los hombres como amigos, trata con ellos para invitarlos y recibirlos en su compañía»[6]. La revelación divina es, pues, un gran regalo, don inmerecido e inesperado del amor de Dios, en forma de diálogo amoroso, «conversación» o comunicación entre amigos. Por eso, la revelación es inaugurada aquí en el tiempo, mediante la fe —respuesta humana a esa interpelación divina—, pero destinada a llegar a su plenitud en el más allá, en el encuentro cara a cara de cada hombre con Dios. En definitiva, «al revelarse a sí mismo, Dios quiere hacer a los hombres capaces de responderle, de conocerle y de amarle más allá de lo que ellos serían capaces por sus propias fuerzas»[7].

Revelación por medio de palabras y de obras

La revelación divina es realmente Palabra de Dios, pero es también —e inseparablemente— acontecimiento, manifestación y desarrollo del plan de Dios a lo largo de la Historia. «El plan de la revelación —afirma el Concilio— se realiza por *obras y palabras* intrínsecamente ligadas; las obras que Dios realiza en la historia de la salvación manifiestan y confirman la doctrina y las realidades que las palabras significan; a su vez, las palabras proclaman las obras y explican su misterio. La verdad profunda de Dios y de la salvación del hombre que transmite dicha revelación, resplandece en Cristo, mediador y plenitud de toda revelación»[8].

La salvación de Dios aparece en todo lo que hace al intervenir en la historia de los hombres y no sólo en la conciencia de los creyentes al tener conocimiento de esa historia. Nos encontramos, pues, ante una estrechísima relación entre las palabras bíblicas y los hechos que esas palabras narran. Mediante la *Sagrada Escritura* Dios da a conocer el *sentido salvífico* de los acontecimientos, y éstos pueden así comprenderse como *historia de salvación.*

Para profundizar en el misterio de la palabra divina, es preciso tener en cuenta que «Dios habla en la Escritura por medio de hombres y en *lenguaje humano;* es decir, el intérprete de la Escritura, para conocer lo que Dios quiso comunicarnos, debe estudiar con atención lo que los autores querían decir y Dios quería dar a conocer con dichas palabras»[9]. Además, no se puede perder de vista que la Palabra divina no es una pura información neutra y distante, sino que trata de comunicarse con los hombres, dándose a conocer y, a la vez, que se revela, pide una respuesta.

El encuentro de Dios con el hombre se realiza *por medio* de la historia, es decir, por medio de hechos, acontecimientos y acciones que después son explicados por medio de palabras. Por ejemplo, en el Sinaí, Dios comienza por pronunciar su nombre ante el pueblo: «Yo soy Yahweh, tu Dios»[10]; y antes de darles los *Mandamientos* en las Tablas de la Ley —las *Diez Palabras*—, les recuerda: «Yo soy Yahweh, tu Dios, el que te sacó de Egipto, de la esclavitud»[11]. Nos permite así entender cómo Dios para explicar su nombre, es decir, revelarnos quién es, no acude a un concepto o elucubración intelectual complicada y misteriosa acerca de su naturaleza, sino que hace referencia a su acción, recién cumplida, de liberación de la esclavitud.

La *palabra bíblica* viene desde un pasado real —y no sólo desde el pasado, sino al mismo tiempo desde la eternidad de Dios—; pero pasa *por el camino del tiempo*, al cual corresponden pasado, presente y futuro. Lo verdaderamente revelador es, pues, una historia de sucesos, no un hecho aislado. La historia humana que nos presenta el texto bíblico no es reveladora por sí misma, sino cuando viene acompañada por la palabra que descubre el significado de lo que acontece. Un ejemplo clarificador es la conducta de Jesús en el lavatorio de los pies a sus discípulos en la Ultima Cena. Jesús primero actúa y luego explica su actuación: «Después de lavarles los pies tomó el manto, se puso de

nuevo a la mesa, y les dijo: ¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis el Maestro y el Señor, y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, que soy el Señor y el Maestro, os he lavado los pies, vosotros también debéis lavaros los pies unos a otros. Os he dado ejemplo para que como yo he hecho con vosotros, así hagáis vosotros»[12]. En el relato bíblico, pues, se descubre no solo el carácter único de un acontecimiento histórico, sino también el valor permanente de lo que Dios nos enseña con ese acontecimiento.

Etapas de la revelación divina

Dios se comunica con el hombre poco a poco, paso a paso, por etapas. Con una maravillosa *pedagogía* se revela en una historia de salvación, gradual y progresivamente, no lo dice todo de una vez[13]. Los jalones o etapas de esta revelación divina son en síntesis: el*protoevangelio* o primer anuncio de salvación[14], la alianza con Noé, la elección de Abrahán con la alianza y las promesas, el Éxodo o salida de Egipto con Moisés y la alianza sinaítica, la promesa a David de un Mesías descendiente de su linaje, el Exilio o cautividad babilónica y la vuelta a la Tierra Prometida en el AT; la Encarnación del Redentor, la Iglesia fundada por Cristo y, finalmente, la Pa-rusía o Segunda venida del Señor en el NT.

En efecto, *Dios se da a conocer desde los orígenes* en todo lo que ha creado por su Verbo y, especialmente, en aquella relación personal que estableció con nuestros primeros padres, a quienes «invitó a una comunión íntima con Él revistiéndolos de una gracia y de una justicia resplandecientes»[15]. Esta revelación no fue interrumpida por el pecado original, ya que «después de su caída alentó en ellos la esperanza de la salvación con *la promesa de la redención*, y tuvo incesante cuidado del género humano, para dar la vida eterna a todos los que buscan la salvación con la perseverancia en las buenas obras»[16]. Al quebrarse por el pecado la unidad del género humano, Dios hace un pacto o *alianza con Noé* después del castigo del diluvio; este pacto afecta a toda la humanidad y revela el plan divino con todas las naciones de la tierra.

Más tarde, para reunir a la humanidad dispersa, Dios *elige a Abrahán* llamándolo fuera de su tierra, de su patria y de su casa, y lo hace padre de una multitud de naciones[17]. El pueblo nacido de Abrahán será el depositario de la *promesa* hecha a los patriarcas, el pueblo de la *elección*, llamado a preparar la reunión un día de todos los hijos de Dios en la Iglesia; ese pueblo será el tronco en el que serán injertados los paganos hechos cre-yentes[18]. Desde entonces la humanidad queda dividida entre el pueblo que nace de Abrahán —los judíos— y el gran resto de la humanidad —los gentiles.

«Después de la etapa de los patriarcas, Dios constituyó a Israel como su pueblo, salvándolo de la esclavitud de Egipto. Estableció con él la *alianza del Sinaíy le dio por medio de Moisés su Ley,* para que lo reconociese y le sirviera como al único Dios vivo y verdadero, Padre providente y juez justo, y para que esperase al Salvador prometido»[19]. Moisés será desde entonces punto de referencia obligado del pueblo elegido, centro del resurgimiento hacia el cual Israel deberá volver, una y otra vez, después de sus crisis, para permanecer fiel a su vocación de Pueblo de Dios. Por eso, en momentos especialmente solemnes, se renovará la antigua Alianza.

La larga estancia en la Tierra Prometida fue forjando la religión y la historia de Israel. A impulsos del Espíritu divino, Jueces y Reyes defendieron la independencia nacional,

condición necesaria para conservar la pureza monoteísta de sus creencias. Más tarde, Dios forma a su pueblo, a través de los *profetas*, en la esperanza de la salvación —el *Mesianismo* del AT—, en la espera de una Alianza nueva y eterna destinada a todos los hombres, grabada en los corazones y que tendrá su cumplimiento en el Cristo o Mesías, Jesús de Nazaret[20]. Los profetas como portavoces divinos fueron profundizando en las verdades de la Revelación.

«Al mismo tiempo y, sobre todo en los últimos siglos de la historia del AT, y también a impulsos del mismo Espíritu divino, se ha ido desarrollando la *sabiduría* hebrea: espíritus selectos, escogidos por Dios, formados en la meditación de la Ley y en las enseñanzas de los Profetas, y cultivados en la reflexión profunda sobre la vida, irán elaborando, bajo la inspiración del Espíritu Santo, la llamada literatura *sapiencial* del AT, que completará la Revelación, preparando a los hombres para la venida del Mesías Salvador en la "plenitud de los tiempos"»[21].

La plenitud de la revelación

Y por fin, la *plenitud de los tiempos:* la Encarnación del Verbo de Dios, Jesucristo. ¿Han comenzado ya los *últimos tiempos* de la historia? Sí, porque «Dios habló a nuestros padres en distintas ocasiones y de muchas maneras por los Profetas. *Ahora, en esta etapa final nos ha hablado por el Hijo*»[22]. La Encarnación supone que la Palabra eterna habita entre los hombres y revela la intimidad de Dios, hablando las palabras de Dios, realizando la obra de la salvación que Dios Padre encomendó a su Hijo. «Por eso, quien ve a Jesucristo, ve al Padre; Él, con su presencia y manifestación, con sus palabras y obras, signos y milagros, sobre todo con su muerte y gloriosa resurrección, con el envío del Espíritu de verdad, lleva a plenitud toda la revelación y la confirma con testimonio divino; a saber, que Dios está con nosotros para librarnos de las tinieblas del pecado y la muerte y para hacernos resucitar a una vida eterna»[23].

La conclusión no puede ser más contundente: el Hijo de Dios hecho hombre es, pues, la Palabra única, perfecta e insuperable del Padre; en Él lo dice todo, no habrá otra palabra más que ésta, como afirma san Juan de la Cruz[24]. En cada una de las páginas inspiradas me encuentro con una persona: Cristo, y no con una presencia sin rostro. «Toda la Escritura —decía Hugo de san Víctor— constituye un único libro, y su título es *Cristo».* Y de tal afirmación esta consecuencia necesaria: «por ser alianza nueva y definitiva, nunca pasará; ni hay que esperar otra revelación pública antes de la gloriosa manifestación de Jesucristo»[25]. Aunque la Revelación esté acabada —se ha clausurado con la muerte del último apóstol[26]—, no está completamente explicitada; su contenido podrá ser conocido mejor y gradualmente en el transcurso de los siglos. Esta es una razón de la misma existencia de la Iglesia.

La palabra divina entregada por Cristo a su Iglesia

Jesús entrega a la Iglesia su Palabra divina de dos maneras: *oralmente y por escrito*. Por una parte, los Apóstoles, con su predicación y su ejemplo, transmitieron de palabra lo que habían aprendido de las obras y palabras de Cristo y lo que el Espíritu Santo les enseñó; y, por otra parte, los mismos Apóstoles —junto con otros de su generación— pusieron por escrito el mensaje de la salvación inspirados por el Espíritu Santo[27].

Por eso, junto a la Sagrada Escritura existe también en la Iglesia la *Sagrada Tradición*[28], que recibe la palabra de Dios, encomendada por Cristo y el Espíritu Santo a los apóstoles, y la transmite íntegra a los sucesores; «para que ellos, iluminados por el Espíritu de la verdad, la conserven, la expongan y la difundan fielmente en su predicación»[29]. Ambas constituyen el *sagrado depósito* que contiene verdades de orden tanto sobrenatural, como natural[30]. De esta forma, «la Tradición y la Escritura están estrechamente unidas y compenetradas, manan de la misma fuente, se unen en un mismo caudal, se ordenan hacia el mismo fin»[31].

La Biblia guarda, pues, toda la verdad, y sólo puede ser leída y comprendida dentro de la Tradición de la Iglesia. ¿Dónde buscar las enseñanzas de la Sagrada Tradición? Principalmente en las enseñanzas del Magisterio universal de la Iglesia, en los escritos de los Santos Padres, y en las palabras y usos de la Sagrada Liturgia. La misma vida de la Iglesia nos muestra que los herejes de todos los tiempos —así actuó el demonio cuando tentó a Cristo en el desierto— han acudido a la Sagrada Escritura para apoyar sus creencias... y enseña la experiencia de los siglos que cuando se prescinde de la Tradición es muy difícil captar la integridad del mensaje revelado. Gracias a la Tradición, por ejemplo, la Iglesia conoce el *canon* o lista de los libros sagrados y los entiende cada vez con más profundidad.

La Biblia debe ser leída en la Iglesia y con la Iglesia. El mismo Cristo quiso que hubiera en Ella un *Magisterio vivo* con el oficio de interpretar auténticamente la palabra divina, escrita o transmitida oralmente, ejerciendo su autoridad en nombre de Jesucristo; esto es, encomendada a los Obispos —sucesores de los Apóstoles— en comunión con el Papa —sucesor de Pedro—[32]. *Tradición y Escritura* han sido confiadas a la Iglesia y, dentro de Ella, sólo al *Magisterio* corresponde interpretarlas auténticamente y predicarlas con autoridad. Y así, ambas se han de recibir e interpretar con el mismo espíritu de devoción[33]. La Iglesia no añade nada esencial a la Biblia, pero sólo en la Iglesia adquiere la Sagrada Escritura su verdadera comprensión; es decir, el Magisterio «no está por encima de la palabra de Dios, sino a su servicio, para enseñar puramente lo transmitido, pues por mandato divino y con la asistencia del Espíritu Santo, lo escucha devotamente, lo custodia celosamente, lo explica fielmente; y de este único depósito de la fe saca todo lo que propone como revelado por Dios para ser creído»[34].

Conclusiones

La Revelación divina nos ha prestado el marco justo a las palabras y acontecimientos que se narran en los libros sagrados. La principal causa de una incorrecta o incompleta comprensión del texto sagrado se debe con frecuencia más a la ignorancia que a la malicia. El Magisterio de la Iglesia para evitarlo nos aconseja tres cosas: la primera, meditar, estudiar y contemplar las *Escrituras* repasándolas en nuestro corazón, y en particular anima a los investigadores a profundizar en el conocimiento de la verdad revelada; en segundo lugar, escuchar al Papa y a los Obispos en comunión con él, porque son los sucesores de los Apóstoles en el carisma de la verdad, y, finalmente, tratar de comprender internamente los misterios que vivimos[35].

En efecto, la lectura meditada de la Biblia ha hecho muchos santos. Al meditar los contenidos de la Revelación divina los *santos* exponen y formulan nuevos conceptos, o subrayan otros ya conocidos, es decir, su admirable aportación en el ámbito teológico y espiritual se debe más a la expresión de una experiencia carismática contemplando los textos bíblicos, que a reflexiones específicas previas tomadas de fuentes ajenas[36].

No basta, pues, el estudio de los textos bíblicos; si queremos crecer en la inteligencia del «depósito» revelado hemos de pedir luces al Espíritu Santo para ahondar, cada vez más, en la Palabra de Dios que es también palabra humana, que hace la historia y se hace en la historia, que es verdad definitiva y a la vez progresiva, leída en la Iglesia y «releída» con la Iglesia, que es acontecimiento pasado y actual.

1 Cfr CEC, 120. Una tabla completa de los libros de la Biblia, se encuentra en la Tabla I, en pág. 163.

2 Los judíos para referirse a las Escrituras dicen tradicionalmente la Ley (Toráh), los Profetas (Nebiim) y los Escritos (ketubim), expresión que se hace clásica desde el prólogo del libro del Sirácida (o Eclesiástico). También llamaban a la Biblia Miqrá, el libro de la lectura o sagrada Escritura. Otro modo popular de referirse a ella era Tanak, palabra formada por la iniciales de Toráh, Nebiim y Ketubim.

3 Para una exposición más amplia, cfr GER, voz Biblia I.

4 Gal 4,4.

5 Cfr DV, 6; CEC, 50.

6 DV, 2.

7 CEC, 52.

8 Cfr Mt 11,27; Ioh 1,14.17; 14,6; 17,1-3; 2 Cor 3,16; 4,6; Eph 1,3-14. Vid. DV, 2.
9 DV, 12.
10 Ex 20,2a.
11 Ex 20,2b.
12 Ioh 13,12-17
13 Cfr CEC, 70-73; DV, 3.
14 Gen 3,15.
15 CEC, 54.
16 CEC, 55; DV, 3.
17 «En ti serán benditas todas las naciones de la tierra». Cfr CEC, 59.
18 Cfr CEC, 60.
19 CEC, 62.
20 Cfr CEC, 64.
21 Cfr Gal 4,4.- AA.VV., Sagrada Biblia. Santos Evangelios, Eunsa, Pamplona 1990, p. 36.
22 Heb 1,1-2.
23 DV, 4.
24 Citado en CEC, 65.
25 DV, 4.
26 Cfr CEC, 65-67; 73.
27 Cfr CEC, 76; DV, 7.
28 Cfr DV, 8; CEC, 78.
29 CEC, 81.
30 Cfr DV, 10; CEC, 84.
31 DV, 9.
32 Cfr CEC, 85.
33 Cfr DV, 9; CEC, 82.
34 DV, 10; CEC, 86; cfr CEC, 95.
35 Cfr CEC, 94; DV, 8.
36 Cfr por ejemplo, AA.VV., Santos en el mundo. (Estudio sobre los escritos del Beato Josemaría Escrivá), Rialp, Madrid 1993.

Capítulo II

LOS LIBROS DE LA BIBLIA
El país, los escritos y su historia

Los hechos son anteriores al escrito que los narra, porque es evidente que los pueblos no comienzan su historia escribiendo libros. Al adquirir hoy una «Biblia», el ejemplar que tenemos en nuestras manos esconde bajo su apariencia uniforme no sólo la diversidad de los 73 libros que se unen en una misma encuadernación, sino también el misterio de sus orígenes. La experiencia religiosa de Israel —lo mismo que la de la Iglesia—, tiene su origen no en la Biblia, sino en la Revelación divina, una experiencia peculiar de comunión entre Dios y su pueblo. La Sagrada Escritura nos da noticia de esa experiencia.

El país de la Biblia

Afirma una antigua y sabia sentencia que «geografía y cronología son las dos muletas de la historia». ¿Cuál es el marco geográfico e histórico de la Biblia? El país bíblico por antonomasia es *Palestina,* si bien, en general, tendríamos que hablar de todo el mundo antiguo, y en particular, de la franja en forma de media luna que va desde el Golfo Pérsico —ascendiendo por los cauces de los grandes ríos, Tigris y Eúfratres—, cruza en dirección sur el litoral costero siro-palestino para prolongarse por el fértil valle del Nilo. Este es el escenario geográfico en el que se desarrolla la intervención de Dios en la historia de la humanidad que testimonian los escritos bíblicos.

La Biblia inicia *la historia de la salvación* con la llamada de Abrahán[1], que tuvo lugar fuera de Palestina, en Mesopotamia. La salida de Israel de Egipto y el milagro del paso del Mar Rojo —hecho salvífico fundamental de la Antigua Alianza— aconteció fuera de las fronteras de la tierra de Canaán. Hay libros bíblicos en los que toda la acción transcurre en otros países; por ejemplo, el de *Ezequiel* en Babilonia, el de *Tobías* en Asiria y Media, o el de *Ester* en Susa, residencia de los reyes persas. Conocemos también por el primer libro de los *Macabeos*[2] una alusión a Alejandro Magno y sus conquistas hasta las inmediaciones del Himalaya; y en este mismo libro se menciona a Roma por vez primera en la Biblia[3]. Además, el escenario de los libros del NT se extiende por toda la cuenca del Mediterráneo oriental y algunos puntos de la occidental.

Ahora bien, sea cual fuere su amplio marco, es indudable que el centro geográfico e histórico de los relatos bíblicos es la *tierra de Canaán* o Palestina. Dios llama a Abrahán y lo saca de Mesopotamia para llevarlo a la tierra de Canaán[4]; después guía a Israel desde Egipto, para darle la tierra de Canaán[5]. Y, años más tarde, los israelitas desterrados en Asiria, Media, Babilonia y Persia creen, esperan y adoran a un Dios que tiene su Templo en Jerusalén. Por tanto, el territorio entre la ciudad más norteña a la más meridional de la Palestina bíblica —«desde Dan a Beer-Seba»— es el espacio geográfico por el que discurre preferentemente la historia de Israel, y en particular la vida de Jesucristo. Y desde Jerusalén —centro político y cultual desde David, un milenio antes— parten los Apóstoles para proclamar su mensaje a todo el mundo.

La memoria de un pueblo

Se ha dicho siempre, y con razón, que la «memoria» de un pueblo es su historia. Las narraciones de unos acontecimientos históricos, leyes y preceptos, cantos y poemas, sentencias y proverbios, etc., han sido transmitidos oralmente, de generación en generación; la palabra ha precedido sin duda al uso de la escritura. Para comprender cómo nació la Biblia hemos de referirnos necesariamente a la cultura de un pueblo en una época determinada, con su lengua propia, sus particulares costumbres, su patrimonio espiritual, etc.

Un lector de nuestro tiempo, para acercarse a los libros ve-tero-testamentarios, debe hacer el esfuerzo de despojarse de la mentalidad propia de nuestra cultura: hombres y mujeres de la civilización del papel y lápiz; más aún, del ordenador y la impresora... Leer y escribir —algo tan común y necesario en nuestros días— no eran actividades frecuentes en épocas históricas antiguas; por el contrario, el uso de la memoria —más descuidada en la cultura actual— tenía un papel importante en aquellas primeras civilizaciones.

En el Israel de los tiempos antiguos, e incluso de la época de Jesucristo, hablar abundantemente y bien, con arte y fuerza expresiva, era el patrimonio de los que hoy llamamos escritores. La transmisión oral se apoyaba sobre todo en la memoria, con la ayuda de ciertas argucias nemotécnicas; más todavía, el arte de aprender y de retener cualquier asunto en la memoria formaba una sola cosa con el arte de componer. De ahí que el estilo oral tuviese un influjo muy directo sobre el estilo literario del texto escrito. Basta, por ejemplo, leer algunos pasajes del Evangelio para apreciar el ritmo y rima de muchas de sus frases, la repetición de ciertas palabras, etc., trucos que vienen en auxilio de la memoria. Los grandes descubrimientos arqueológicos en nuestro siglo, desde el Sinaí hasta *Ras-Shamra*, muestran que han existido escritos bíblicos muy antiguos, anteriores al siglo X y hasta quizá el siglo XII a.C, si bien estos escritos, durante largo tiempo, fueron ante todo apoyos para la memoria.

En la tradición cristiana es patente esta realidad en los escritos del NT. El libro de los *Hechos,* las *Cartas* e incluso el *Apocalipsis*, son documentos escritos, que nacieron como tales, aunque se encuentre en ellos “la huella” del estilo oral. Los *Evangelios,* en cambio, antes de ser puestos por escrito fueron “dichos”; las primeras generaciones cristianas se sirvieron fundamentalmente de la enseñanza oral. Así, por ejemplo, San Papías, Obispo de Hierápolis en Frigia, declaraba (año 130) que lo que él prefería a toda otra cosa, en materia de tradición, era «la palabra viva y perdurable»; y algo después, San Ireneo de Lyon, evocaba el tiempo en que escuchaba a San Policarpo, el gran Obispo de Esmirna, explicar lo que él mismo había recogido del apóstol San Juan.

Esta transmisión oral tiene sin duda enorme fuerza, pero también el inconveniente de prestarse más fácilmente a desviaciones y errores. Con todo, el paso de la tradición oral a la escrita es siempre una tarea delicada y problemática. ¿Qué sucedió con los libros de la Biblia?

El marco histórico de los libros de la Sagrada Escritura

La elaboración de la Biblia ha tenido una larga historia, cuya reconstrucción está llena de dificultades; no es, ni mucho menos, un libro caído del cielo como pretende serlo el Corán. Es verdad que no conocemos las fechas precisas y concordantes de la mayoría de los autores, destinatarios, composición de los libros sagrados, etc. La tradición oral precede siempre a la escritura y se mantiene como una realidad viva que afecta a los mismos textos durante el período de su redacción.

Para ilustrar la génesis y formación de los libros bíblicos, seleccionamos varios ejemplos. El primero se encuentra en el capítulo octavo del libro de *Nehemías.* En este momento histórico —clave de la vida del pueblo escogido—, el pequeño «resto» de Israel sufre aún por las heridas de la terrible tragedia nacional del Exilio (años 587-538 a.C), pero experimenta también la necesidad de "hacer memoria", de reencontrar las raíces de su propia historia.Y lo hace escuchando *el libro de la ley de Moisés que el Señor le había dado a Israel*[6]. Podemos concluir, por tanto, que el «libro de Moisés» es la *memoria de Israel* puesta por escrito.

Estamos ante un itinerario que va desde la «memoria» al *libro* y que sirve para acometer la dura experiencia del presente, buscando orientarse hacia el futuro[7]. Además, el *libro* —el texto escrito— es ahora el "tesoro" de una comunidad, primera destinataria de su mensaje; tanto el escriba Esdras, como los "levitas" no son más que intermediarios. El pueblo se ha congregado «como un solo hombre» y responde a la lectura del libro sagrado como quien se siente personalmente implicado: presta atención, se pone de rodillas y llora, celebra fiesta y se alegra[8]... La mayoría de los textos bíblicos, después de haber sido fijados por escrito, continuaron siendo leídos, actualizados, profundizados y sólo al final se consideró el AT como algo inmutable e intocable. La Escritura es, pues, el *libro del pueblo de Dios*: surgido de la comunidad y dirigido a la comunidad, y conservado en la comunidad del antiguo pueblo de Dios, especialmente en los ámbitos de la *familia* [9], los *santuarios* y, más tarde, el *Templo.*

En el NT asistimos a un proceso muy parecido al del antiguo Israel. En el nuevo pueblo de Dios se da el trasvase espontáneo de la palabra hablada a la escrita, asumiendo ésta última la misma autoridad vinculante que la predicación oral. Un primer ejemplo nos lo proporciona un comentario de *san Pablo* al final de su vida: «Pues dice la Escritura: "No pondrás bozal al buey que trilla", y "el que trabaja merece su salario"»[10], donde se citan a la vez *como escritura* un texto del AT y una frase de Jesús. Otros ejemplos se pueden leer en los escritos de *san Pedro*, cuando pone en el mismo plano las cartas de Pablo y los escritos del AT[11]; y de *san Juan,* cuando amenaza a quien se atreva a añadir o a quitar algo a las palabras de su libro profé-tico[12]. Es sabido que Cristo cita muchas veces el AT, reconoce su autoridad, pero se sitúa por encima de Moisés, de Salomón y

del Templo[13]; y por eso, la primitiva Iglesia tiene conciencia de tener en los Evangelios la *definitiva* Palabra de Dios.

Principales etapas en la formación del AT

En su intento de explicar cómo se han formado los libros del AT, los *exegetas* —estudiosos del texto sagrado— han desarrollado unas hipótesis, más o menos verificadas, y, por tanto, abiertas a nuevos descubrimientos y conclusiones. Es claro que estas materias no pertenecen al ámbito de la fe de la Iglesia, sino al de la investigación histórica. El Magisterio cuando ha intervenido lo ha hecho para animar a los investigadores en sus trabajos encaminados a conocer, lo mejor posible, la historia redaccional de los textos sagrados.

La formación de los libros, según estas doctrinas, sería el resultado de unas "tradiciones" orales que más tarde se recogen en diversa medida en textos. El contenido primordial de esas tradiciones es la historia del pueblo elegido en sus diferentes etapas. La generalidad de los autores suele distinguir estas cinco:

1) La etapa patriarcal.

El primer capítulo de la historia de Israel, tal como se lee en los relatos del Génesis, está ligado a tres generaciones de patriarcas arameos: *Abrahán, Isaac y Jacob* y se desarrolla en el siglo XX a.C. Son propiamente hablando los primeros personajes "históricos" de la Biblia. La crónica del clan de los patriarcas podríamos resumirla brevemente como una vida nómada, vivida religiosamente como respuesta a la llamada de Dios; una andadura llena de dificultades —privación de una descendencia, inhospitalidad del país, dramas familiares—, pero siempre llevadas con una gran confianza en Dios. Y, en particular, una esperanza inconmovible en las promesas divinas de una tierra y una descendencia numerosísima. En torno a los santuarios de *Siquem, Beer-Seba, BetEl, Mamréy Hebrón* se rememoran las antiguas experiencias de los padres fundadores del pueblo escogido y se fija el «primer credo» de Israel[14].

2) La etapa mosaica.

Se desenvuelve en torno a los años 1250-1200 a.C. Los libros del Éxodo, Levítico y Números narran las vicisitudes de los descendientes de *Jacob-Israel,* que pasan de la esclavitud en Egipto a convertirse propiamente en el *pueblo de Dios,* a través de la «pascua de liberación». Israel entiende estos hechos, con la mediación profética de Moisés, a la luz de la fe en la palabra de Dios: éste es el mensaje del *Deuteronomio.* La historia del pueblo escogido es una *liberación* que apunta a una *alianza.* En el *decálogo,* código moral de este pacto, Yahwéh se presenta a sí mismo como quien libera y salva[15]. Los relatos bíblicos de esta época —y también los posteriores—, se hacen eco muchas veces de la palabra divina en el éxodo[16].

3) Etapa de la Monarquía.

Después de unos doscientos años de lucha por la ocupación de la tierra prometida —recordados e interpretados de nuevo en los libros de *Josué* y *Jueces*—, sigue la larga experiencia de la Monarquía, que va desde el año 1000 hasta el 587 a.C. Merecen destacarse aquellos hechos que se refieren a la organización social, política y religiosa del pueblo de Dios: la fusión de las tribus en un único pueblo, por la intervención del profeta Samuel en tiempos de David; la separación de las tribus del Norte de las del Sur, a la muerte de Salomón; la caída del reino de Samaría (722) y del reino de Je-rusalén (587). La palabra que acompaña y explica estos acontecimientos es el mensaje de fidelidad a la Alianza, que los profetas repiten una y otra vez en defensa del monoteísmo. Este mensaje incluye el anuncio de las promesas mesiánicas de salvación: Dios es el verdadero rey de Israel[17]. Acontecimientos y profecía se convertirán en libros, escritos, espiritualidad y culto.

Es entonces cuando se ponen por escrito dos grandes tradiciones: la *yahwista* (J) en el Reino del Sur (siglo IX) y la *elohista* (E) en Reino del Norte (siglo VIII), así llamadas por el modo de designar a Dios, como *Yahwéh* o *Elohim* respectivamente. La división del Reino pudo ser una de las causas de las diferencias entre estas dos tradiciones. No proceden del mismo lugar geográfico, ni son contemporáneas, aunque no hemos llegado a conocerlas separadas. Cuando el reino del Norte hubo desaparecido, en el año 722, y sus círculos religiosos y eruditos tuvieron que replegarse a Jerusalén, los documentos de la *tradición elohista* debieron ser trasladados a la Ciudad Santa, donde se sentía una lógica veneración por tales tradiciones. ¿Surgió en este momento, la idea de convertirlo todo en una sola historia?[18].

Tiempo después, en el año 612, cuando gobernaba en el Sur el rey Josías, se "descubre" en el Templo de Jerusalén *el rollo de* la *Ley*[19]. El libro del *Deuteronomio* se sitúa en la confluencia de tres grandes corrientes que inspiraron y construyeron el alma de Israel: la *Tradición mosaica, el Profetismo y la Sabiduría.* Por este motivo la importancia del libro sobrepasa los límites históricos de la época de su composición. Está redactado como si se tratara de *discursos de Moisés dirigidos al pueblo* congregado al pie del Sinaí. Los autores tenían la convicción de estar inmersos de lleno en el espíritu del gran Legislador (Moisés) y de recoger tradiciones que se remontaban a él, para perpetuar su obra. Meditaban, pues, la *Alianza antigua* en términos nuevos para tiempos nuevos, con el deseo de una profunda renovación de los espíritus.

Los investigadores opinan que es ahora cuando cristaliza lo que llamamos comúnmente la *Historia Sagrada*. En efecto, los redactores de la tradición *deuteronómica* (D) entendieron la analogía, o mejor, la continuidad que existía entre el Israel del desierto y el reino de Judá del siglo VII. Un pueblo que es con frecuencia infiel, pecador y rebelde, Dios lo castiga y somete a duras pruebas; pero le sigue ofreciendo su perdón, porque el *Señor de la Alianza* invita a su pueblo a la «conversión», al abandono de los ídolos, a la «circuncisión del corazón» [20]. Dios busca el "corazón de su pueblo"

porque lo ama. Todo, pues, será "repensado" según la idea que ahora tienen de la Alianza, de sus exigencias y beneficios, y será expresado en términos de bendiciones y maldiciones. Así se compusieron los libros denominados —con tanta exactitud— *profetas anteriores,* que además del libro del *Deuteronomio*, son *Josué*, *Jueces*, los dos de *Samuel* y los dos de *Reyes.*

4) Etapa del Exilio o cautividad babilónica.

El año 587 cae Jerusalén en poder de los babilonios, y con ella se desmoronan los fundamentos de la vida religiosa de Israel: la dinastía davídica, la «tierra prometida» y el Templo de Jerusalén. El pueblo hace a su Dios, una y otra vez, la misma pregunta: ¿Por qué?[21]. La actividad profética en el exilio es la respuesta divina a estos hechos: la cautividad es una dura prueba que Dios permite para purificar al pueblo elegido. Descubren así los hijos de Abrahán, Isaac y Jacob que Dios no está presente únicamente en Jerusalén, sino en cualquier lugar; las mismas experiencias de su penosa situación se truecan en ocasiones privilegiadas de reencuentro con el Dios siempre fiel, que libera y salva, porque Él es trascendente y a la vez muy cercano, y su nombre es *Emmanuel*, «Dios con nosotros».

Los cincuenta años del exilio van a ser la "época dorada" del libro escrito. En estas circunstancias históricas se redactan los libros de *Ezequiel* y el *Segundo Isaías.* Las observancias religiosas tendrán un carácter más absoluto, porque los profetas, durante el Exilio, van consiguiendo que el pueblo sienta más vivamente que nunca la *Santidad de Dios.* El pueblo de Dios se encuentra ahora en una situación parecida a la de la época mosaica del desierto: errantes y buscando entrar en la Tierra prometida. La fijación por escrito de la *Toráh* era decisiva para que pudiese desempeñar su papel protector y servir de vínculo comunitario entre aquellos desterrados que se reunían en ciudades o barrios.

Aparece entonces la importante tradición *sacerdotal*, citada con la sigla P por ser la inicial de su nombre alemán *Priesterkodex* o «Libro de los Sacerdotes». Los sacerdotes en la Antigua Ley habían sido siempre los hombres de las tradiciones y eran, por eso, los especialistas de la *Toráh.* El clero, a diferencia de los profetas, ha sido siempre más anónimo y su eficaz trabajo responde a un paciente esfuerzo de grupo que sirve también para mantener viva la tradición religiosa hebraica. Una vez más, esta tradición se presentará con justicia como *palabras de Yahwéh dirigidas a Moisés*, o relatos situados en la época del Si-naí, porque algunas de las tradiciones recogidas se remontaban a tiempos muy antiguos de la historia de Israel y porque se tenía también la convicción de que se estaba volviendo a poner en vigor la labor instaurada por Moisés. Las personas, acciones y cosas en relación con el culto a Yahweh, son las que ocupan un lugar destacado en esta "literatura sacerdotal".

Esta tradición P supo construir una amplísima síntesis doctrinal sobre el esquema de la historia y ocupa un lugar importante en la formación del Pentateuco; concretamente contiene el *Levítico* —su obra más representativa—, la mitad del *Exodo*, las dos terceras

partes de *Números* y aproximadamente una quinta parte del *Génesis*. La idea de fondo que centra su mensaje es la Alianza santa —desde Moisés a Ezequiel, pasando por los profetas de este período— que ha expresado la naturaleza de las relaciones entre Yahwéh y su pueblo.

5) Etapa del judaísmo.

Suele llamarse así porque sólo vuelven a Jerusalén y a la «tierra prometida» un «resto» de los descendientes de *Judá* —los que formaban el Reino del Sur— gracias al decreto liberador del rey persa Ciro. Durante este período, el pueblo vive prácticamente sometido a poderes extranjeros, primero a los "seléucidas" —la dinastía griega de uno de los generales de Alejandro Magno, que se establece en Siria— y después a Roma, desde el año 63 a.C., con la intervención de Pompeyo.

A pesar de todo, el pueblo conserva en estos años su autonomía religiosa. La interpretación de esta experiencia histórica se vertebra en torno a tres ejes: primero, la lectura en la sinagoga de la *Toráh* de Moisés y de los *escritosproféticos* anteriores; segundo, los nuevos mensajes proféticos de *Ageo, Zacarías, Joel,* etc.; y, tercero, las reflexiones de los maestros de «sabiduría» que buscan —a la luz de la fe de Israel— el sentido de la vida humana y del plan divino de la historia.

Distinguiremos tres períodos en esta etapa: persa, helenístico y macabeo.

Período *persa* (538-333 a.C).— Va debilitándose el profetismo, pero se trabaja intensamente en la recopilación y redacción de los libros, dando lugar a la *redacción definitiva del Pentateuco (Génesis, Exodo, Números, Levítico y Deuteronomio).* También comienzan a redactarse las primeras obras de la literatura *sapiencial.* Entre los géneros literarios sapienciales, merece especial atención el llamado *midrásico*, que llega a ser corriente en el siglo V a.C.; se trata de un relato de tenor histórico que lleva una enseñanza religiosa y moral. No se trata ya de la Historia, sino de "historias" que tienen que ver con acontecimientos del pasado; es decir, utilizando como fondo ese pasado, se escriben unos relatos con el fin de sacar alguna enseñanza lo suficientemente verosímil para que capte la atención de los lectores. Siguiendo la línea de la tradición, se pretende instruir, ilustrar una doctrina, resolver cuestiones, presentar ejemplos de conducta, ayudar a vivir, conforme al "espíritu sapiencial". La imaginación juega aquí un papel importante, y por eso se buscan recursos para lograr que la lectura sea agradable y cautivadora. Así, por ejemplo, el autor del libro de *Jonás* utiliza para su relato el nombre de un profeta de la época de Jeroboam II[22]; la historia de *Rut* está situada "en tiempo de los Jueces". Algo parecido sucede con el *Cantar de los Cantares,* el libro de los *Proverbios* y el libro de *Qohelet* (Eclesiastés), que pretenden entroncar con la historia de Salomón; o lo que se lee en el libro de *Job,* personaje tradicional al que se sitúa en el ambiente de la era patriarcal. Finalmente, el entrañable relato de *Tobías* pretende relacionarse con los acontecimientos de finales del siglo VIII.

Período *helenístico* (333-63 a.C).— Es el marco de la gran obra del *Cronista:* se redactan entonces los dos libros de *las Crónicas,* los libros de *Esdras* y *Nehemías*; y también se dan los últimos toques al libro de los *Salmos*.

Período *macabeo* (hacia el 175 a.C).— Se escriben los dos libros de los *Macabeos;* y nace la literatura *apocalíptica.* Incoada ya por el profeta *Ezequiel*, tiene su representación más genuina en el libro de *Daniel*. El libro del AT escrito en época más reciente es *Sabiduría* (siglo I a.C).

Los libros del NT y su aparición histórica

El período de la elaboración de los libros del NT es sólo de 50 años (del 51 al 100). Antes de la fijación por escrito del mensaje de Jesús de Nazaret, es preciso distinguir dos etapas de tradición oral. La primera corresponde a las enseñanzas, con palabras y hechos, del mismo *Jesús*; la segunda es la tradición oral *acerca de Jesús,* vivida, testimoniada, celebrada y defendida por la Iglesia primitiva.

Jesucristo es el único profeta en Israel que anuncia no sólo que el Reino o Reinado de Dios ha llegado, sino que ha venido a través de Él[23]. El AT se ilumina en Jesús de Nazaret, porque en Él se concentran y realizan de manera nueva las profecías veterotestamentarias. Sus parábolas, milagros, e incluso las controversias que suscita, son signos o señales de que Dios ha inaugurado una nueva etapa en la historia. La muchedumbre al escucharle reconoce también su autoridad excepcional[24].

Después, los Apóstoles anuncian *el evangelio de la salvación* conscientes de ser los mediadores humanos de la definitiva Palabra de Dios, revelada y realizada en Jesucristo. La historia *de* Jesús da lugar a la gran tradición *acerca* de Jesús, fijada primeramente en forma oral y luego por escrito. Los primeros escritos cristianos se los debemos a *San Pablo.* Sin entrar ahora en detalles,

— entre los años 51-52 escribe las dos cartas a los *Tesaloni-censes*;

— entre el 54-58 las llamadas «Grandes epístolas»: dos cartas a los *Corintios*; a los *Gálatas* y a los *Romanos*;

— en torno al año 62 las llamadas «Cartas de la Cautividad»: *Filipenses, Colosenses, Efesios y Filemón;*

— entre los años 65-66, las «Cartas Pastorales»: las dos de *Timoteo* y la de *Tito*.

— Para la carta a los *Hebreos* la datación más probable es en torno al año 65.

— La redacción definitiva de los tres primeros Evangelios, *Mateo, Marcos y Lucas,* llamados *Sinópticos,* hay que situarla en el período que va del 65 al 80, aunque prevalece la opinión de que han sido redactados antes del 70;

— Las «Cartas católicas» tienen una datación muy variada: la de *Santiago* entre los años 50-60, y la de *Judas* en torno al 70; la primera de *Pedro* en el 64, mientras la segunda es posible que fuera cerca del 80.

— El libro de los *Hechos de los Apóstoles* unos lo sitúan en el 63 y otros en el 80.

— Y el grupo de *escritos joánicos* cierra la colección de los escritos del NT con el Apocalipsis, tres Cartas y el Cuarto Evangelio entre los años 85-100.

El Magisterio de la Iglesia se pronunció en defensa de la verdad histórica de los Evangelios, el 21-IV-1964, con la Instrucción *Santa Mater Ecclesia;* en el n. 2 de este documento expone los tres momentos básicos de la redacción escrita de los Evangelios, recogidos por el *Catecismo de la Iglesia Católica* así: *vida y enseñanzas de Jesús, tradición oral* y *evangelios escritos*[25].

Conclusiones

Esta rápida ojeada a la historia la elaboración de los libros bíblicos nos facilita descubrir, en parte, el «misterio» de su origen y nos lleva a concluir que las Escrituras santas no fueron redactadas "de un tirón", sino elaboradas a lo largo de un milenio. Además, recordemos que la Biblia no es precisamente un libro, sino más bien una pequeña biblioteca de 73 libros, redactada por autores muy distintos y a través de los más variados géneros literarios. La Palabra de Dios, dirigida sin excepción a todos los hombres de todos los tiempos y sin despojarse del sello de esta dimensión universal, toma formas literarias propias de unos autores humanos (inspirados) y de su medio histórico y cultural.

Finalmente, la Sagrada Escritura es un libro «popular», surgido de un pueblo y destinado a un pueblo (el antiguo y nuevo Israel): es, por tanto, el libro que está vivo en una comunidad *creyente* que camina por la historia.

1 Cfr Gen 12,1-3.
2 Cfr 1 Mach 1,3.
3 Cfr 1 Mach 1,10.
4 Cfr Gen 11,32; 12,4.
5 Cfr Ex 3,8.
6 Cfr Neh 8,1.
7 Cfr Neh 8,8.
8 Cfr Neh 8,3.6.9.12.
9 Ex 13,8.
10 1 Tim 5,18; cfr Dt 25,4 y Lc 10,7 respectivamente.
11 Cfr 2 Pet 3,14-16.
12 Cfr Apc 22,18-19.
13 Cfr Mt 12,1-6; 41-42, por lo que implícitamente se está presentando en su transcendencia divina: cfr J.M. Casciaro-J.M. Monforte, Jesucristo, Salvador de la Humanidad. Panorama bíblico de la salvación, Eunsa, 1996, pp. 212-214.
14 Cfr Dt 26,5; Ios 24,2-4.
15 Cfr Ex 20,2; Dt 5,6.
16 Cfr Ex 15,1-8; 19,3-6; Dt 5,20-24; Num 5,20-4; etc.

17 Punto de partida del mesianismo real es la famosa profecía de Natán a David (2 Sam 7,1-17). Más tarde el primado regio de Dios será defendido y predicado por los «hombres de Dios»: Elías, Eliseo en el siglo IX, Amós, Oseas, Isaías, Miqueas en el siglo VIII, etc.

18 Según la opinión de muchos exegetas, el conjunto de los elementos literarios combinados de esta manera lo poseemos ahora bajo la forma de los libros del Génesis, Exodo y Números (con algunas añadiduras y refundiciones). Gracias al trabajo paciente de dos siglos de exégesis, aunque siguen siendo conjeturables muchas de las hipótesis sobre el proceso de elaboración del Pentateuco, conocemos mejor en nuestros días el nacimiento y aportaciones de esas «tradiciones».

19 Cfr 2 Reg 22.

20 Cfr Dt 10,12-22; 30,2-10.

21 Cfr Lam; Ez 17,1-3; 20,1-4; etc.

22 Cfr 2 Reg 14,25.

23 Cfr Mc 1,14-15.

24 Mc 1,22.27; 2,12.

25 Cfr CEC, 126.

Capítulo III

LA INTEGRIDAD DE LA BIBLIA
Las lenguas, el texto y su historia

Los textos originales (autógrafos) de la Biblia —al igual que los de la literatura clásica antigua— se han perdido; no se conserva ninguno. Estamos acostumbrados a leer la Biblia en nuestra lengua materna, "traducida" desde los textos originarios a una lengua moderna. ¿Conservamos alguna fuente documental? Sí, se conservan *manuscritos,* copias de los originales *escritas a mano,* aunque más exacto sería decir, "copias de copias". El motivo de ocuparnos de la *historia del texto* de ambos Testamentos, es ratificar la *integridad de la Biblia* como un hecho histórico-científico y dar a conocer la necesidad de la *crítica textual*, cuya finalidad es reconstruir un texto lo más cercano posible al original, a partir de los testimonios documentales —manuscritos— de que disponemos en la actualidad.

Las lenguas de la Biblia

Hoy existen traducciones de la Sagrada Escritura prácticamente a todas las lenguas de la humanidad; éstas son, ciertamente, necesarias y útiles, pero insuficientes. ¿Por qué? Porque todo lenguaje humano está siempre impregnado en una determinada cultura. Una lengua no es, por ejemplo, como un camión que nada tiene que ver con la mercancía que transporta, sino que guarda una estrecha relación con la realidad que trasmite; todo idioma es en el fondo una organización de la experiencia humana según una determinada cultura o "visión del mundo". Aprender una lengua es adentrarse en una manera peculiar de analizar la realidad, más que un simple retener términos o vocablos como etiquetas aplicables a los objetos. De ahí la conocida sentencia «traductor, traidor» que resume bien la imposibilidad de hacer una traducción perfecta de una lengua a otra. Por tanto, en el estudio científico de la Biblia *(Exé-gesis),* el conocimiento de las lenguas originales de los escritos bíblicos es insustituible para entender el pensamiento divino tal como Dios quiso expresarlo en nuestro lenguaje humano.

Los libros sagrados del AT fueron escritos en tres lenguas: hebrea, aramea y griega. La mayor parte, en *hebreo;* una parte mínima, en *arameo*[1] y dos de ellos, en *griego, Sabiduría* y *Segundo libro de los Macabeos.* El *Primero de los Macabeos,* compuesto originalmente en hebreo, nos ha llegado sólo en su versión griega; éste era también el caso del *Sirácida* (Eclesiástico), hasta que, hace ahora unos sesenta años, se descubrió la mayor parte del texto original hebreo. Además, de *Tobías*, *Judit* y algunos fragmentos de *Daniel* conservamos una traducción griega de un original semita: es incierto si se trata de hebreo o arameo. Desde luego, los libros veterotestamentarios más antiguos se escribieron en hebreo con *caracteres fenicios*; más tarde —sobre todo después del exilio en Babilonia (s. VI a.C)— se empezó a utilizar la *escritura llamada cuadrada*, propia de los arameos, que, a su vez, deriva de la fenicia. En estos caracteres se encuentra escrita la Biblia hebrea.

Salvo el original "arameo"del Evangelio de San Mateo, todo el NT fue escrito en griego. El *griego bíblico*, sin embargo, no es el griego clásico, sino la lengua popular —la que se hablaba en la calle, podríamos decir—, llamada *koiné* (común o vulgar), y fue usada en Oriente desde la época de Alejandro Magno (siglo IV a.C.). De todos modos, la *koiné* del NT está llena de «semitismos» por el influjo de la lengua y mentalidad semita de sus autores. La peculiar forma de citar de los autores sagrados del NT los textos del AT, es un ejemplo típico, que guarda gran semejanza con los procedimientos rabínicos.

El griego de entonces era, poco más o menos, como hoy lo conocemos, si bien los antiguos copistas ignoraban las separaciones entre palabras y, además, no usaban puntuación alguna. Esto complica su lectura y no contribuye a una fácil transmisión de los textos a lo largo de los años, originando el problema de "las variantes" en los manuscritos, a los que nos referiremos más adelante.

Cada lengua expresa, pues, una cultura, un modo de pensar, un modo de ser. San Pablo lo resume muy bien con estas palabras: «los griegos buscan la sabiduría, los judíos piden milagros»[2].

El espíritu griego es, en efecto, esencialmente *lógico:* el primer problema que se plantea es conocer el origen o principio constitutivo *(arjé)* de una cosa; saber equivale, pues, a definir; aprender es abstraer. El hebreo, en cambio, es esencialmente *dinámico*: para él, el mundo más que una realidad que hay que conocer es algo que hay que dominar; para el hebreo conocer es experimentar, actuar, porque la «verdad» no es algo que se contempla, sino que se «hace». Por eso, el órgano corporal por excelencia del griego es el *ojo*: él nunca se cansa de mirar y explorar; mientras que el hebreo tiene una preferencia clara por el *oído*, porque debe «escuchar» a Dios que le habla, sobre todo, a través de la historia.

Además, una categoría cultural típica del modo de ser griego es la noción de *kosmos*: contempla el universo como un todo, ordenado y armonioso, que hay que conocer y sistematizar; en cambio, para el genio hebreo la categoría cultural de referencia es el *tiempo,* concebido no como un círculo de instantes iguales que vuelve continuamente sobre sí mismo, sino como una historia en la que Dios actúa y, por eso, abierta a un futuro de salvación. En otras palabras, el griego mira hacia atrás, el hebreo en cambio hacia delante. En fin, si en la cultura griega se acentúa el *sujeto pensante,* en la hebrea es el *sujeto responsable*; porque mientras el griego reflexiona, el hebreo obedece.

Una comparación de ambas lenguas bíblicas, da luz para entender algunos rasgos culturales que los exegetas han de tener presentes a la hora de leer e interpretar las Escrituras.

Los manuscritos, fuentes documentales de la Biblia

Los primeros vestigios vienen del sur de Babilonia, por obra de los sumerios que son considerados los “inventores” de la escritura en torno al año 3500 a.C. El *material para escribir* desde los tiempos antiguos fue muy variado. Los asiro-babilonios, por ejemplo, empleaban tabletas de arcilla fresca en las que imprimían signos con un punzón de madera o de metal, que dejaba una impronta en forma de cuña —de ahí el nombre de *cuneiforme*— y que ponían luego a secar al sol o al fuego para que se endurecieran. Para los monumentos se empleaban también estelas de piedra, planchas de metal, de plomo, o de bronce. Los egipcios, en torno al 3000 a.C., disponían de un material más barato y práctico, constituido por las fibras del *papiro* —planta muy abundante— aplastadas y trabadas con una especie de engrudo; éste es el origen de nuestro “papel”. El papiro fue importado de Egipto a Palestina a través de la costa fenicia y se convierte en material ordinario de escritura para el antiguo Israel. Tiempo después —en el siglo II a.C.— los hebreos conocerán, a través de los persas, un material más consistente y más caro de piel curtida y pulida. Se llamó *pergamino,* porque hacia el año 100 a.C. se perfeccionó este material en la ciudad de Pérgamo.

Primitivamente, las hojas de papiro o de pergamino se unían unas a otras en *rollos*; la liturgia judía ha permanecido fiel a este uso. La costumbre de coser las hojas por grupos de cuatro paginas —*quaternion,* palabra de la que procede *cuaderno*—, y que después se agrupaban en un volumen, data ya del siglo II a.C. y fue propagada particularmente por los cristianos. Para escribir sobre el papiro se usaba como instrumento el tallo de la misma planta; en los pergaminos se empleaba el *cálamo*, tallo de junco afilado y con una hendidura en la punta.

Si los libros de la Biblia nos han llegado en estos soportes materiales tan deleznables, no es de extrañar que se hayan perdido los originales. Hasta el siglo XV d.C. con la invención y aparición de la imprenta, la transmisión de un texto escrito antiguo se hacía por sucesivas copias, por lo que el texto corría múltiples peligros; los escribas o copistas eran muchas veces negligentes, ignorantes... o tan deseosos de hacerlo bien que incluso “mejoraban” a su manera el original que transcribían. Tampoco es, pues, de extrañar que los “revisores”, cuando intervenían para restaurar el texto a su pureza primitiva —con su atrevimiento o incomprensión— dieran lugar a equivocaciones. Las posibilidades de transmitir un texto antiguo, bíblico o extrabíblico, con exactitud disminuyen proporcionalmente al tiempo transcurrido. Por ejemplo, la distancia entre la redacción y el primer manuscrito conocido de cualquier otro texto antiguo, es enorme: 1400 años para las tragedias de Sófocles, así como para Esquilo, Aristófanes y Tucídides; 1600 para Eurípides y Catulo; 1300 para Platón y 1200 para Demóstenes. Los textos bíblicos no son una excepción: no poseemos ningún autógrafo bíblico, los conocemos por sus transcripciones sucesivas, de las que conservamos muchos miles de manuscritos.

Hasta los descubrimientos de nuestro siglo, los manuscritos hebreos más antiguos de que disponíamos eran del siglo X d.C. La Biblia hebrea usada hasta entonces reproducía un manuscrito de Leningrado del año 1008 d.C. En 1896 se descubre en una cámara de la sinagoga de El Cairo —llamada *genizah,* donde se almacenaban los manuscritos bíblicos que ya no servían para el uso litúrgico— unos 200.000 fragmentos, entre los cuales destaca por su importancia un texto manuscrito hebreo del *libro del Sirácida* (Eclesiástico) del que, hasta entonces, sólo conocíamos la traducción griega. Estos manuscritos son de los siglos VI-VII d.C.

Entre los años 1947 y 1956, con el descubrimiento de los manuscritos bíblicos en las cuevas del Qumrán, en la ribera occidental del Mar Muerto, se abre un nuevo capítulo en la historia del texto hebreo del AT. Estos manuscritos cubren el período *intertestamentario* (entre los siglos II a.C. y I d.C.). Son, por eso, anteriores en más de mil años a los manuscritos que ya conocíamos, salvo el pequeño *papiro de Nash* (siglo II ó I a.C.), que contiene una parte del Decálogo y el comienzo de la perí-copa Shemá —oración que los judíos debían recitar todos los días—, descubierto en 1902 en Egipto[3].

Se conocen más de 5000 manuscritos griegos del NT. Suelen clasificarse en tres grandes categorías: los *papiros,* los *minúsculos* y los *mayúsculos o unciales.*

Los papiros, por su antigüedad, son muy importantes en la historia de la transmisión del texto. El fragmento conocido más antiguo del NT, fue hallado en Egipto y contiene unos versículos del Evangelio de San Juan (Ioh 18,31-33a.37b-38); datado en el primer cuarto del siglo II, es el *papiro Ryland,* descubierto por Roberts en 1920 y publicado en 1935. Fue en su momento un hallazgo importante porque vino a confirmar la antigüedad del Cuarto Evangelio.

Los minúsculos son todos posteriores al siglo IX d.C.: en esta época el texto ya había sido uniformado y, salvo algunos matices, reproducen fielmente el texto recibido *(textus receptus).*

Los más importantes son los *códices* o *mayúsculos*, entre los que destacan los cuatro siguientes:

— el *Vaticano* (B), del siglo IV, escrito en pergamino, conservado en el Vaticano, y contiene el AT y el NT (con algunas lagunas);

— el *Sinaítico* (S), también del siglo IV, descubierto en un monasterio del Sinaí, contiene todo el AT y NT y se conserva en el Museo Británico;

— el *Alejandrino* (A) es ya del siglo V, hallado en un monasterio del Sinaí, contiene todo el AT y NT y se conserva en el Museo Británico;

— y el *Códice de Efrén* (C), también del siglo V, contiene todo el AT y el NT con algunas lagunas y se conserva en la Biblioteca de París.

Historia del texto bíblico

Historia del texto hebreo del Antiguo Testamento

El largo camino recorrido por el texto hebreo a través de las diversas transcripciones podemos dividirlo en tres períodos: el de fluctuaciones del texto, el de la fijación definitiva del texto consonántico, y, por último, el de la fijación definitiva de las vocales.

El *primero* termina en el siglo I a.C. y se caracteriza porque se encuentran muchas variantes en el texto; es decir, diferencias entre unas copias y otras. Se trata, sin embargo, de modificaciones accidentales breves que jamás alteran la sustancia del texto. Hay que advertir que la versión griega de los *Setenta* (LXX) supone la existencia de un texto hebreo distinto del que conocemos actualmente, llamado *Texto masorético* (TM).

El *segundo* se mueve entre los siglos I a.C. y VI d.C., tiempo en el que se llevó a cabo la fijación de las consonantes en el texto. Es sabido que el hebreo, como en general las demás lenguas semitas, se escribía sólo con consonantes, y, según hemos visto, se transmitía por tradición oral; de aquí la necesidad de realizar una labor crítica para determinar el texto consonántico válido.

El *tercero* abarca los siglos VI al X d.C., cuando se fijan ya las vocales y demás signos necesarios para una segura y correcta lectura del texto sagrado. Este trabajo lo realizaron unos traductores o copistas que se conocen con el nombre de *masoretas* (de *masar,* transmitir, enseñar), llamados así por haber transmitido la labor de los antiguos.

A partir del siglo X, el Texto Masorético fue siempre escrito según las normas de la *masora*, es decir, todo el complejo de anotaciones críticas relativas al texto sagrado hechas por los masoretas. Tras la invención de la imprenta (año 1445) se fijó tipográficamente el texto hebreo hasta nuestros días. La primera edición católica fue la incluida en la *Biblia Políglota Complutense,* patrocinada por el Cardenal Cisneros y publicada en 1520. Se llaman *Políglotas* a las Biblias editadas en varias lenguas. En ellas el texto suele ir dispuesto en columnas paralelas. Las más importantes, además de la ya citada, son la de *Amberes* (1569-1575) y la *Waltoniana* (1655-1675).

Historia del texto griego del Nuevo Testamento

Los libros del NT y sus copias se escribieron en *papiro*; y más tarde en *pergamino*. No es raro que los originales también se hayan perdido, porque el papiro es deleznable. Se continuó con el uso del *rollo*, especialmente para los papiros; pero llegó a imponerse el *códice*. La transmisión del texto griego del NT se ha realizado de dos maneras: *directamente,* en códices y papiros; e *indirectamente*, a través de las versiones, citas de los Santos Padres y de los escritores eclesiásticos[4].

Ya dijimos que conservamos más de 5000 manuscritos griegos del NT y, además, superan los 10.000 el número de manuscritos de versiones antiguas y son miles las citas de los Padres de la Iglesia. Tal número de fuentes documentales hace que las variantes

sean más de 150.000: no hay frase del NT de la que no se conozcan variantes textuales, aunque también debemos precisar que la inmensa mayoría de estas variantes proceden de la época anterior a la canonización de los libros sagrados. Por otra parte, el tiempo que media entre la redacción de los evangelios y la mayor parte de las fuentes documentales es de tres o cuatro siglos, con las salvedades correspondientes. Esta situación es la que plantea la necesidad de la crítica textual.

La crítica textual

La Biblia se encuentra, con respecto a los clásicos de la antigüedad, en una posición de indiscutible ventaja. Ante todo porque sobre ningún otro libro antiguo hay fuentes documentales tan numerosas. La *crítica textual* es la disciplina científica que reconstruye el texto original a partir de las fuentes documentales disponibles. Cualquier lector de nuestros días tiene a su alcance, en una versión moderna, el texto bíblico reconstruido mediante un trabajo paciente de los científicos de la crítica textual. Ya Pío XII en 1943 escribe sobre la importancia de esta ciencia «para comprender rectamente los escritos dados por la inspiración divina»[5]. Los exegetas aplican los criterios o reglas de su ciencia para discernir cuál es la variante más segura entre las que aparecen en las fuentes documentales. Por tanto, una Biblia "científica" lleva siempre su "aparato crítico"; es decir, notas a pie de página con todas las variantes de los distintos manuscritos al texto seleccionado como el más conforme al original. Los criterios seguidos para identificar el texto más fiel al original, pueden reducirse —sobre todo pensando en el NT— a tres:

Criterio geográfico.— Teniendo presente que los manuscritos bíblicos se difunden donde lo hace el cristianismo, si comprobamos que una transcripción es idéntica en Alejandría, Cesarea, Antioquía, Constantinopla, Lyon y Cartago, consideramos que ésta será la variante que habrá que preferir.

Criterio genealógico.— Si de entre diversas variantes podemos demostrar que una de ellas ha dado lugar a las otras, decimos entonces que aquélla es la variante original.

Criterio literario-estilístico.— Cuando entre diversas variantes, una de ellas es más próxima al estilo, intención y contenidos teológicos del autor sagrado (hagiógra/o), ésta es la que se deberá retener como auténtica.

Es fácil comprender que estamos ante una ciencia delicada y frecuentemente conjetural en sus resultados; pero gracias a ella podemos llegar a conseguir un texto tan fiel al original como sea posible. Tal como hoy lo poseemos, el texto bíblico es, en definitiva, lo bastante sólido y seguro para servir de base a la fe.

Las versiones de la Biblia

Hoy leemos la Biblia en traducciones; sólo los exegetas profesionales acuden al texto original, a la gran edición hebrea de *Rudolf Kittel* (1951), o a la famosa *Bibelanstall* de Stuttgart (1967-1977), y tratándose de las ediciones griegas a los textos cristianos de Bover (1959), Merk (1964), Nestle-Aland (1979), etc., donde se recogen los resultados de la crítica textual.

Desde una época muy antigua encontramos versiones de la Biblia. Esas viejas traducciones nos permiten reconstruir en cierta medida los textos que utilizaron los traductores y que a menudo son más antiguos que los manuscritos que conservamos en la lengua original. La más célebre entre las versiones griegas es la de los *Setenta* (LXX), hecha en Egipto en los siglos

III-II a.C, porque los judíos de Alejandría, conociendo mal el hebreo, necesitaban una traducción. Esta versión griega obtuvo un clamoroso éxito y, además, fue la que utilizaron las primeras comunidades cristianas. La inmensa mayoría de las traducciones en otras lenguas proceden de los *Setenta*.

Nada más aparecer los textos evangélicos se hicieron numerosas traducciones a otras lenguas, en particular a las dos más usadas en las comunidades cristianas —además del griego—, el siríaco y el latín. De ahí que las versiones latinas tuvieran enorme importancia para establecer el texto original, por ser la lengua de numerosos manuscritos muy antiguos y porque la lengua latina está ya entonces difundida en todo el mundo civilizado. Entre las versiones latinas, merece especial atención la *Vulgata* de San Jerónimo.

San Jerónimo vivió entre los años 347 a 420, primero en Roma y luego en una ermita solitaria de Belén. Aconsejado por su amigo el Papa Dámaso (366-384), resolvió dotar a la Iglesia de una traducción latina de la Biblia tan perfecta como fuera posible. Se sirvió de las versiones latinas anteriores, tanto del AT como del NT. Ante algunas dificultades derivadas de diferencias textuales, optó por traducir directamente el texto hebreo del AT al que llamó «hebraica veritas». La *Vulgata de San Jerónimo* ha sido, hasta nuestros días, la referencia principal de otras versiones y la que han leído durante muchos siglos los cristianos.

El éxito de la *Vulgata* supuso el abandono de las antiguas traducciones latinas, aunque naturalmente sufrió la suerte común de los textos copiados y recopiados. Poco después del Concilio de Trento, apareció una edición oficial encargada por el Papa Clemente VIII (1592-1605). Diez días antes de la conclusión del Concilio Vaticano II, el 29 de noviembre de 1965, Pablo VI instituyó la *Pontificia Comisión para la Neovulgata,* con la finalidad de dotar a la Iglesia de una edición latina de la Biblia para el uso litúrgico, que tuviera en cuenta el progreso de los estudios más recientes. Esta edición la promulgó Juan Pablo II con la Constitución apostólica *Scripturarum Thesaurus*, el 25 de abril de 1979.

Conclusiones

Dios, que quiso dejarnos unos libros sagrados para que pudiéramos conducir nuestra vida hacia Él, ha cuidado amorosamente para que, a pesar de las vicisitudes de la historia humana, la Iglesia conservara íntegro el *depósito* de la Revelación contenido en la Sagrada Escritura. Su *integridad* es un hecho histórico, que podemos conocer no sólo por el testimonio del Magisterio eclesiástico, sino también siguiendo la historia del texto sagrado, sobre todo a través de los manuscritos de las versiones antiguas.

La Biblia oficial de la Iglesia Católica de rito latino es la versión latina *Neovulgata,* promulgada por Juan Pablo II (1979), como claro punto de referencia para las versiones destinadas al culto y como base segura de los estudios bíblicos. No podemos, pues, considerar la *Neovulgata* como una versión más, fruto del trabajo de los "expertos", pues goza del refrendo de la autoridad de la Iglesia. Con todo, el texto conseguido es susceptible de mejoras en la medida de los avances que puedan darse en el estudio de los textos originales.

1 Concretamente, algunos fragmentos de Daniel (2,4-7,28) y Esdras (4,8-6,18; 7,12-26), Gen 31,47 (dos palabras) y Ier 10,11, además de muchos «arameísmos» en los libros escritos en hebreo en época tardía.

2 1 Cor 1,22.

3 El descubrimiento más famoso tuvo lugar el año 1947, cuando unos beduinos penetran casualmente en una de las cuevas de Qumrán, donde encuentran grandes vasijas que contienen en su interior rollos de la Biblia hebrea, cubieros de betún y cuidadosamente envueltos en tela: son los manuscritos hebreos de todos los libros del AT, a excepción del libro de Ester, Judit, 1 y 2 Macabeos, Baruc y Sabiduría, y que pueden datarse entre el 150 a.C. y el 70 d.C. aproximadamente. Entre los textos descubiertos más importantes está el rollo de Isaías, escrito dos siglos antes de Cristo, que es prácticamente idéntico al texto que nosotros poseíamos: en mil años se puede decir que apenas se ha cambiado una coma. También Habacuc y Salmos estaban completos. Se han encontrado fragmentos de casi todos los libros del AT.

4 Las citas de los escritores eclesiásticos son muy abundantes. Presentan gran utilidad a la hora de fijar la cronología del texto. Sin embargo, el valor de las citas para la crítica textual disminuye en muchos casos por el hecho de que los Padres de la Iglesia, sobre

todo los más antiguos, citaban de memoria. Los Padres de los siglos II y III, en cambio, citan más y con más fidelidad.

5 Pío XII, Divino afflante Spiritu, EB, 548.

SEGUNDA PARTE

LA BIBLIA COMO LITERATURA

Capítulo IV

LIBROS INSPIRADOS Y VERDAD DE LA BIBLIA
Palabra de Dios en palabras humanas

La Biblia es, por así decir, el momento clave y privilegiado de la Revelación divina (cap. I), pero una revelación que Dios realiza en la Historia, como hemos visto al estudiar la redacción del texto y la elaboración de los libros (caps. II y III). Iniciamos ahora una segunda parte de nuestro libro en la que vamos a presentar la *Biblia como literatura:* una literatura inspirada (cap. IV), normativa (cap. V), santa (cap. VI) y humana (cap. VII).

La Biblia como literatura inspirada

Los creyentes se acercan a la Sagrada Escritura buscando *un mensaje de Dios que obra la salvación* de todos aquellos que lo acogen con fe y desean incorporarlo a su vida. Cuando se dice que los libros bíblicos son *inspirados* se quiere expresar que *a través de unas palabras humanas nos llega la misma Palabra de Dios*. La inspiración bíblica nos descubre, sobre todo, la acción carismática del Espíritu de Dios, que atraviesa y fundamenta todo el proceso histórico de la Revelación en *palabras y hechos* y que culmina en la puesta por escrito de esa misma Revelación. La Biblia es, pues, un libro divino "único", como no existe ningún otro, y, a la vez, un libro humano "como todos" los demás.

El origen divino *(pneumático,* de pneuma=espíritu) de la Biblia es, sin duda, el *punto de partida* que debe iluminar todas las consideraciones que se hagan sobre ella. Saber que Dios "escribió" la Biblia determina necesariamente un modo de leerla, estudiarla y meditarla del todo singular: se trata de alcanzar algo que procede de Dios y supera toda capacidad humana.

El carácter sagrado de los libros que integran la Biblia se debe más a su origen que a su contenido o a su forma literaria: su elaboración ha sido realizada bajo un influjo sobrenatural de Dios —*inspiración bíblica*—, y de este modo todo lo escrito es verdaderamente *revelación divina* o *Palabra de Dios.* «La Iglesia los tiene por sagrados y canónicos (...) porque, escritos bajo la inspiración del Espíritu Santo, tienen a Dios por autor y como tales han sido entregados a la Iglesia»[1]. Por eso, el misterio de la *inspiración*, misterio de la presencia y acción del Espíritu de Dios, penetra la entera historia humana y se descubre particularmente en la *inspiración escriturística* propiamente dicha. Para entender, pues, la noción de *inspiración bíblica* con toda su hondura es preciso antes captar la real presencia e intensa acción del Espíritu Santo, Espíritu de Yahwéh y Espíritu de Cristo resucitado y viviente, sin la que no puede darse ni el don de la fe, ni la Iglesia.

La inspiración divina de la Biblia, verdad de fe

La Iglesia Católica ha tenido siempre la *inspiración* bíblica como una *verdad de fe.* Son muy numerosos los documentos —Símbolos, Profesiones de fe, Concilios, Encíclicas, etc.— que desde los primeros siglos hasta nuestros días afirman esta verdad. La inspiración es un hecho sobrenatural y sólo es asu-mible por la fe. La Iglesia reconoce la existencia de estos libros inspirados como una *verdad de fe* recibida del mismo Jesucristo, a través de los Apóstoles. Muchas de las intervenciones del Magisterio de la Iglesia a lo largo de la historia han surgido en defensa de esta verdad; primero, contra las diversas herejías dualistas; luego, contra los errores protestantes; y más recientemente, rechazando los errores del protestantismo liberal y del modernismo[2].

Este Magisterio encuentra su más sólido fundamento en el testimonio de la propia Escritura y en el de los Santos Padres.

1) El testimonio de la misma Escritura.

En tiempos de Jesús, el pueblo escogido reconocía unánimemente el valor sagrado de los libros del AT; eran llamados *libros santos* o *escritura sagrada:* se leían, comentaban y veneraban así en el uso litúrgico[3]. Jesucristo reafirmó muchas veces la autoridad divina de la Sagrada Escritura y su carácter inspirado[4]; los Apóstoles, al afirmar que Dios habló por medio de los Profetas, consideran también divinos los libros del AT. En efecto, el NT hereda del AT el vínculo entre Palabra de Dios y Espíritu de Yahwéh y lo aplica expresamente a los escritos de la antigua Alianza[5].

El carisma de la *inspiración bíblica* ha encontrado su *plena* y *explícita* formulación en los escritos más recientes del NT. Hay dos textos en los que se habla expresamente de la inspiración bíblica: el primero afirma que «toda *escritura divinamente inspirada* es útil para enseñar, para argüir, para corregir, para educar en la justicia»[6]; se refiere el segundo a la acción del Espíritu Santo en los autores sagrados: «ninguna profecía de la Escritura es de interpretación particular, pues la profecía no ha sido proferida en los tiempos pasados por voluntad humana, antes bien, *movidos por el Espíritu Santo* hablaron de parte de Dios los hombres»[7]. En consecuencia, la Iglesia, recibe a través de los Apóstoles la verdad acerca de la inspiración de los libros del AT.

El tiempo de la Iglesia apostólica es ya el tiempo pentecostal, el *tiempo del Espíritu Santo* y de su maravillosa manifestación que favorece la reflexión sobre la inspiración bíblica. A esto se debe el papel tan importante que juega la Tradición apostólica, «que va creciendo en la Iglesia con la ayuda del Espíritu Santo»[8]. El libro escrito es portador de un doble testimonio, el del Apóstol y, a la vez, el debido al Espíritu Santo[9]. Los dichos y hechos de Jesús se recogen por escrito, no como pura información, sino con la finalidad de suscitar o fortalecer la fe en Él y así alcanzar la vida eterna[10]. Un nuevo ejemplo se

recoge en el texto del Apocalipsis: sus palabras se presentan como palabras proféticas, porque proceden precisamente del mismo Dios y, por ello, gozan de autoridad absoluta[11]. Estos pocos datos son suficientes para señalar, como indicios significativos, que ya en la época apostólica estos escritos eran considerados como *Escritura Sagrada.*

2) El testimonio de los Santos Padres.

La Tradición apostólica, se ha dicho, es una verdadera *teofanía* (manifestación divina sensible) del Espíritu Santo, sin la cual la historia del mundo se volvería incomprensible y la Sagrada Escritura se quedaría en letra muerta. En efecto, la Tradición viva de la Iglesia es la que ratifica con garantía divina que existen libros inspirados de ambos Testamentos y cuáles son en concreto esos libros[12]. Los Santos Padres, desde la época apostólica, afirman unánimemente la fe de la Iglesia en el origen divino de la Biblia, recogiendo así un valioso testimonio de la Tradición. Todas sus enseñanzas se pueden resumir en una idea central: tanto Dios como el hombre son verdaderos "autores" de la Escritura. Para explicarlo recurren a diversas analogías, figuras o metáforas, como por ejemplo, *autor, instrumento, carta o mensaje,* e incluso *dictado.*

Usan la imagen de *autor* para combatir las llamadas herejías dualistas (gnostiscismo, maniqueísmo), que contraponían el AT —obra de Satanás— al NT —obra de Dios—. Los Santos Padres sostuvieron sin vacilar que Dios es el autor de ambos Testamentos[13]. El término «autor» entrará posteriormente en la Teología y en los documentos del Magisterio, pero nunca en el sentido que Dios sea un autor literario. Otras veces utilizan la imagen de *instrumento:* Dios se sirve del escritor sagrado como el músico se sirve de un instrumento musical o el escritor de la pluma. La ventaja de este modelo es que destaca mejor el papel del escritor sagrado; es decir, los autores humanos colaboran con Dios, como el instrumento "colabora" con el músico; y así como el intérprete está condicionado por el instrumento que utiliza, de manera parecida Dios se deja condicionar por el autor en cuanto es un hombre.

En cambio, cuando los Padres toman la imagen o modelo de *carta o mensaje*, el autor sagrado es equiparado sobre todo a un mensajero. En palabras de san Agustín: «De aquella ciudad con respecto a la cual nosotros hemos de considerarnos como peregrinos nos han llegado algunas cartas: son las mismas Escrituras». Y ¿cuál es, pues, la misión del mensajero? En la antigüedad tenía una triple misión: ser un simple «correo», o un «pregonero» o un «embajador». Si en el primer caso su tarea se limitaba a llevar el mensaje escrito; en el segundo, tenía antes que memorizarlo para después transmitirlo oralmente. Pues bien, sólo como *embajador* puede comparar al autor sagrado con el mensajero, a quien se le confía un mensaje para que lo comunique según su talento y personalidad propios, y en unas circunstancias concretas. Por último, los Padres también emplean la imagen o analogía del *dictado*; con ella se explica mejor la primacía de la actividad divina en el proceso de la inspiración, aunque tiene el inconveniente de reducir

la contribución del escritor humano a simple escribiente o amanuense, cosa que no es de ningún modo el hagiógrafo.

Naturaleza de la inspiración bíblica

En una primera aproximación, podemos ya definir la *inspiración bíblica* como un *carisma* —gracia sobrenatural— dado por Dios a ciertos hombres en el seno del Antiguo Israel y de la Iglesia de los tiempos apostólicos, *para consignar por escrito todo y sólo lo que Dios quiere comunicar a los hombres*. Los escritos que, bajo esta inspiración divina, contienen los misterios de Dios y de su intervención en la historia humana, han sido entregados a la Iglesia para la salvación y santificación de los hombres.

No se trata, pues, de una inspiración *natural*, en el sentido que se la atribuimos a un poeta o a un artista. Afirmamos, con Santo Tomás, que esta inspiración es *sobrenatural* por su origen, por su contenido y por su fin. En primer lugar, por su *origen*, ya que es esencialmente distinta de aquel influjo natural que Dios ejerce sobre todas las criaturas y sobre cualquier actividad humana. Solamente la Biblia es en “sentido propio” un libro inspirado por Dios. Por su *contenido,* en segundo lugar, ya que el objeto principal de la inspiración bíblica son los misterios acerca de Dios —por ejemplo, la Santísima Trinidad — y de su acción salvífica en la historia del género humano —por ejemplo, la Encarnación—. Y, también, por el *fin* al que se ordena, que es la santificación y salvación de los hombres.

La explicación de la naturaleza de la inspiración se encuentra en los documentos del Magisterio de la Iglesia. Dios es autor de la Biblia porque «las verdades reveladas (...), se consignaron por inspiración del Espíritu Santo»[14]. Además, «en la composición de los libros sagrados, Dios se valió de hombres elegidos, que usaban de todas sus facultades y talentos; de este modo obrando Dios en ellos y por ellos, como verdaderos autores, pusieron por escrito todo y sólo lo que Dios quería»[15]. Por tanto, los libros sagrados no han sido escritos con las solas fuerzas humanas, sino bajo un influjo positivo y sobrenatural divino, por el que Dios es el *autor principal*, mientras que los hagiógrafos respectivos son también *verdaderos autores, aunque secundarios.*

En consecuencia, las diversas facultades que el autor humano pone en ejercicio al escribir, han recibido este influjo carismá-tico, eleva sus posibilidades meramente humanas y así «todo lo que afirman los *hagiógrafos* lo afirma el Espíritu Santo»[16]. Tal elevación presupone la actividad real y auténticamente humana de las facultades del autor sagrado, que no son anuladas por la acción de Dios. El influjo divino, además, perdura mientras se realiza la redacción del libro, y cesa cuando ha sido terminado[17].

Explicación teológica de la inspiración bíblica

Es misión de la Teología, a partir de estos datos básicos que acabamos de exponer, abordar el *hecho* de la inspiración, tratando de entender, ahondar y explicar mejor en qué consiste este proceso sobrenatural en el que se entrecruzan la gracia divina y la libertad humana, la acción divina y la humana. Se han dado, a lo largo de la historia, diversas explicaciones teológicas; todas ellas tienen elementos valiosos y, tratándose de una cuestión opinable, un católico puede optar por unas u otras según le parezcan más convincentes, siempre que acepten el *núcleo* esencial del hecho de la inspiración, tal como lo entiende la Iglesia.

Deben considerarse, en cambio, falsas todas aquellas hipótesis teológicas que reduzcan la intervención divina, o recorten la acción de los autores humanos. No se puede considerar la acción divina como una mera asistencia «para que no haya error»; ni pensar que la inspiración consiste en una mera aprobación de un libro previamente terminado[18]. Exponemos ahora brevemente las dos que nos parecen más importantes.

1) *Teoría de la causalidad instrumental.*— Dentro de las explicaciones teológicas de la inspiración, destaca de modo especial la denominada *teoría de la causalidad instrumental,* basada en la doctrina de Santo Tomás de Aquino que, al estudiar la naturaleza de las gracias *gratis data* —especialmente la profecía—, expone que el sujeto receptor de las mismas actúa como instrumento divino[19]. En todo instrumento puede distinguirse una doble acción: la específicamente suya, por ejemplo, al hacha le corresponde cortar en virtud de su propio filo; y la acción *instrumental*, en virtud del agente que lo utilice, del leñador, en el caso del hacha. De este modo tanto el agente como el instrumento intervienen en toda la acción y dejan su impronta. El producto de la acción, el libro sagrado en nuestro caso, se ha de atribuir todo él y todas sus partes a Dios como *autor principal*, pero también todo él y todas sus partes secundariamente al escritor sagrado, como *autor instrumental.*

Ahora bien, por ser el escritor sagrado un ser inteligente y libre, la aplicación de la instrumentalidad ha de ser analógica; es decir, en el proceso de ejecución Dios se sirve del hagiógrafo de tal manera que éste sigue actuando como ser vivo, inteligente y libre. Concretando algo más, el carisma de la inspiración, que es una gracia sobrenatural de carácter *transeúnte* y *gratuito*, debe afectar a todo el proceso humano de ejecución, es decir, al entendimiento, a la voluntad y a las facultades ejecutivas[20]. En primer lugar, Dios ilustra, aplica y eleva el intelecto del hagiógrafo para que entienda el mensaje divino que debe transmitir. No siempre requiere el escritor sagrado una gracia especial para percibir unos hechos, de los que es testigo ocular; aunque tampoco se excluye, como ocurre en las profecías. Pero siempre es necesario que Dios intervenga, elevando y ayudando al entendimiento humano para que *forme el juicio* de las cosas percibidas. Esta ayuda suelen denominarla los teólogos *lumen,* luz sobrenatural, análoga al *lumen*

gloriae de los bienaventurados. Este *lumen* inspirativo concede al intelecto mayor capacidad para conocer las cosas divinas, de modo semejante a como el *lumen gloriae* capacita al alma de los que están en el Cielo para conocer a Dios; en ambos casos, el *lumen* divino ilumina más claramente el objeto del conocimiento.

Además del influjo en el entendimiento hay que considerar la moción divina de la voluntad, de modo que los hagiógrafos transmitan el mensaje divino con absoluta fidelidad. La moción de la voluntad debe ser tal que conjugue simultáneamente la iniciativa divina, por una parte, y la libertad humana, por otra. La dificultad para explicar esta moción es semejante a la que se da al explicar la acción de la gracia en un acto de virtud sobrenatural: un acto de caridad realizado en gracia es imputable al hombre, pero bajo el influjo divino.

Y para completar la explicación de la íntima naturaleza de la inspiración bíblica, es necesario referirse también a una *asistencia* sobrenatural a las facultades del hagiógrafo que concurren a la acción de redactar el libro; tal asistencia divina perdura mientras se está realizando el trabajo literario, cesando en el momento en que el libro está acabado. No es preciso que el escritor sagrado sea consciente de ese influjo sobrenatural, de este carisma inspirativo, de manera semejante a como no es necesario que el cristiano conozca con certeza su estado de gracia. Es la Iglesia quien tiene la misión, como ya hemos dicho repetidas veces, de reconocer qué libros han sido escritos bajo la inspiración del Espíritu Santo.

En resumen, el influjo divino se ejerce en toda la personalidad del hagiógrafo: no puede reducirse a unas cuantas facultades, sino a todas las esferas del ser humano, de modo que la obra resultante, el escrito sagrado, tenga como verdaderos autores conjuntos a Dios y al hagiógrafo, según las características señaladas.

2) *Teoría de la obra literaria*.— Teniendo en cuenta dos datos, uno teológico y otro literario, L. Alonso-Schokel da una explicación de la naturaleza de la inspiración como aquel carisma que primaria y directamente se refiere a la *obra literaria*[21]. Es decir, de una parte, es a la Iglesia a quien se le han entregado los escritos y no a los escritores sagrados[22] y, de otra parte, el objeto de la ciencia literaria no es el autor, sino el libro mismo.

La creación de una obra literaria se puede resumir en tres tiempos: experiencia, intuición y expresión. En un primer momento, la materia —que más tarde desencadenará el proceso de creación literaria— proviene de una *experiencia* o conjunto de experiencias, propias o ajenas. Estos materiales se acumulan en lo que podríamos llamar el "fondo de la conciencia" del escritor, pero no forman parte todavía del proceso creativo propiamente dicho y, por tanto, no caen necesariamente bajo la inspiración bíblica. Un segundo momento podría ser el que se da en algunos hombres que poseen, por ejemplo, el don de la *intuición* poética, esa chispa del genio que ilumina la materia informe de las experiencias[23]. Dado que la intuición es el verdadero punto de arranque de la obra, hemos de afirmar que en los autores sagrados tal intuición se produce bajo el

impulso del Espíritu. Y llegamos al momento cumbre, el ámbito del escritor y poeta auténticos: la *expresión*. Hay personas que tienen bellas intuiciones, pero sólo los verdaderos escritores logran expresarlas en sistemas de formas significativas («la poesía se construye con las palabras»). Pues bien, el proceso de formulación literaria es un momento creativo que se desarrolla totalmente bajo la acción del Espíritu Santo.

En consecuencia, la inspiración se extiende: a) *a todas las facultades* del hagiógrafo, y por lo tanto, también a su fantasía, sensibilidad, inconsciente, sentidos, etc.; b) *a todo el contenido* de la obra, sin que se pueda distinguir en este sentido entre ideas y palabras: está inspirada toda la obra literaria concreta como sistema de palabras significativas; y c) *a todas aquellas personas que contribuyen* a la formación del escrito: es decir, no sólo al redactor final, sino a cuantos han vivido la intuición y a todos los que la han expresado literariamente, en forma oral o escrita, hasta el último amanuense que escribe al dictado del autor inspirado.

Los libros inspirados enseñan la verdad

La Biblia es el conjunto de libros inspirados por Dios, que la Iglesia ha recibido del antiguo Israel y de los Apóstoles como norma cierta de la verdad que ella cree y confiesa. «Como todo lo que afirman los hagiógrafos, o autores inspirados, lo afirma el Espíritu Santo, se sigue que los libros sagrados enseñan sólidamente, fielmente y sin error la verdad que Dios hizo consignar en dichos libros para salvación nuestra»[24]. Las enseñanzas bíblicas no sólo son enseñanzas humanas, sino *Palabra de Dios*, tal como se proclama en la Liturgia de la Santa Misa tras la lectura de los textos bíblicos. Este es el motivo por el que la Iglesia cree que lo enseñado en la Biblia es verdad. *La verdad de la Biblia deriva de la veracidad de Dios*, quien la ha inspirado como autor principal.

Veracidad e inerrancia bíblicas

La veracidad como cualidad de los libros sagrados, cuando es contemplada como ausencia de error, se denomina *inerrancia bíblica.* A lo largo de la historia, pero especialmente en el último siglo, algunos han pretendido desprestigiar la religión cristiana a través de la Biblia, argumentando que sus libros sagrados contenían contradicciones y errores en materia científica e histórica. Aunque los hagiógrafos, como hombres, tienen sus propias limitaciones y pueden cometer errores, cuando escriben bajo el carisma de la inspiración son movidos, iluminados y asistidos por el Espíritu Santo, de forma que Dios es el autor principal de esos libros y de las afirmaciones que en ellos se contienen.

No pueden separarse en los libros bíblicos partes atribuibles a Dios y partes atribuibles al hombre, sino que todo es, al mismo tiempo, Palabra de Dios y lenguaje humano. Luego el mismo Dios es el garante de que no hay error en las afirmaciones de la Sagrada Escritura. Si la Biblia está inspirada, debemos, pues, concluir que es veraz. Y como toda ella está inspirada —es decir, no existen partes, por mínimas que sean, no inspiradas—, toda ella es verídica. Ahora bien, ¿en qué sentido se puede y se debe hablar de la «verdad» en la Biblia?

Con el progreso de las ciencias, el problema se fue haciendo cada vez más difícil durante el siglo XIX. La apologética católica se defendió recurriendo al *concordismo,* que consiste en demostrar que la Biblia es veraz porque todos sus datos se pueden poner de acuerdo con los de las ciencias positivas e históricas. Por ejemplo, los seis días de la creación como equivalentes a seis períodos geológicos de la ciencia moderna; o el paso de Moisés por el Mar Rojo, un oportuno terremoto. El progreso en este siglo en el conocimiento de la historia del Oriente antiguo, ha servido para clarificar muchos datos de la Biblia que parecían inexactos. Con todo, este intento estaba condenado al fracaso de antemano, porque no siempre es posible la concordancia. Se buscaron entonces diversas respuestas.

Algunos autores sostuvieron que la *inerrancia o ausencia de error* de la Biblia abarca sólo lo referente a la fe y a la moral. Pero esta distinción entre cosas religiosas —y, por tanto, verdaderas— de la Biblia y cosas profanas —con posibilidad de errores— es más bien artificial. Por una parte, presupone una cierta concepción intelectualista de la Biblia, como si Dios se hubiese revelado al hombre comunicándole únicamente doctrinas; felizmente, esta concepción fue superada en el Concilio, al afirmar que Dios se revela en palabras y hechos[25]. Por otra parte, la limitación de la inerrancia a sólo cosas religiosas implicaría necesariamente que en la Biblia muchas otras cosas son puramente profanas. Ahora bien, ¿cómo admitir que Dios haya inspirado a los autores sagrados con el fin de incitarlos a escribir cosas profanas? Así, pues, hay que afirmar que la Biblia se refiere siempre y en todas sus páginas al designio de Dios; es patente, por tanto, que la Biblia tiene siempre en cierta manera un carácter religioso. Esta limitación material —cuantitativa— de la verdad bíblica es una solución inaceptable y con razón fue rechazada por las encíclicas de León XIII, San Pío X y Pío XII.

El texto de la *Dei Verbum* del Concilio Vaticano II afirma que la verdad de la Biblia está orientada esencialmente a la salvación: «Los libros sagrados enseñan sólidamente, con fidelidad y sin error la verdad que Dios hizo consignar en dichos libros *para salvación nuestra»* (n. 11). Hay que subrayar en primer lugar que el Concilio ya no habla de *inerrancia*, sino de *verdad,* ordenada a la salvación.

En efecto, es más exacto decir que «la Biblia es toda ella verdad», que decir que la «Biblia no contiene error», porque no se trata de una verdad científica, ni histórica, sino *salvífica*, ordenada a la salvación. Desde este punto de vista *todo* en la Biblia es *verdadero,* desde la perspectiva religiosa del plan salvífico de Dios. Se verá más claro con algunos ejemplos. En la genealogía de Jesús al comienzo del Evangelio de san Mateo se cuentan, desde Abrahán hasta Jesús, tres veces catorce generaciones, lo que, desde el punto de vista estrictamente histórico, no es exacto; sin embargo, esta genealogía es «verdadera» si se tiene en cuenta que su autor quería enseñarnos la *mesianidad davídica* de Jesús. El Sermón de la Montaña[26] habría tenido lugar, según Lucas no en una montaña, sino en un «paraje llano»; la descripción de Mateo es «verdadera» porque quiere presentarnos a Jesús como nuevo Moisés que desde “lo alto del monte” promulga la Nueva Ley.

Esta comprensión de la verdad bíblica no es tan novedosa como pueda parecer a simple vista; se encuentra en los escritos de los grandes pensadores cristianos. Ya san Agustín escribió: «No leemos en el Evangelio que el Señor haya dicho: “Os envío al Paráclito, que os enseñará el curso del sol y de la luna”. Cristo quería hacer cristianos no matemáticos»[27]. Santo Tomás repite la misma idea: sólo lo útil a la salvación puede ser objeto de profecía (inspiración); las otras cosas, no[28].

Conclusiones

La Biblia revela ahora no sólo su valor de camino único que conduce a Jesucristo, sino también su origen: el Espíritu de Dios, el Espíritu de Yahwéh del AT que es el mismo Espíritu Santo. Cuando la Iglesia, institución asistida por el Espíritu de Verdad, a través de su tradición apostólica, reconoce la inspiración de un libro sagrado, quiere decir que su autor principal es Dios, y a la vez, su autor secundario es el escritor sagrado[29]. Los fieles cristianos, en la celebración eucarística, se alimentan en la mesa de la Palabra y del Pan; se nutren de *la Palabra de Dios que la inspiración bíblica ha hecho presente en la palabra humana* de los autores sagrados, así como del Cuerpo y de la Sangre de Cristo que también el único e idéntico Espíritu ha hecho presentes en los dones del pan y del vino[30].

Dios ha querido enseñarnos su *verdad salvadora* por medio de los *libros inspirados*. La *veracidad* de la Biblia es también una afirmación confesada constantemente por la Iglesia desde los orígenes hasta nuestros días. Pertenece, pues, al *depósito de la fe* cristiana, y se explica como consecuencia necesaria del hecho de la inspiración divina de la Sagrada Escritura. Como la misma inspiración bíblica, la veracidad se extiende *a todo* el contenido de la Biblia, que ha sido inspirado por Dios a los hagiógrafos tanto del NT como del AT. Se trata de una verdad absoluta, dada con vistas a la salvación de los hombres, y proveniente del mismo Dios.

1 Conc. Vaticano I, Dei Filius, cap. 2; cfr DV, 11.
2 Cfr GER, voces Dualismo III, Gnosticismo, Protestantismo II y Modernismo teológico.
3 Cfr 1 Mach 12,9.
4 Cfr Mt 5,18; Lc 24,44.
5 Cfr Mt 1,22; 22,31.43; Act 1,16.
6 2 Tim 2,16.
7 2 Pet 1,20-21.
8 DV, 8.
9 Cfr Ioh 15,26-27.
10 Cfr Ioh 20,31.
11 Cfr Apc 1,3; 22,18-19; 2 Pet 3,15-16; 1 Tim 5,18.

12 Cfr DV, 8.
13 Cfr San Agustín, Contra advers. Legis et Prophet., I,17,35.
14 DV, 11; CEC, 106.
15 Ibídem.
16 DV, 11. Para un estudio más amplio cfr GER, voz Biblia III.
17 Cfr León XIII, Providentissimus Deus (Dz 1941-1953).
18 Cfr Conc. Vaticano I, Dei Filius, cap. 2.
19 Cfr Suma Teológica, II-II, q. 173, a. 2; q. 177, a. 1; q. 178, a. 1, a.d 1.
20 Cfr León XIII, Providentissimus Deus, (EB, 125).
21 Cfr L. Alonso-Schökel, La palabra inspirada, Herder, Barcelona 1966, pp.219-239.
22 Cfr Conc. Vaticano I, Dei Filius, n. 2.
23 Por ejemplo, son muchos los que viven el trauma de la infidelidad, pero sólo un profeta como Oseas tiene la intuición que le hace descubrir en su dolor apasionado la parábola del amor de Dios no correspondido por su pueblo.
24 DV, 11; CEC, 107.
25 Cfr DV, 2. Cfr infra, pp. 103-104.
26 Mt 5-7.
27 De Genesi ad litteram, 2,9,20: Pl 34,270ss.
28 Cfr De veritate, q. 12, a. 2.
29 Cfr CEC, 105-108.
30 Cfr CEC, 103.

Capítulo V

EL CANON DE LAS ESCRITURAS
Tradición, Iglesia y Biblia

Los libros sagrados se llaman también *canónicos',* ellos son el «canon» o la «regla» de la verdad revelada por Dios. La Tradición apostólica ha establecido el *canon* de la Biblia[1], es decir, ha reconocido como inspirados y sagrados aquellos libros, no tras largas investigaciones científicas sino bajo la guía del Espíritu Santo que actúa en ella y la lleva al conocimiento de la verdad plena[2].

La Biblia como literatura normativa

¿Cómo sabemos cuáles son los libros inspirados? o ¿qué criterios son válidos para discernir que un libro bíblico sea inspirado? Guiada por el Espíritu Santo y a la luz de la Tradición viviente que ha recibido, la *Iglesia ha discernido los escritos que deben ser conservados como Sagrada Escritura.* La Biblia como obra literaria, además de inspirada es también *normativa o canónica.* La palabra *canon* se deriva de *kanon,* vocablo griego que significa «tallo de caña» o «caña». Era el instrumento con el que se medían las longitudes; por eso pasó a significar «medida», «regla» o «modelo». Posteriormente pasó a usarse para indicar "ley" o "norma", de hablar, de obrar o de conducta. También tiene el sentido de "índice" o "catálogo". En el NT se emplea cuatro veces, siempre por San Pablo; en la carta a los Gálatas (6,16) tiene el sentido de "norma de vida cristiana".

El término *canon* aparece aplicado a los libros bíblicos hacia el siglo III de nuestra era. De este sustantivo se formó el adjetivo *canónico,* con el sentido de libro que regula la fe. Si bien los términos *canónico* e *inspirado* coinciden en varios aspectos, son dos conceptos formalmente diversos. Un libro se dice *inspirado* por tener a Dios como autor principal; un libro se llama *canónico,* porque siendo inspirado, la Iglesia —a través de su Magisterio infalible— lo ha reconocido como tal. La canonici-dad de un libro supone, pues, su inspiración: es canónico porque es inspirado y no al revés.

El canon de los libros inspirados, regla de fe

Se conoce por *canon bíblico* el conjunto de todos los escritos que forman la Biblia, y que, por su origen divino, constituyen su *regla de la fe y costumbres;* es decir, el catálogo completo de los escritos inspirados. Por circunstancias históricas, que enseguida veremos, a la mayoría de los escritos bíblicos se les denomina *protocanónicos* porque siempre y en todas las comunidades cristianas fueron tenidos por inspirados; para distinguirlos de unos pocos —siete de cada Testamento— que se llaman *deuterocanónicos* porque no siempre y en todas partes fueron incluidos en el canon. Esta terminología se debe a Sixto de Siena (1569). La división de los libros inspirados en *proto* y deutero-canónicos no significa de ningún modo establecer una diferencia en la dignidad y autoridad de los libros sagrados: todos los libros bíblicos son igualmente inspirados.

En la literatura cristiana primitiva se utiliza el término *canon* para designar la *regla de la fe,* y se llaman *cánones* a las normas de vida y de culto que todos los fieles deben respetar. La Iglesia, pueblo de Dios, tiene conciencia clara de ser ayudada por el Espíritu Santo tanto en su comprensión como en su interpretación de los libros sagrados. La Biblia fue considerada desde un principio como *norma de fe y vida* para los cristianos; y por ello, muy pronto se denominará *canon* al conjunto de los libros inspirados.

Historia del canon del AT

«El discernimiento del *canon* de la Sagrada Escritura ha sido el punto de llegada de un largo proceso»[3]. Las comunidades de la Antigua Alianza reconocieron en un cierto número de textos la Palabra de Dios y los consideraron en consecuencia como un patrimonio que debía ser conservado y transmitido. «Así, los textos han dejado de ser simplemente la expresión de la inspiración de autores particulares; se han convertido en propiedad común del pueblo de Dios»[4].

1) En la tradición judía.

El elenco de los libros sagrados era clasificado por los judíos, ya en tiempos de Jesucristo, en tres partes: *La Ley, los Profetas y los Escritos.* Por los datos de los mismos libros bíblicos sabemos que el canon tuvo su comienzo con Moisés, a quien se considera el autor sustancial del *Pentateuco (Toráh),* que mandó que la Ley fuera leída públicamente cada siete años y depositada en el arca de la alianza[5]. También consta que en el siglo VIII el rey Ezequías (hacia el año 700) mandó reunir un cierto número de los proverbios de Salomón[6] y ordenó que se cantaran en el Templo "salmos de David y Asaf "[7]. En el siglo V, Nehemías construyó una biblioteca y en ella colocó "los libros de los Reyes, los de los profetas y los de David y las cartas de los Reyes sobre las ofrendas"[8].

La redacción definitiva de la *Toráh*, como ya vimos, tiene lugar en tiempos de Esdras[9], mientras que la segunda colección *(Los Profetas* o *Nebi'im),* estaba ya completa hacia el año 180 a.C., cuando se redacta el Sirácida o Eclesiástico[10]. Esto parece indicar que para entonces estaba formada la colección completa de los libros sagrados. Además, en el mismo libro, siguiendo el orden del actual canon, se hace mención de Josué, Jueces, Samuel, Reyes, Isaías, Jeremías, Ezequiel, y los Doce profetas menores[11]. También a esta colección se le atribuyó la misma autoridad y dignidad que la Ley[12]. Y, finalmente, la tercera colección (Los *Escritos* o *Ketubim),* que incluye los restantes libros, se cierra con el libro de la Sabiduría, hacia el año 50 a.C.

2) El problema de los libros "deuterocanónicos" del Antiguo Testamento.

Los libros deuterocanónicos del AT son: Tobías, Judit, Sabiduría, Baruc, Eclesiástico, 1 y 2 Macabeos; y, además, fragmentos de Ester (10,4-16,24) y Daniel (3,24-90; 1314). Estos escritos fueron reconocidos como sagrados desde el siglo II a.C., cuando se concluyó la traducción griega de *los Setenta.* Esta versión contiene todos los *deuterocanónicos*; es más, los inserta entre los *protocanónicos.* Al principio —según la hipótesis más generalizada— también los judíos palestinenses conservaron el mismo canon que los de Alejandría. La opinión de que hubiera dos cánones, uno entre los judíos de la diás-pora, que sería el completo; y otro, el de los de Palestina, en el que se haría

omisión de algunos libros, no parece conforme con los datos históricos. Lo cierto es que a partir del siglo I d. C. los judíos de Jerusalén eliminaron algunos libros del canon ¿Por qué?

Algunos autores atribuyen el motivo principal a que después de Esdras no volvió a surgir un «profeta» —un hombre de Dios— que ratificase el carácter inspirado de los escritos más recientes. Pero hay otro dato histórico significativo: después de la destrucción de Jerusalén y del Templo (70 d.C.) y del fin del sacerdocio levítico, los fariseos llegaron a tener una hegemonía absoluta. Fueron ellos quienes excluyeron algunos libros del canon, porque, decían, no puede ser un libro sagrado si no está escrito en hebreo (¡la única lengua santa!) y sobre el suelo de Palestina (¡el único en el que Dios podía revelarse!); de donde podemos deducir tres criterios: a) antigüedad; b) composición en lengua hebrea; y c) conforme al modo fariseo de interpretar la Ley.

Sin embargo, los verdaderos motivos —según opinión común entre los investigadores— que les llevaron a rechazar estos libros fueron dos: la hostilidad de los fariseos a la dinastía de los Macabeos, considerada como usurpadora de los derechos de la dinastía davídica —lo que explica la exclusión de 1 y 2 Mach—; y las controversias con los cristianos, rechazando la "versión alejandrina" que la Iglesia usaba. La decisión oficial vino de la Escuela de Yamnia *(Yabne)* por los años 95-100 d.C, que sacó del canon judío estos siete libros sagrados.

Los Protestantes, en el siglo XVI, excluyeron también de sus Biblias estos libros, a los que denominaron "apócrifos". Este término tiene aún hoy para los protestantes un sentido técnico concreto y propio, porque designan así a los libros que no incluyen en su «canon» de las Escrituras. La Iglesia Católica, ha considerado como *libros canónicos* a estos «apócrifos del AT», que llama «deuterocanónicos». El Concilio de Trento adopta así definitivamente la antigua tradición de la Iglesia de Occidente, defendida por san Agustín.

3) La tradición apostólica y el canon del Antiguo Testamento.

Los cristianos siempre veneraron esos textos sagrados, que recibieron como una preciosa herencia trasmitida por el pueblo judío, es decir, los considera «Sagradas Escrituras»[13], «inspiradas» por el Espíritu de Dios[14], que «no pueden ser abolidas»[15]. Podemos concluir que *los Apóstoles admitían el canon completo del AT,* incluidos los "deuterocanónicos".

En la época postapostólica y mucho tiempo después, la versión de los LXX siguió siendo el texto bíblico oficial de la Iglesia para el AT; algunas excepciones locales y pasajeras no invalidan este dato importantísimo. Es verdad que en los siglos III, IV y V un grupo no muy numeroso de autores manifiesta ciertas reservas con respecto a los libros deuterocanónicos, pero se trata de una negación más bien teórica; en la práctica se sirven también de estos escritos del AT como si fuesen inspirados y canónicos.

La fijación definitiva del canon del AT aparece ya en el siglo IV, con la declaración del *Concilio regional de Hipona* (año 393), en el que intervino el propio San Agustín[16];

posteriormente, el canon de los libros inspirados consta en la declaración del Concilio ecuménico de *Florencia* (1441) y en la definición infalible del Concilio ecuménico de *Trento* (1546).

Historia del canon del Nuevo Testamento

A los textos del AT, la Iglesia ha unido estrechamente los escritos que a su juicio nos transmiten el testimonio de los apóstoles sobre los hechos y enseñanzas de Jesús, y aquellos otros escritos que recogen las instrucciones dadas por los mismos apóstoles para la constitución de la Iglesia naciente. «Esta doble serie de escritos ha recibido, seguidamente, el nombre de *Nuevo Testamento.* En este proceso, numerosos factores han representado un papel: la certeza de que Jesús —y los apóstoles con Él— habían reconocido el AT como Escritura inspirada, y de que el misterio pascual constituía su cumplimiento; la convicción de que los escritos del NT provienen auténticamente de la predicación apostólica —lo cual no implica que hayan sido todos ellos compuestos por los apóstoles mismos—; la constatación de su conformidad con la regla de fe, y de su uso en la liturgia cristiana; en fin, la de su acuerdo con la vida ecle-sial de las comunidades y de su capacidad de nutrir esa vida»[17].

Los libros del NT, como ya expusimos, se escribieron entre los años 50 y 100 de nuestra era y sobre su *canon* ha habido siempre una tradición constante y firme. Después de la muerte del último apóstol, san Juan, cesó toda revelación pública y no aparece ya ningún otro libro inspirado o canónico. Sobre el canon neotestamentario no hay declaraciones directas de la Iglesia apostólica. El siglo I no ofrece, pues, enseñanzas magisteriales sobre el carácter sagrado de todos los libros del NT, porque los Apóstoles y san Pablo eran el *canon viviente*, que había plasmado la fe y la vida personal y comunitaria de la Iglesia primitiva.

Los testimonios históricos muestran que entre finales del siglo I y finales del siglo II se hizo paulatinamente la selección y el catálogo de los libros inspirados. En la segunda mitad del siglo II, se llega a formar un «corpus» de cuatro Evangelios y otro paulino de, al menos, 10 cartas; los demás escritos del canon del NT aún no se consideraban importantes. Donde primero se llevó a cabo esta codificación fue al parecer en Roma, como lo atestigua el famoso *Canon de Muratori,* de fines del siglo II, descubierto en 1740.

Los libros "deuterocanónicos" del NT

Entre los siglos III al V surgieron, sin embargo, dudas, limitadas geográficamente, sobre la inspiración de siete de ellos: la Carta a los Hebreos —especialmente en Occidente—, el Apocalipsis y la mayor parte de las llamadas «Cartas católicas»: la de Santiago, la segunda de san Pedro, la segunda y tercera de san Juan y la de san Judas. Son los libros *deuterocanónicos* del Nuevo Testamento. Las dudas se prolongaron hasta el siglo V y en Siria entrado ya el siglo VI, pero conviene precisar cuántas y cuáles eran estas dudas.

En primer lugar, hay que decir que no se trata de dudas importantes en número y referidas todas a los mismos libros, sino que, unas veces, se refieren a un escrito y, otras veces, a otro. Como segundo factor, hay que considerar las dificultades de comunicación de la época: los escritos sagrados no se podían difundir rápida y fácilmente por todas las iglesias; además, en un primer momento, algunos libros habían sido dirigidos a sólo una persona o a una comunidad de fieles; y es lógico pensar que pasó un tiempo hasta que otras comunidades tuvieran conocimiento de ellos. Un tercer factor es la difusión de los llamados «libros apócrifos» por los herejes; propalaban falsas doctrinas, pero los presentaban como libros sagrados e inspirados. En suma, son dudas atribuibles al hecho de que la Iglesia todavía no había hecho una declaración definitiva y universal acerca del canon, si bien son numerosos ya los escritores que explícitamente reconocen la canonicidad de todos los libros del NT, incluidos los "deuterocanónicos", como Clemente de Alejandría, san Ambrosio, san Agustín, san Jerónimo, etc.

Todas estas dudas no tardaron en ser absorbidas por el peso de la Tradición. En Occidente, los sínodos africanos de Hipona y Cartago, y la Carta del Papa Inocencio I al Obispo de Tolosa (405), señalaron definitivamente con su autoridad el canon bíblico. En Oriente, en Alejandría, la lista completa de los 27 libros del NT aparece ya en la *Epístola PascualXXXIX*de San Atanasio (367). En Antioquía y Siria el reconocimiento fue algo más lento, pero todas las dudas se disiparon definitivamente en el llamado *Concilio de Trulano* o *Quinisexto* (692) que establece el canon completo tanto del AT como del NT. A partir del año 450 la unanimidad acerca del canon del NT es absoluta y es ex-plicitada y ratificada por el Magisterio, como hemos dicho, en los concilios de Hipona (particular), de Florencia y de Trento. El Vaticano I (1870) renovó y confirmó la definición de Trento[18], lo mismo que hará finalmente el Vaticano II.

Criterios de canonicidad

El dato revelado, definido por la Iglesia, es ciertamente el criterio supremo e infalible para conocer la inspiración y la ca-nonicidad de los libros de la Biblia. La proposición del Magisterio eclesiástico es necesaria porque la inspiración y canonici-dad de un libro es un hecho sobrenatural, que sólo se puede conocer por revelación divina, a través de la Iglesia.

La definición dogmática del canon bíblico se encuentra en el Concilio de Trento, en su sesión IV del 8 de abril de 1546. En esa sesión se condenaron los errores protestantes, porque rechazaban la canonicidad de algunos libros pertenecientes al canon fijado desde antiguo por la tradición apostólica. El Concilio, después de enumerar los libros de la Biblia, afirma solemnemente: «si alguno no recibiera como sagrados y canónicos los mismos libros, íntegros, con todas sus partes, tal como se han acostumbrado a leer en la Iglesia católica y se contienen en la antigua edición vulgata latina (...) «anathema sit»»[19]. El Concilio atiende a dos criterios fundamentales: 1) El uso o costumbre de leer tales libros en la Iglesia Católica; 2) la presencia de esos libros en la versión latina oficial de la *Vulgata*. En realidad ambos datos se refieren a un único criterio: la práctica de la Iglesia. El Magisterio posterior considera que en última instancia es la *tradición apostólica* la razón última y más convincente: «Por la misma tradición conoce la Iglesia el canon íntegro de los libros sagrados»[20]. Entonces, parece razonable preguntarnos: ¿Qué criterios usó de hecho la tradición viva de la Iglesia?

1) Criterios católicos.

Resumidamente podemos destacar tres criterios *objetivos* que guiaron a la Iglesia para reconocer cuáles son los escritos inspirados del NT: el origen apostólico, la ortodoxia y la catolicidad. Ante todo, el criterio del *origen apostólico*. Se consideraron canónicos aquellos escritos que se remontaban al círculo de los apóstoles o de sus colaboradores próximos (Marcos, Lucas). La canonicidad de Apc y Heb se discutió precisamente porque se dudaba si tales escritos había que considerarlos obra de san Juan y de san Pablo respectivamente. Un segundo criterio fue el de la *ortodoxia,* que pertenece al «sensus fidelium» de los primeros siglos[21]; es decir, la conformidad de los escritos en cuestión con la predicación auténtica y con el auténtico anuncio acerca de Cristo, de su vida y de su mensaje. Y el tercer criterio fue el de la *catolicidad* de los escritos: los libros que todas o casi todas las Iglesias consideraban inspirados, como testimoniaba su uso litúrgico, fueron incluidos en el canon; en cambio, los aceptados sólo por Iglesias aisladas quedaron excluidos del mismo.

2) Criterios protestantes.

Los protestantes, al prescindir de la autoridad del Magisterio, se encontraron sin un criterio fijo y seguro a la hora de establecer el canon bíblico. Esto condujo a la llamada

"cuestión de los criterios"; es decir, frente al criterio objetivo de la Tradición y el Magisterio de la Iglesia católica, desarrollaron otros *criterios subjetivos*. Así por ejemplo, Lutero clasificaba los libros neotestamentarios según la importancia que dan al mensaje de la Redención y la concordia que guardan con la tesis luterana de la "justificación por la sola fe"; y por este motivo rechazó la Carta a los Hebreos, la Carta de Santiago, la de Judas y el Apocalipsis. Para Calvino, el criterio de canonicidad era "el testimonio secreto del Espíritu" y el "consentimiento público" del pueblo cristiano.

Los libros apócrifos

La canonización produjo un efecto inevitable: la exclusión de las listas oficiales de todos aquellos escritos no considerados como inspirados, por no cumplir alguno de los criterios para reconocerlos como tales. Se llama *apócrifo* a un libro de autor desconocido, que tiene cierta afinidad con los libros sagrados en el argumento o en el título, pero al que la Iglesia Universal no reconoció jamás autoridad canónica por no ser inspirado. Tienen un cierto valor, porque muestran ideas religiosas y morales más o menos difundidas en tiempos cercanos a Jesucristo,

o porque recogen datos de la Tradición que no se encuentran en los Evangelios; por ejemplo, los nombres de los padres de la Santísima Virgen, su Presentación en el Templo, etc. Hay "apócrifos" tanto del AT como del NT y suelen clasificarse también según su género literario: «evangelios», «cartas o epístolas», «libros proféticos», «apocalipsis», etc.

La palabra «apócrifo» tiene una historia compleja y significativa que va acompañando a la historia misma del canon. El término griego *apokrypha,* de la raíz *kryphein* (ocultar), ha sufrido a lo largo de esa historia una traslación en su sentido: oculto-falso-extracanónico.

En su sentido primitivo significa *cosas ocultas*, o más exactamente *libros ocultos o secretos*. Es verdad que para los judíos el adjetivo «oculto» aplicado a los libros sagrados no tenía un sentido peyorativo, porque se aplicaba muchas veces a los libros que por el mal estado en que se encontraban tenían que retirarse del uso; o también los libros cuya calidad de escritura estaba en discusión. En la primitiva Iglesia, el vocablo *apokrypha* apareció por vez primera, con su significado actual, en tiempos de San Ireneo, durante los años del conflicto de la Iglesia con los herejes, especialmente los *gnósticos*, porque se presentaban como una «doctrina oculta o secreta». Toda esta literatura fue combatida por los Santos Padres en los siglos II y III; y así el término *apócrifo* se convirtió en sinónimo de "herético" (de origen dudoso, corrompido, falso). Años después, apareció otro uso para el vocablo «apócrifo»: la Iglesia clasificó entre los libros «secretos», además de los «apócrifos» gnósticos, a los libros judíos que los maestros de la sinagoga habían excluido de sus Escrituras y que gozaron durante un tiempo de gran popularidad entre los cristianos; se trataba sobre todo de obras de "apocalipsis", con una forma y fondo claramente esotéricos y que hoy se les suele llamar *pseudo-epígrafes* del AT[22]. En suma, el término «apócrifo» recogido por los católicos se refiere, en general, a la literatura judía y cristiana extrabíblica.

Conclusiones

El Espíritu Santo que asiste a la Iglesia la lleva a reconocer los libros inspirados por Dios: *el único criterio válido universal, claro e infalible, es la revelación divina conservada en la Tradición viva de la Iglesia, y propuesta infaliblemente por el Magisterio eclesiástico*. Es un criterio *universal*, porque es aplicable a todos y cada uno de los libros; es también *infalible* por apoyarse en la infalibilidad de la Iglesia; y, finalmente, es un criterio *claro* ya que todos los hombres, para cuya salvación han sido escritos los libros sagrados, pueden conocer sin ningún género de dudas qué libros forman la Biblia. Conviene subrayar, una vez más, que todo este proceso histórico de definición del canon no es ajeno a la asistencia que el Espíritu Santo presta a la Iglesia.

«Juntamente con la sagrada Tradición la Iglesia ha tenido siempre y sigue teniendo las Sagradas Escrituras como regla suprema de su fe»[23]. La Iglesia de todos los siglos puede reconocer en su tradición viva los libros que la ponen en contacto directo con la tradición apostólica, y en estos mismos libros reconoce como en un espejo su propio rostro. En la Escritura verifica la Iglesia, siglo tras siglo, su propia identidad y su fidelidad al Evangelio. Los escritos canónicos tienen, por tanto, «un valor *salvífico y teológico* completamente diferente al de los otros textos antiguos. Si estos últimos pueden arrojar mucha luz sobre los orígenes de la fe, no pueden nunca sustituir la autoridad de los escritos considerados como canónicos, y, por tanto, fundamentales para la comprensión de la fe cristiana»[24].

1 Cfr CEC, 120.
2 Cfr Ioh 14,25-26; 16,13.
3 PCB, La interpretación de la Biblia..., III,B,1.
4 Ibidem.
5 Cfr Dt 31,9-13.24.
6 Cfr Prv 25,1.
7 Cfr 2 Chr 29,30.
8 Cfr 2 Mach 2,13.
9 Cfr Neh 9; vid. supra cap. II.
10 Cfr Sir 46,1-49,12 en la Vulgata.
11 Sir 44-50.
12 Cfr Mt 5,17-22.40; Ioh 1,45; etc.

13 Cfr Rom 1,2.
14 1 Tim 3,16; cfr 2 Pet 1,20-21.
15 Cfr Ioh 10,35.
16 La tradición primitiva se continúa, sin embargo, en los escritos de la mayor parte de los Padres de Oriente y Occidente de estos siglos: San Cipriano, San Efrén, San Basilio, San Ambrosio, San Juan Crisóstomo, San Agustín, etc. Y con estos Padres en tres concilios africanos se fijó el canon definitivo. Así se volvió a la unanimidad de los primeros siglos.
17 PCB, La interpretación de la Biblia..., III,B,1.
18 Cfr Vaticano I, Const. dogm. Dei Filius: Dz 1787.
19 Dz 784.
20 DV, 8.
21 «La universalidad de los fieles que tiene la unción del Santo (cfr 1 Ioh 2,20) no puede fallar en su creencia, y ejerce ésta su peculiar propiedad mediante el sentimiento sobrenatural de la fe de todo el pueblo, cuando "desde el Obispo hasta los últimos fieles seglares" manifiestan el asentimiento universal en las cosas de fe y de costumbres» (LG, 12).
22 En este sentido habla Orígenes de ellos como «apócrifos». Ya por el año 400, como afirma san Agustín, prevalecía el sentido despectivo de «apócrifos », aplicado también en adelante a esa literatura apocalíptica legada por los judíos.
23 DV, 21.
24 PCB, Interpretación de la Biblia..., III, B,1.

Capítulo VI

SANTIDAD Y UNIDAD DE AMBOS TESTAMENTOS

La unidad de los libros santos

El origen divino de los libros inspirados da razón de su *veracidad.* Trataremos ahora de la *santidad* de la Biblia, reflejo de la santidad divina y de la *unidad* de su contenido, que garantiza la íntima armonía entre todas sus enseñanzas. Contemplar la unidad de los *libros santos* es siempre profundizar en el misterio de Dios.

La Biblia como literatura santa

El Dios tres veces Santo, Autor de los libros sagrados y cuya Voluntad es eternamente inmutable, no puede aprobar el mal ni rechazar el bien. La santidad de la Biblia, expresada de modo negativo, significa *inmunidad de todo error moral;* es decir, no puede encontrarse en los libros inspirados nada que repugne a la santidad de Dios. Las Escrituras —decimos con Santo Tomás— son *santas* por un triple motivo: por su *origen divino,* al haber sido inspiradas por el Espíritu Santo; por su *contenido*, pues enseñan una doctrina moral santa e intachable; y por su fin, porque nos santifican al encauzarnos a la santidad[1]. La Biblia, por tanto, exige ser leída, estudiada y meditada como algo santo y sagrado, con la veneración que se debe a las cosas que pertenecen de un modo especial a Dios.

En los relatos bíblicos aparecen santos que han llegado a serlo a pesar de sus pecados, defectos y limitaciones de carácter; buenos que lo son menos; y malos que no lo son tanto; pecadores cuya principal responsabilidad es la de haber desaprovechado cualidades humanas estupendas y gracias especiales de Dios. Aunque algunos episodios que se cuentan en los *libros santos* no sean moralmente intachables, lo que de verdad importa es *el juicio que hace el autor sagrado* de esos hechos bajo el carisma inspirativo divino. Lo narrado en la Biblia, no siempre es alabado o aprobado; es decir, la Escritura se limita a registrar fielmente lo sucedido, no trata de mover a hacer lo mismo. La alabanza genérica de un personaje no implica la aprobación de todas sus acciones. Judit, por ejemplo, es alabada, no porque hubiera engañado a Holofernes, sino por el heroísmo santo con que salvó a su pueblo[2]. A menudo, la gravedad de un hecho se expresa mostrando el justo castigo divino. Otras veces, la malicia de la acción se desprende fácilmente de su consideración bajo la luz de la ley natural o mosaica. La *santidad de la Biblia* se manifiesta, pues, en la conformidad con la ley moral de los juicios —explícitos o implícitos— que se emiten sobre actos, palabras y sentimientos de los personajes y hechos que presenta.

Perfección moral de los libros bíblicos

Al leer la Biblia, nos encontramos en ocasiones con relatos en los que aparecen, en diversas situaciones de lugar y tiempo, el homicidio, la venganza, la poligamia, el divorcio, la guerra, todo tipo de imprecaciones y acciones deshonestas, etc. ¿Cómo se compagina todo esto con la *santidad* de los libros inspirados? Aunque los dos Testamentos son santos y están libres igualmente de todo error moral, podemos afirmar una *mayor perfección moral del NT* —por tratarse del régimen definitivo de la ley evangélica— sobre el Antiguo.

En la Antigua Ley encontramos las deficiencias propias de una etapa preparatoria de la revelación. Dios condesciende con su maravillosa pedagogía ante la rudeza humana, y tolera elementos imperfectos y pasajeros[3]. La *ley del talión*[4]*,* por ejemplo, era dura en sí pero justa, porque está basada sobre el principio, moralmente bueno, de que la culpa debe ser adecuadamente castigada. En la Nueva Ley o *ley de la gracia,* Jesucristo enseñó un comportamiento moral más alto, mandando devolver bien por mal[5], y Él mismo nos dio ejemplo perdonando desde la Cruz.

Los personajes bíblicos no se presentan como héroes descarnados, sino como lo que son, hombres con las mismas pasiones que nosotros; y por eso, en su vida, podemos vernos retratados, y conocer hasta dónde podemos llegar si nos apartamos de la ayuda divina. Pero también esos relatos nos mueven a la confianza en Dios, porque no queda confundido nadie que acude a Él. Lo vemos en la historia de David, arrepentido de su gravísimo pecado de adulterio y homicidio, fue perdonado por Dios, y expresa su compunción en el salmo *Miserere* (Ps 50).

La diferencia entre la moral de uno y otro Testamento no afecta a aspectos éticos esenciales, sino sólo de grado. Santo Tomás explica estas discrepancias por dos motivos básicos: primero, *por el fin* al que conducía y conduce la "ley" de uno y otro Testamento; y, segundo, *por los preceptos morales* que contienen ambos[6].

Por una parte, siendo Dios quien promulga la Ley Antigua y la Nueva, también coinciden en el *fin* de su promulgación: la *bienaventuranza;* sin embargo, la Antigua Ley se distingue de la Nueva como lo imperfecto de lo perfecto. En el AT, Dios reveló cierto conocimiento de las verdades salvíficas, pero no estableció explícitamente las instituciones para alcanzar la justificación. *La gracia que salva venía figurada con hechos y prometida con palabras*, de modo que los justos del AT podían alcanzarla por la fe en las promesas

reveladas que anunciaban la venida del Redentor. En el NT, Dios *facilita la gracia de un modo más perfecto y abundante;* y con la gracia, la posibilidad de la salvación mediante la institución de la Iglesia.

Por otra parte, mirando a los *preceptos* de la ley moral, también el AT proporcionaba un alto conocimiento de esta ley. Dios la fue revelando a medida que la razón natural se oscurecía por la abundancia de los pecados personales. En tiempos de Abrahán y de los Patriarcas los preceptos de Dios tienen un carácter más doméstico, pero con la Ley de Moisés esta revelación adquiere carácter general y puede decirse que en el Decálogo se incluyen —de modo explícito o implícito— todos los preceptos de la ley natural[7].

Jesucristo, con sus hechos y sus palabras, con su vida y su doctrina, perfeccionó los preceptos morales de la Antigua Alianza, iluminando el conocimiento de la misma ley moral. «No he venido a abrogar la Ley, sino a llevarla a su perfecto cumplimiento»[8]. Es en el Sermón de la Montaña donde Jesús corrige con firmeza la interpretación judaica de la Ley de Moisés, con esa superación que es plenitud y universalidad. ¿Cómo llevó a cabo este perfeccionamiento? Lo resumimos, con Santo Tomás, en tres aspectos claves[9]. En primer lugar, *declarando su verdadero sentido*, como consta en el homicidio y el adulterio: al contrario de los escribas y fariseos, el Señor enseñó que también caían bajo la prohibición los actos interiores pecaminosos. En segundo lugar, *ordenando el mejor modo de cumplirlos*: por ejemplo, estaba mandado que nadie perjurase, y el Señor enseñó que esto se observaba mejor si se evitaba todo juramento, salvo en caso de necesidad. Y, finalmente, *añadiendo ciertos consejos de mayor santidad* así al amor al prójimo Jesucristo añadió el amor a los enemigos, hacer bien a los que nos odian y orar por los que nos persiguen y calumnian, de modo que amásemos a los demás como Él nos amó[10].

La unidad de la Sagrada Escritura

La Escritura santa es *una*, por muy diferentes que sean los libros que la componen, en razón de la *unidad del designio de Dios* en Cristo. En los libros humanos, la unicidad de autor suele ser la garantía de la unidad de la obra, de la coherencia de las afirmaciones, etc.; pero también, con cierta frecuencia, esa unidad está limitada por la mutabilidad de los juicios humanos o la posibilidad de errores. En el caso de la Sagrada Escritura, Dios —Autor principal—, Sabiduría infinita, en quien no puede darse ninguna contradicción, hace que los escritores sagrados enseñen la misma verdad. Por eso, la Sagrada Escritura, más que un conjunto de obras distintas reunidas en un volumen, es propiamente *un* libro, *el Libro santo.*

Para comprender y profundizar en el «misterio» de esta unidad, una vez elegido bien el punto de partida —*el NT es la plenitud del AT*— el recorrido puede hacerse por dos vías. Una, a través de los *contenidos,* y otra, por medio de la *relación y ordenación* de ambos Testamentos. Dicho de otra manera, con dos sentencias de los Santos Padres: la primera de San Jerónimo cuando dice que «el río de las Escrituras tiene dos riberas, que son el AT y el NT», y en ambas riberas está plantado el árbol, que es Cristo[11]; la segunda es la famosa sentencia agustiniana: «el Nuevo Testamento está oculto en el Antiguo y el Antiguo patente en el Nuevo»[12]. Los libros del AT adquieren y muestran, pues, su significación completa en el NT, y lo que se propone explícita y claramente en el Nuevo, ya se encuentra de un modo velado y bajo imágenes o figuras en el Antiguo[13].

El Nuevo Testamento, plenitud del Antiguo

La manifestación suprema, completa y definitiva de la revelación de Dios se encuentra en Jesucristo, el Hijo de Dios hecho hombre y enviado a los hombres. Gracias a la instauración del nuevo orden, los grandes misterios con los que Dios iba gradualmente preparando a la humanidad, se han vuelto luminosos en su cumplimiento; se abre así a la razón, un nuevo e insospechado sentido de las verdades ya propuestas en el AT, tanto en lo que hemos de creer, como en lo que hemos de practicar. El Espíritu Santo vino después a enseñar y recordar lo que los Apóstoles ya habían aprendido de labios de Jesús, pero con una luz nueva que les permitirá descubrir la profundidad y riqueza de lo que habían visto y escuchado[14].

En el NT encontramos, pues, la *plenitud*de sentido de la revelación divina; es ya una etapa insuperable de la manifestación de Dios a los hombres. Entre ambos Testamentos no puede darse, desde luego, oposición o ruptura. Es la herejía de los antiguos maniqueos y de algunas interpretaciones modernas, que oponen antitéticamente el Antiguo (tesis) con el Nuevo (antítesis), de la que serían síntesis las "teologías" de la muerte de Dios, de la revolución, etc., que algunos llaman "el tercer evangelio".

Ahora bien, la relación entre uno y otro Testamento tampoco puede reducirse a simple complementariedad. De una parte, se da una cierta "subordinación" del Antiguo al Nuevo, porque éste revela de modo explícito y contiene realmente lo que en el AT estaba figurado y en promesas; y, de otra, una cierta "discontinuidad" en la medida en que en el Nuevo aparecen «novedades» ignoradas por el Antiguo. El sacerdocio de la Nueva Ley, por ejemplo, es una "novedad" respecto al sacerdocio levítico, en el marco de continuidad de la mediación sacerdotal, del culto y de los sacrificios.

En suma, en el conjunto de la revelación divina las "gafas" del NT nos proporcionan no solo una visión más nítida de los contenidos del AT, sino también permiten ver las novedades que aporta el NT.

Unidad de contenidos de ambos Testamentos

La unidad de la Escritura se aprecia por los contenidos de uno y otro Testamento. Se descubre esta unidad, por una parte, al analizar el *designio salvífico divino;* en efecto, el mensaje bíblico de la Creación (AT) y de la Redención (NT) forma parte de un único proyecto, no sólo porque son respectivamente la etapa inicial y la culminación de ese proyecto, sino también porque se insinúa en los textos del AT —leídos a la luz del NT— la acción del Hijo y del Espíritu Santo en la Creación. Y, al revés, el NT nos revela que la Redención es la elevación al orden sobrenatural de la dignidad original del hombre —de la que nos habla el AT—, como una «nueva Creación»[15].

Por otra parte, se percibe también la unidad de ambos Testamentos, porque presentan al mismo y único Dios, si bien en el AT se revela como Uno y Único; y en el NT como Uno y Trino. La "novedad" del misterio de la Santísima Trinidad en el NT se nos muestra, bien cuando se aplican a Jesucristo términos o nombres que en el AT se atribuían a Dios[16]; bien cuando presenta al "Dios Trino" actuando en los hechos salvíficos de la Antigua Ley; pero siempre asumiendo la revelación monoteísta del AT. De igual modo podríamos referirnos a las citas neotes-tamentarias de los nombres, apelativos y símbolos del Espíritu Santo[17].

En resumen, Jesucristo nos revela a Dios como Padre de un modo nuevo. Dios es Padre Todopoderoso como Creador, pero es Jesús quien nos descubre que es eternamente Padre con relación a su Hijo Unico, y también que Jesús es sólo Hijo en relación con su Padre: «Nadie conoce al Hijo sino el Padre, ni al Padre le conoce nadie sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar»[18]. La Iglesia entiende la doctrina de la creación como obra de la Santísima Trinidad, porque reconoce las huellas que ha dejado la Trinidad en el AT. Por eso también, los exegetas cuando leen el AT, investigan en los textos de la Antigua Alianza todo aquello que el Espíritu —*que habló por los profetas,* como profesamos en el Credo— quiere decirnos acerca de Cristo[19].

Lectura del Antiguo Testamento desde el Nuevo

Una segunda vía, como decíamos antes, para mostrar la unidad de los dos Testamentos es la que lleva a leer el AT *desde el NT*, principalmente a la luz de Cristo muerto y resucitado: esta lectura, que llamamos «tipológica», nos facilita ver el contenido inagotable del AT[20]. Por querer divino «la economía del AT —enseña el Concilio Vaticano II— estaba sobre todo ordenada a preparar, a anunciar proféticamente y a significar con varios *tipos*[21] la venida de Cristo redentor del universo y del reino mesiánico»[22]. Vamos a examinar cómo las *palabras* y los *hechos* del AT están presentes en el NT:

1) *Palabras: promesa-cumplimiento.-* Hay muchos textos del AT cuyo sentido literal es el de anunciar o prometer de parte de Dios la Nueva Alianza que se cumple en el NT; en especial, aquellos textos que anuncian la llegada del Mesías y de su obra redentora. Los autores sagrados del NT presentan esa unidad de las Escrituras aplicando los recursos de la cultura de su época. Algunos ejemplos nos ayudarán a apreciar la orientación de estos hagiógrafos, que aplican una metodología propia para buscar ante todo qué quisieron expresar los escritores ve-terotestamentarios y qué quiso Dios darnos a conocer mediante sus palabras. Entre otros pasajes del AT podemos ver:

— La primera promesa de salvación o *protoevangelio*, donde se anuncia un Salvador de la descendencia de la primera mujer y vencedora del Maligno[23];

— las promesas divinas hechas a los Patriarcas que inauguran la nueva etapa del antiguo pueblo de Dios, al final de la cual se encuentra Cristo y su Iglesia[24];

— las promesas hechas al pueblo de Israel y recogidas por Jesús en las Bienaventuranzas en orden al Reino[25];

— las famosas profecías mesiánicas, entre las que destacan especialmente la del *hijo de David,* cuando el profeta Natán le comunica al rey la promesa de que un descendiente suyo será el Mesías[26]; las profecías del *Emmanuel*[27] y del *Siervo doliente* de Isaías[28] —que se cumple en la muerte redentora de Cristo[29] —; o aquella visión del profeta Daniel respecto al *Hijo del Hombre,* como anuncio que se cumple en Jesucristo, especialmente en su Resurrección[30] y que, a su vez, era también cumplimiento de las promesas del AT[31].

Son también muy elocuentes, los textos proféticos que se refieren claramente al envío del Espíritu Santo, y que son «oráculos en los que Dios habla al corazón de su Pueblo en el lenguaje de la Promesa, con los acentos del *amor y la*

fidelidad, cuyo cumplimiento proclamará san Pedro la mañana de Pentecostés»[32].

Y, finalmente, la proclamación de la segunda venida de Cristo, que san Pedro presenta como cumplimiento de la *promesa de restauración universal*, sin que cite textos concretos del AT en los que se vea directamente anunciada[33].

2) *Hechos: Preparación-realización.-* El Antiguo habla del Nuevo Testamento no solo con palabras, como acabamos de ver, sino también con hechos, con los acontecimientos que narra. Se trata de sucesos, situaciones y realidades descritas en la Antigua Alianza, que, conservando su valor histórico, son integradas en otras nuevas o sustituidas en la Nueva Alianza. El AT contiene toda una revelación divina para que los hombres de aquel entonces y, en particular, el pueblo elegido, su inmediato receptor, se acercasen a Él y lo conocieran. Pero, además, Dios puso un contenido *profético* de enorme riqueza en la simple narración de la antigua *historia sagrada*: las realidades —personas, hechos y cosas— de que hablan sus páginas, son anuncio de aspectos de la persona y obra de Cristo. Es decir, el AT contiene varias figuras (o *tipos*) de las realidades del NT[34].

Casi todas las verdades que enseña el NT, las encontramos, aquí y allá, en el AT como en su huella. De hecho, la *Liturgia de la Iglesia* conserva como una parte integrante e irremplaza-ble, algunas expresiones del culto de la Antigua Alianza: principalmente la lectura del AT, la oración de los Salmos, la memoria de los hechos salvíficos y de las realidades significativas que se cumplirán en el misterio de Cristo[35]. Por eso, al celebrar el *misterio pascual* y asumir estos elementos de la Antigua Alianza, está confesando la unidad de ambos Testamentos, fundada en la unidad del designio salvífico de Dios[36].

Así, por ejemplo, entre otros acontecimientos narrados en el AT podemos destacar:

— los *holocaustos* y demás sacrificios del AT figuraban la inmolación de Cristo, que se ofreció como víctima al eterno Padre por nuestra salvación;

— la *circuncisión*, ceremonia que establecía la pertenencia al pueblo de Israel, es imagen del Sacramento del Bautismo, que introduce al hombre en la Iglesia de Cristo[37];

— las múltiples *purificaciones* de la Ley, preanunciaban el sacramento de la Penitencia, porque la conversión interior impulsa a la expresión de esa actitud por medio de signos visibles, gestos y obras de penitencia[38];

— con el *sábado* sucede lo mismo, como institución de la Antigua Ley que es actualizada en la Nueva mediante el

domingo[39];

— el mismo *pueblo de Israel,* con sus instituciones y realidades, es una preparación de la Iglesia[40], representada también por *el arca de Noé*[41];

— También se anuncian mediante figuras *los Sacramentos* de la Nueva Ley. Por ejemplo, la Eucaristía prefigurada en el sacrificio (de pan y vino) de Melquisedec[42].

Esta forma de comprender el AT se encuentra ya en los mismos escritos del NT. Contemplada desde esta perspectiva la unidad entre ambos Testamentos, descubrimos el significado salvífico de los acontecimientos y realidades testimoniadas en el AT, y también que estos acontecimientos son asumidos en el NT dándoles un sentido nuevo. Con este nuevo sentido se valora más profundamente el AT como testimonio escrito de la acción de Dios en la Antigua Alianza.

Conclusiones

En síntesis, la unidad y armonía de los dos Testamentos se puede contemplar en tres direcciones, que se entrelazan mutuamente: *primera*, el AT anuncia y promete lo que el NT testimonia cumplido; *segunda*, el AT presenta situaciones y realidades que son asumidas por el NT llenándolas de un sentido nuevo, como la Ley, la oración, la Liturgia y otras realidades veterotestamentarias. Y, *tercera,* el AT ofrece tipos y prefiguraciones de las realidades neo-testamentarias, de enorme valor y actualidad especialmente para la catequesis bautismal. De todas estas figuras se ha servido la Iglesia desde la época apostólica para mostrar la unidad del Antiguo y Nuevo Testamento.

Una última consideración. Como las verdades que contiene la Biblia se ilustran e iluminan mutuamente, se da una perfecta armonía en todo el conjunto. Este "principio hermenéutico" —interpretativo— bíblico se conoce por *analogía de la fe bíblica*. Las diferencias entre los libros se explican desde el carácter progresivo y los diversos modos de realización del designio divino. Pero, eso sí, teniendo en cuenta que sólo a la luz de la Revelación plena de Dios en Cristo es posible reconocer esa armonía, e incluso cuáles son esos libros sagrados. «En los pasajes más ambiguos de la Escritura —escribe san Agustín— se debe consultar la regla de la fe, que se toma de los lugares más claros de la misma Escritura y de la autoridad de la Iglesia»[43]. Los documentos del Magisterio de la Iglesia, a partir de la *Pro-videntissimus* Deus[44], que sancionó y recomendó solemnemente esta regla de interpretación, han resaltado la importancia de este principio.

1 Cfr. Santo Tomás, In Ep. ad Rom, c. 1, lect. II, n. 27.

2 Cfr Idt 10, 11 ss.

3 Cfr DV, 15.

4 «Vida por vida, ojo por ojo, diente por diente, mano por mano» (Ex 21,24). Hay que señalar que esta ley supuso un avance en las relaciones de justicia al poner coto a la venganza.

5 Cfr Mt 5,21.
6 Cfr S. Th., I-II, q. 107, a. 1, c y a.2 c.
7 Cfr S. Th., I-II, q. 100, a. 1, c).
8 Mt 5,17.
9 Cfr S. Th., I-II, q. 107, a. 2, c.
10 Cfr Mt 5; Mc 10,21; Ioh 15,12.
11 Citado por Benedicto XV, en Spíritus Paraclitus: AAS 12 (1920) 418.
12 San Agustín, Quaest. In Hept. 2,73; cfr DV, 16.
13 Cfr DV, 16; Santo Tomás, S. Th., I-II, q. 107, a. 3, ad 1.
14 Cfr Ioh 14,26; DV, 18.
15 Cfr CEC, 281 y 1701. En CEC, 504 se comentan uno tras otro los pasajes de Gen 1,1; Ioh 1,1; Col 1,16-17; cfr también CEC, 385, donde se da una breve explicación del origen del mal.
16 Cfr CEC 430-451.
17 Cfr CEC, 691-701.
18 Mt 11,27; cfr CEC, 240.
19 Cfr 2 Cor 3,14; Ioh 5,39-46. Vid. CEC, 702.
20 Cfr CEC, 129; DV,16.
21 Cfr 1 Cor 10,11. Lo veremos con más amplitud en próximos capítulos (VII, VIII y IX).
22 DV, 15; cfr Lc 24,44; Ioh 5,39; 1 Pet 1,10.
23 Cfr Gen 3,15 y también CEC, 410 y 489.
24 Cfr Gen 12,1-3; 18,1-15 y también CEC, 705-706.
25 Cfr Mt 5,3-12 y también CEC, 1716.
26 Cfr 2 Sam 7,14 y también CEC, 439 y 709.
27 Cfr Is 6,12 y también CEC, 712.
28 Cfr Is 42,1-9; 49,1-6; 50,4-10 y 52,13-53,12 y también CEC, 713.
29 Cfr 2 Mach 7,9.14.29; Dan 12,1-13 y también CEC, 992.
30 Cfr Dan 7,14 y también CEC, 664.
31 Cfr 1 Cor 15; Lc 24,26-32.44-48; vid. CEC, 651-652.
32 CEC, 715; Cfr Ez 11,19; 36,25-28; 37,1-14; Ier 31,34 y Ps 3,15.
33 Act 3,19-21.
34 34 Cfr 1 Cor 10,11.
35 Cfr CEC, 1093. Por ejemplo, la Promesa y la Alianza; el Exodo y la Pascua; el Reino y el Templo; el Exilio y el Retorno, etc. Volveremos sobre ello más despacio en el cap. VIII.
36 Cfr CEC, 1337-1340.
37 Cfr Gen 17,10-14 y también CEC, 527 y 1150.
38 Cfr Ioel 2,12-13; Is 1,16-17 y también CEC, 1430.
39 Cfr CEC, 1166.
40 Cfr Ex 19,5-6; Dt 7,6; Is 2,2-5; Mich 4,1-4; LG, 2 y 6; CEC, 762.
41 Cfr Gen 6,14-22; 1 Pet 3,20-21; CEC, 845.

42 Cfr Gen 14,8; Heb 7,17.
43 De doctrina christiana, 3,2.
44 Cfr Dz 1943.

Capítulo VII

LA INTERPRETACIÓN DE LA BIBLIA
Docilidad al Espíritu y fidelidad a la Iglesia

Como Dios habla al hombre a la manera de los hombres, para una correcta interpretación de los textos bíblicos, «es preciso estar atento a lo que los autores humanos quisieron verdaderamente afirmar y a lo que Dios quiso manifestarnos mediante sus palabras»[1]. Luego «para descubrir *la intención de los autores sagrados* es preciso tener en cuenta las condiciones de su tiempo y de su cultura, los *géneros literarios* usados en aquella época, las maneras de sentir, de hablar y de narrar en aquel tiempo»[2].

Si la Palabra de Dios se hace semejante al lenguaje humano es para que todos la entiendan; no debe, pues, permanecer oscura, lejana o desconocida porque «no es superior a tus fuerzas, ni está fuera de tu alcance... sino que está bien cerca de ti, está en tu boca y en tu corazón para que la pongas en práctica»[3]. Esta es, en verdad, la meta de toda de la interpretación de la Biblia.

La Biblia como literatura humana

No solemos leer un libro si antes no tenemos una cierta idea de qué tipo de libro es. No vamos con la misma actitud cuando nos disponemos a leer una novela o un tratado matemático, una biografía histórica o un libro de poesía. Siempre que iniciamos la lectura de unas páginas, lo hacemos motivados psicológicamente por una finalidad concreta, aunque a veces sea algo difusa. La Biblia —lo repetimos una vez más— es un libro de unos autores humanos y, a la vez, *inspirado,* porque en él nos habla Dios. Todo lector que se acerca a la Biblia tiene interés en su lectura porque Dios "sigue hablando" en sus páginas a los hombres de nuestro tiempo, me dice algo a mí, hoy, ahora.

Interpretar un texto es tratar de entender lo que dice tal como esta escrito en su tiempo y en su cultura, buscar el sentido que el autor intentó expresar y expresó con palabras y reflexionar después sobre la verdad de su contenido que me interpela. Con un lenguaje más preciso, se llama *hermenéutica* —del verbo griego, *\ermeneuein*, interpretar, traducir— al conjunto de principios y métodos de interpretación, que nos permiten entender con exactitud unos textos y sus contextos.

El intérprete divino de la Biblia

Si no queremos reducir la Escritura a letra muerta, «se ha de leer e interpretar con el mismo Espíritu con que fue escrita»[4]. La docilidad al Espíritu Santo es el prólogo de toda correcta disposición del intérprete humano, porque para hacer una lectura plenamente válida de las palabras inspiradas, es precisa la guía y ayuda del Espíritu.

Además, esta docilidad al Espíritu produce otro fruto en el intérprete humano: *la fidelidad a la Iglesia.* Corresponde a los exegetas una doble misión: de un lado, penetrar y exponer «el sentido de la Sagrada Escritura, de modo que con dicho estudio pueda madurar el juicio de la Iglesia»[5]; y, de otro, poner a los creyentes en relación personal con Dios[6]. Los textos bíblicos han sido confiados a la Iglesia de Cristo —comunidad de los creyentes— para alimentar su fe y guiar su vida de caridad: respetar esta finalidad es también condición necesaria para la validez de la interpretación. Ser fiel a la Iglesia significa, pues, situarse en la corriente de la gran Tradición que, con la guía del Magisterio, ha reconocido los escritos canónicos como *palabra dirigida por Dios a su Pueblo,* y jamás ha dejado de meditarlas y de descubrir su riqueza inagotable[7].

La Encarnación y la interpretación de la Palabra

El misterio de la Encarnación del Verbo es el misterio de unión de lo divino y lo humano en Jesucristo. Si la palabra de Dios se hace lenguaje humano, toda interpretación cristiana de la Biblia tiene su más firme apoyo y su más luminoso foco en Cristo, la Palabra que se hace carne. El Magisterio de la Iglesia expresa la íntima relación que se da entre los textos bíblicos inspirados y la Encarnación del Hijo de Dios con estas palabras: «Al igual que la Palabra sustancial de Dios se hizo semejante a los hombres en todo, excepto en el pecado, así las palabras de Dios expresadas en lenguas humanas, se han hecho en todo semejantes al lenguaje humano, salvo en el error»[8].

Una idea falsa de Dios y de la Encarnación lleva a algunos cristianos a tomar una orientación equivocada. «Tienden a creer que, siendo Dios el Ser absoluto, cada una de sus palabras tiene un valor absoluto, independiente de todos los acontecimientos del lenguaje humano. No conviene, según ellos, estudiar estos condicionamientos para hacer distinciones que relativizarían el alcance de las palabras. Pero eso equivale a engañarse y rechazar, en realidad, los misterios de la inspiración escriturística y de la Encarnación, ateniéndose a una noción falsa del Ser absoluto. El Dios de la Biblia no es un Ser absoluto que, aplastando todo lo que toca, anula todas las diferencias y todos los matices. Es, más bien, el Dios Creador, que ha creado la maravillosa variedad de los seres de *cada especie*, como dice y repite el relato del Génesis. Lejos de anular las diferencias, Dios las respeta y valora. Cuando se expresa en lenguaje humano, no da a cada expresión un valor uniforme, sino que emplea todos los matices posibles con una gran flexibilidad, aceptando también sus limitaciones. Esto hace que la tarea de los exegetas sea tan compleja, necesaria y apasionante. No puede descuidarse ningún aspecto del lenguaje»[9].

La Iglesia Católica se ha tomado en serio la Encarnación del Verbo. «Es verdad —enseña Juan Pablo II— que poner por escrito las palabras de Dios, gracias al carisma de la inspiración escriturística, fue un primer paso hacia la encarnación del Verbo de Dios. En efecto, estas palabras escritas representaban un medio estable de comunicación y comunión entre el pueblo elegido y su único Señor»[10]. La vida terrena de Jesús de Nazaret no se entiende sólo a través de unos datos de comienzos del siglo I en Judea y Galilea, sino también mediante la larga historia de un pequeño pueblo de la antigüedad asentado en Palestina. Sus hombres, sus costumbres, su evolución cultural, sus avatares políticos, sus victorias y derrotas; y, sobre todo, su vida religiosa, sus aspiraciones al reino de Dios. Los escritos inspirados de la Nueva Alianza —junto a los de la Antigua— son medio de comunicación y comunión entre el pueblo creyente y Dios: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Disposiciones del intérprete humano de la Biblia

Las verdades sobrenaturales no son asequibles sin la fe, pero son objetivas, reales, están ahí para todo hombre. Para quien lea la Biblia sin fe y con buena voluntad, tiene fuerza que remueve, que empuja a lo divino, que llama al corazón para que se abra a lo sobrenatural. Entonces, es obligado preguntarnos: ¿qué disposiciones personales ha de cultivar cualquier intérprete de la Biblia?

En la «escucha» de la Palabra de Dios, todo trabajo intelectual debe estar impregnado de aquel impulso de vida espiritual que conduce a leer e interpretar los textos sagrados con espíritu de fe y humildad, que si son virtudes siempre necesarias para la vida cristiana, adquieren especial importancia cuando el hombre se aplica a conocer las realidades sobrenaturales[11].

La *virtud de la fe* es el primer medio, e irremplazable, para conocer la Palabra de Dios escrita; así lo exige la naturaleza misma del objeto sobrenatural. Solamente quien tiene fe se sitúa en un plano de "connaturalidad" con los misterios divinos y, por tanto, con las verdades contenidas en la Biblia. La fe dirige al intérprete humano, iluminando su camino y ayudando a las fuerzas de su espíritu con una nueva vitalidad y comprensión. Gracias a los hombres de fe, como fueron los Santos Padres, la Biblia se ha hecho más asequible a los fieles, mostrando claramente sus verdades, mientras que en manos de quienes han carecido de esta virtud se ha visto reducida con frecuencia a un sinfín de cuestiones extrañas o inútiles, proyección de la propia oscuridad interior, que acaba velando —si no deformando— el claro sentido de la Palabra divina.

En efecto, «si carece de este apoyo —dice Juan Pablo II— la investigación exegética queda incompleta, pierde de vista su finalidad principal y se limita a tareas secundarias. Puede incluso, transformarse en una especie de evasión. El estudio científico de los meros aspectos humanos de los textos puede hacer olvidar que la Palabra de Dios invita a cada uno a salir de sí mismo para vivir en la fe y en la caridad»[12]. El estudio, pues, no basta; el intérprete debe estar atento, ante todo, a buscar y respetar la coherencia entre la *inspiración* de la Escritura y la *fe de la Iglesia.*

También es especialmente necesaria la *virtud de la humildad* [13], porque *el Espíritu Santo nos transmite su verdad mediante la Iglesia* y ha establecido en Ella un Magisterio. La actitud de humildad se muestra precisamente en el acatamiento de lo que la Iglesia enseña. La presunción vana del intérprete humano que estudia la Biblia contraría esta disposición de humildad, cuando piensa que puede llegar a la comprensión de la verdad con las solas fuerzas humanas, bien porque admite únicamente lo que alcanza por la razón, o bien porque investiga de modo desordenado más allá de su propia capacidad.

En suma, todo intérprete de la Escritura debe ser hombre de ciencia, pero también, y precisamente en cuanto exegeta (o teólogo), hombre de oración. «No sólo ha de atender al despliegue de la historia y al desarrollo de las ciencias, sino también —y todavía más—

al testimonio de quien, habiendo recorrido hasta el fondo el camino de la oración, ha alcanzado ya en la tierra las vetas más altas de la intimidad divina; es decir, al testimonio de quienes, en el lenguaje ordinario, denominamos con el calificativo de *santos.* (...) Superando la ruptura entre *teólogos* y *espirituales* producida en los inicios de la edad moderna y, más radicalmente todavía, el marcado intelectualismo que constituye uno de los límites de la posición iluminista, la teología contemporánea proclama la íntima conexión entre Teología y Espiritualidad, introduciéndose de este modo nuevamente en la gran tradición cristiana»[14]

Métodos y acercamientos para la interpretación bíblica

¿Cuál es el método hermenéutico católico? «La exégesis católica —dice Juan Pablo II — no tiene un método de interpretación propio y exclusivo, sino que, partiendo de la base histó-rico-crítica, sin presupuestos filosóficos u otros contrarios a la verdad de nuestra fe, aprovecha todos los métodos actuales, buscando en cada uno de ellos la *semilla del Verbo*»[15]. El documento *La interpretación de la Biblia en la Iglesia* de la Pontificia Comisión Bíblica[16] del 21-IX-1993, habla de métodos y acercamientos. Entiende por *método exegético* el conjunto de procedimientos científicos puestos en acción para explicar los textos; mientras que llama *acercamientos* a la búsqueda orientada según un punto de vista particular.

Además del método *histórico-crítico,* este documento presenta otros métodos de análisis literario desarrollados por las modernas ciencias del lenguaje; en concreto, el *retórico*, el *narrativo* y el *semiótico*. El elenco de los *acercamientos* que ofrece tienen que ver con el estudio de la tradición, con determinadas ciencias humanas y con el contexto cultural que se deriva de situaciones contemporáneas particulares.

Planos en la interpretación bíblica

Para explicar de modo asequible el método hermenéutico vamos a distinguir tres planos (enfoques o perspectivas) en los que se puede captar con plenitud el mensaje que los libros bíblicos nos transmiten. El primero, común a cualquier libro humano, es el plano *histórico-literario*; se trata de averiguar qué es

lo que dice el texto en su contexto histórico, como cualquier otro texto humano, a través de las comunes técnicas literarias. Ahora bien, como los textos bíblicos son inspirados y llevan un mensaje de salvación, podemos y debemos también descubrir el significado del texto y su sentido —o sentidos— en esa perspectiva de la salvación: a este otro enfoque lo llamamos *teológico.* Finalmente, un tercer enfoque consiste en intentar recuperar el mensaje de estos libros antiguos para el lector de nuestros días; a este plano lo llamamos *actualizante*.

El método histórico-crítico *(Plano histórico-literario)*

La Iglesia ha ido incorporando a la interpretación de los textos bíblicos las técnicas aportadas por las ciencias humanas del lenguaje. Entre estas técnicas, concede la primacía al *análisis histórico-crítico.* No es cosa del todo reciente, porque el propio Juan Pablo II habla de que sus predecesores ya lo aprobaron decididamente[17]. Se trata de un «método analítico» porque estudia el texto bíblico de igual modo que cualquier otro texto de la antigüedad y lo comenta con lenguaje humano; se dice «histórico» porque investiga su alcance histórico y procura dilucidar los procesos históricos de producción del texto bíblico; y, finalmente, se llama «crítico», porque actúa con la ayuda de criterios científicos tan objetivos como sea posible.

Puesto que la Sagrada Escritura, en cuanto «Palabra de Dios en lenguaje humano», ha sido compuesta por autores humanos en todas sus partes y todas sus fuentes, requiere el uso de este método para su justa comprensión. En el estadio actual de su desarrollo, este método recorre las siguientes etapas:

1) La *crítica textual,* de la que ya hemos tratado en el capítulo III;

2) El *análisis literario* —morfológico y sintáctico— y *semántico*, que utiliza los conocimientos de la filología histórica;

3) La *crítica literaria* que verifica la coherencia interna de los textos y discierne el comienzo y el final de las unidades textuales;

4) La *crítica de los géneros* procura determinar los géneros literarios, su ambiente de origen, sus rasgos específicos y su evolución;

5) La *crítica de las tradiciones* sitúa los textos en las corrientes de tradición, de las cuales procura precisar la evolución en el curso de la historia;

6) Y, por último, la *crítica de la redacción* que estudia las variadas modificaciones que los textos han sufrido antes de quedar fijados en su estadio final.

Los sentidos de la Escritura santa *(Plano teológico)*

El argumento central de la Biblia y lo que le confiere su unidad se puede resumir diciendo que es una *historia de salvación*, porque más que contarnos la historia de un pueblo, nos narra la acción salvadora de Dios en favor de ese pueblo —que Él eligió libremente— y dirigida a todos los hombres. Por tanto, en todo texto bíblico hay un mensaje salvífico que toca al intérprete esclarecer; a esto nos referimos cuando hablamos del *plano teológico.* Ahora bien, la contribución de las modernas hermenéuticas filosóficas y los desarrollos recientes del estudio científico de la literatura, permiten a la exégesis bíblica profundizar en esta tarea enormemente compleja.

No se puede perder de vista que el objetivo que persigue la exégesis es desentrañar ese mensaje religioso que portan los textos; es decir, lo que Dios quiere revelar. A lo largo de la historia, los exegetas han considerado la posibilidad de que los textos incluyan más de un significado. Con avances y retrocesos en las distintas escuelas de interpretación y en las diversas épocas, hemos llegado a establecer en la actualidad tres posibles *sentidos* en los escritos sagrados: el literal, el espiritual y el pleno[18].

1) *Sentido literal.*— Es *aquél que ha sido expresado directamente por los autores humanos inspirados*. Y, puesto que han sido inspirados, *este sentido es sin duda querido por Dios*, autor principal. Se descubre gracias a un análisis preciso del texto, situado en su contexto literario e histórico: es no solo legítimo, sino indispensable, procurar definir el sentido preciso de los textos tal y como han sido producidos por sus autores.

Conviene aclarar que *el sentido literal no debe confundirse con el «literalista»;* es decir, no basta traducir un texto palabra por palabra para obtener su sentido literal; es preciso comprenderlo según las normas literarias de su tiempo. El sentido literal normalmente es único, pero puede sufrir alteraciones a la luz de nuevos contextos, proporcionados por otros pasajes de la Escritura; es decir, Dios pudo querer, al inspirar un texto, una pluralidad de significados, aunque la expresión humana del ha-giógrafo parezca no tener más que uno. El exegeta debe estar abierto a los frutos de estas «relecturas» en contextos nuevos.

2) *Sentido espiritual.*— Se podría definir, comprendido según la fe cristiana, como *el sentido expresado por los textos bíblicos, cuando se los lee bajo la influencia del Espíritu Santo en el contexto del misterio pascual de Cristo y de la vida nueva que proviene de El.* El acontecimiento pascual —Muerte y Resurrección de Jesús—, ha establecido un *contexto histórico radicalmente nuevo*, que ilumina los textos antiguos y les hace sufrir una mutación de sentido. Por ejemplo, el oráculo donde Dios, hablando de un descendiente de David, prometía afirmar «para siempre» su trono[19], se consideraba una hipérbole del hagió-grafo del AT; desde el contexto del NT debe ser tomado ahora a la letra, porque «el Cristo, habiendo resucitado de los muertos, no muere más»[20]. El NT

reconoce en Jesucristo el cumplimiento de las Escrituras. Es, pues, normal "releer" las Escrituras a la luz de este nuevo contexto.

En el ejemplo que antes hemos puesto se ve también claramente que David es *tipo* o figura de Jesucristo. El sentido espiritual se llama *sentido tipológico* cuando algún personaje o realidad expresada por las Escrituras es anuncio de las realidades que se manifiestan en la Redención operada por Cristo. Estas prefiguraciones o *tipos* no son de libre interpretación, sino que siendo propias de la Escritura santa, deben considerarse a la luz de la tradición viva de la Iglesia.

Conviene advertir, finalmente, dos cosas: primero, que el sentido espiritual *no se debe confundir con las interpretaciones subjetivas* dictadas por la imaginación o la especulación intelectual. Y segundo, que *no siempre hay distinción entre sentido literal y espiritual*; en particular, cuando un texto bíblico se refiere directamente al misterio pascual de Cristo o a la vida nueva que proviene de Él, su sentido literal es un sentido espiritual. Este caso se da habitualmente en el NT.

3) *Sentido pleno.*— Se define como *un sentido profundo del texto, querido por Dios, pero no claramente expresado por el autor humano*. Se descubre la existencia de este sentido en un texto bíblico a la luz de otros textos bíblicos que lo utilizan. Es, pues, el significado que un autor bíblico atribuye a un texto bíblico anterior, cuando lo vuelve a emplear en un contexto que le confiere un sentido literal nuevo; o bien un significado, que una tradición doctrinal auténtica o una definición conciliar, da a un texto de la Biblia. Por ejemplo, la definición de "pecado original" del Concilio de Trento proporciona el sentido pleno de la enseñanza paulina en Rom 5,12-21 a propósito de las consecuencias del pecado de Adán para la humanidad. Sin embargo, cuando falta un control de esta naturaleza —sea un texto bíblico explícito o una tradición doctrinal auténtica—, el recurso a un pretendido sentido pleno podría conducir a interpretaciones desprovistas de toda validez.

En definitiva, se puede considerar el sentido pleno como otro modo de designar el sentido espiritual de un texto bíblico, en el caso en que el sentido espiritual se distinga del sentido literal. Su fundamento es que *el Espíritu Santo, autor principal de la Biblia, puede guiar al autor humano en la elección de sus expresiones de tal modo, que ellas expresen una verdad de la cual él no percibe toda su profundidad.*

Un ejemplo, tomado de las profecías de Isaías sobre el *Emmanuel*, nos permitirá resumir lo que venimos exponiendo. En diversos pasajes el profeta anuncia al Mesías describiéndonos un misterioso personaje, liberador de Israel, al que llama, entre otros títulos, «Dios con nosotros» *(Emmanuel*), del que describe ciertos rasgos y su misión salvífica: *sentido literal.* La luz del NT, en este caso a través de san Mateo, nos confirma que se trata de Jesucristo: *sentido espiritual.* Sin embargo, el cumplimiento de la profecía rebasa con creces el contenido del anuncio: el "Dios con nosotros" se traduce en plenitud de sentido como el «Dios hecho hombre»: *sentido pleno.*

La Biblia, libro de todos los tiempos *(Plano actualizante)*

La palabra bíblica se dirige universalmente, en el tiempo y en el espacio, a toda la humanidad y contribuir a esta misión es el fin de la interpretación de la Biblia. Si, como acabamos de decir, la tarea primordial de la exégesis consiste en alcanzar el sentido auténtico del texto sagrado —o sus diferentes sentidos—, es necesario que luego comunique ese sentido al destinatario de las Escrituras que es, en la medida de lo posible, toda persona humana. Las grandes obras de la literatura han llegado a ser inmortales precisamente porque son universales. Personajes como Don Quijote de la Mancha, Hamlet, etc. perduran a lo largo de los siglos, porque en ellos están personificadas actitudes, pasiones, tendencias, comportamientos... de los hombres y mujeres de siempre. Esto sucede con la Biblia y muchos de sus protagonistas.

El carácter concreto e inmediato del lenguaje bíblico facilita en gran medida esa adaptación, pero su arraigo en una cultura antigua suscita algunas dificultades. Actualizar el mensaje bíblico supone dar dos importantes pasos: *traducir su lenguaje* al nuestro; y *actualizar su mensaje* a nuestro tiempo. Por eso, son necesarias a lo largo de los siglos nuevas traducciones, para que los contenidos de la Biblia sean comprendidos por sus lectores, salvando siempre la fidelidad al original, y sin forzar los textos para acomodarlos a una lectura o a un enfoque que esté de moda en un momento determinado.

Gracias a la actualización, la Biblia ilumina con su mensaje múltiples problemas actuales. Por ejemplo: los fundamentos de la moral cristiana, la defensa de la vida humana, la naturaleza del matrimonio y la vida familiar, las cuestiones de ética sexual, la dimensión comunitaria de la Iglesia, el valor santifi-cador y santificante del trabajo, la opción preferencial por los pobres; las cuestiones relativas a la justicia social, la teología de la liberación, la inculturación de los sacramentos, la dignidad de la mujer y su papel en el mundo y en la Iglesia... Esta actualización puede también prestar un gran servicio a valores cada vez más reconocidos por la cultura moderna, como los derechos humanos, la protección de los más débiles y necesitados, la preservación de la naturaleza, las justas relaciones entre los pueblos y la aspiración a la paz universal.

El peligro más común a todo intento de actualizar la Escritura es la "manipulación" de los textos bíblicos. No se trata de proyectar sobre éstos opiniones e ideologías nuevas, sino de buscar sinceramente la luz que contienen para el tiempo presente. El texto de la Biblia tiene autoridad en todo tiempo sobre la Iglesia; y aunque hayan pasado siglos desde el momento de su composición, conserva su papel de guía privilegiado que no se puede manipular[21]. Para evitar, pues, una actualización incorrecta, los *exegetas* han de apoyarse en la unidad de los dos Testamentos y en la tradición viva de la Iglesia, bajo la guía del Magisterio.

Finalmente, este esfuerzo de actualización, facilita que la fe —expresada en el mensaje salvífico de la Biblia— continúe siendo fecunda a través de la diversidad de los tiempos, y fructifique todas las culturas; es decir, que arraigue en el alma de los pueblos.

Toda cultura auténtica es portadora, a su modo, de valores universales establecidos por Dios.

Criterios hermenéuticos de la Exégesis católica

Después del estudio de las disposiciones y métodos del intérprete de la Sagrada Escritura, vamos a resumir los criterios por los que debe regirse el exegeta católico.

El Concilio Vaticano II señala *tres criterios* para una interpretación de la Escritura conforme al Espíritu que la inspiró[22]. *Primero,* prestar una gran atención *al contenido y a la unidad de toda la Escritura*; en efecto, por muy diferentes que sean los libros que la componen, la Biblia es una en razón de la unidad del designio de Dios, del que Cristo Jesús es el centro y el corazón[23]. *Segundo,* leer la Escritura en la *Tradición viva de toda la Iglesia,* porque *la Escritura* —según un adagio de los Santos Padres— *está más en el corazón de la Iglesia que en la materialidad de los libros escritos*; en efecto, la Iglesia encierra en su Tradición la memoria viva de la Palabra de Dios, y es el Espíritu Santo quien da la interpretación espiritual de la Escritura[24]. Y, *tercero*, tener en cuenta la *analogía de la fe,* entendida como la cohesión de las verdades de la fe entre sí y en el proyecto total de la Revelación[25].

Errores actuales

En nuestro tiempo, se dan dos enfoques hermenéuticos defectuosos, *hipercrítico* y *fundamentalista.* El primero convierte la tarea exegética —crítica textual, estudios lingüísticos, análisis literarios, etc— en un fin. Los medios que utiliza la exégesis tienen sus reglas propias, que es necesario seguir con toda autonomía; pero ninguna de estas especialidades es fin en sí misma. La orientación hacia el fin principal debe ser siempre efectiva: mantener su identidad como *disciplina teológica*, cuya finalidad primera es la profundización de la fe. La exégesis católica tiene que cumplir, en la Iglesia y en el mundo, una función vital, la de contribuir a una transmisión más auténtica del contenido de la Escritura inspirada.

Los enfoques *fundamentalistas,* aunque movidos por la fidelidad a la Palabra de Dios, no aceptan plenamente las consecuencias de la Encarnación, menosprecian los trabajos de los exegetas y pretenden convertir a estos estudiosos en simples traductores —ignorando que toda traducción es ya una tarea exegética—, por lo que se distancian del sentido exacto de los textos bíblicos. Conviene recordar que la Palabra eterna, Jesucristo, se ha encarnado en una época precisa de la historia, en un medio social y cultural concretos; y quien desea comprenderla, debe buscarla humildemente allí donde se ha hecho perceptible, aceptando la ayuda necesaria del saber humano. Por eso, la Iglesia recomienda, especialmente en nuestros días, el *método histórico-crítico,* reconociendo sus límites y enriqueciéndolo con las aportaciones de otros métodos y acercamientos. Esta preferencia no es gratuita, pues la Biblia no es un conjunto de verdades atemporales, sino testimonio escrito de la intervención de Dios, que se revela en la historia humana.

Conclusiones

La interpretación científica de la Biblia —*Exégesis bíblica*— es una *tarea indispensable* para la Iglesia y para el *mundo*. El verdadero respeto por la Escritura inspirada exige que se hagan los esfuerzos necesarios para que se pueda captar bien su sentido. No es posible, ciertamente, que cada cristiano haga personalmente las investigaciones que permiten comprender mejor los textos bíblicos. Esta tarea es confiada a los *exegetas*, que la ejercen en comunión con la tradición viva de la Iglesia y bajo la guía de su Magisterio[26].

Finalmente, resulta oportuno —e incluso necesario— recordar que los exegetas han de escuchar las reflexiones y palabras de los santos para descubrir su mensaje. Un mensaje ciertamente muy variado, porque los santos son muchos y cada uno ha recibido un carisma particular; pero, a la vez, un mensaje unitario, porque todos remiten al único Cristo, al que se unen y cuya riqueza nos ayudan a descubrir. Es verdad que su modo de hablar no suele ser el de un pensador o teólogo que, habiendo llegado a una conclusión, aspira a comunicarla a otros usando argumentos y razones. Se trata, ante todo, de hombres y mujeres que habiendo experimentado la cercanía de Dios, la testifican ante quienes les rodean con la fuerza que deriva de su encuentro con Dios y con la luz que procede de un profundo conocimiento del Evangelio a la que ese encuentro ha conducido[27].

1 CEC, 109; cfr DV 12,1.
2 CEC, 110.
3 Dt 30,11.14.
4 DV 12,3; CEC 111.
5 DV, 12; cfr León XIII, Providentissimus Deus, EB, 109.
6 Cfr Pío XII, Divino afflante Spiritu, EB, 551.
7 Cfr DV, 12.
8 DV,13, que recoge literalmente lo dicho por la Divino afflante Spiritu (EB,559).
9 Juan Pablo II, Discurso, 23-IV-1993, n. 8.
10 Ibídem, n. 6.
11 Cfr Pío XII, Instrucción de la PCB sobre la manera de enseñar la Sagrada Escritura, del 13-V-1950: AAS 42 1950 496; Santo Tomás, De Commendatione, II, n. 1213; III-IV, nn. 1214-1215.

12 Juan Pablo II, Discurso, 23-IV-1993, n. 9.

13 Cfr Benedicto XV, Spiritus paraclitus: AAS 12 1920 402-405; Santo Tomás, De Malo, q. VIII, a. 3, ad 8; S.Th., II-II, q. 2, a. 3, c.

14 J. Ratzinger, en Santidad y mundo (Estudios en torno a las enseñanzas del Beato Josemaría Escrivá), Eunsa, Pamplona 1996, pp. 29-30.

15 Juan Pablo II, Discurso, 23-IV-1993, n. 13.

16 «La PCB no es, conforme a su nueva estructura después del Concilio Vaticano II, un órgano del Magisterio, sino una comisión de especialistas que, como exegetas creyentes y conscientes de su responsabilidad científica y eclesial, toman posición frente a problemas cruciales de la interpretación de la Escritura, apoyados por la confianza que en ellos deposita el Magisterio» (Prefacio del Card. Ratzinger al documento de la PCB, p. 22).

17 Cfr Discurso, 23-IV-1993: León XIII, Carta apostólica Vigilantiae para la fundación de la Comisión Bíblica, 30 de octubre de 1902: EB, 142; Pío XII, Divino afflante Spiritu: EB, 548.

18 Cfr CEC, 117.

19 Cfr 1 Sam 7,12-13; 1 Chr 17,11-14.

20 Rom 6,9.

21 Recordemos una vez más que el Magisterio está al servicio de la Palabra de Dios: cfr DV,10.

22 Ibid.

23 Cfr Lc 24,25-27.44-4; CEC, 112.

24 Cfr CEC, 113.

25 Cfr CEC,114.

26 Cfr Juan Pablo II, Audiencia general, 1-V-1985.

27 Cfr por ejemplo, AA.VV., Santidad y mundo, Eunsa, Pamplona 1996, que recoge las actas del Simposio de estudio en torno a las enseñanzas del Beato Josemaría Escrivá, al año de su beatificación, celebrado en Roma del 12 al 14 de octubre de 1993.

TERCERA PARTE

BIBLIA, SALVACIÓN E IGLESIA

Capítulo VIII

LAS CLAVES DE LA ANTIGUA ALIANZA
Mensaje salvífico de la preparación evangélica

En la tercera y última parte volvemos nuestra mirada sobre los contenidos de la Biblia. Los dos Testamentos dan testimonio de la salvación humana como obra de Dios. En sus dimensiones más profundas, a pesar de su casi inabarcable diversidad, la teología de la Biblia es básicamente unitaria. No hay ruptura entre ambos Testamentos, sólo continuidad y discontinuidad, porque Dios cumple siempre las esperanzas que suscita.

Buscaremos, en apretada síntesis, las claves del mensaje bíblico de salvación, como *preparación* en la Antigua Alianza, y como *cumplimiento* en la Nueva. Los libros del AT, aunque contengan elementos imperfectos y pasajeros, dan testimonio de la maravillosa pedagogía del amor salvífico de Dios, cuyo fin principal es la *preparación de la venida de Jesucristo,* Redentor universal.

«Historia sagrada», historia de salvación

Los cristianos veneramos el AT como verdadera Palabra de Dios; es una parte de la Sagrada Escritura —la Antigua Alianza no ha sido revocada[1]— de la que no podemos ni debemos prescindir[2], porque sus libros divinamente inspirados conservan un valor permanente. Nos trasmiten enseñanzas sublimes sobre Dios, una sabiduría salvadora acerca del hombre, verdaderos tesoros de oración y esconden el misterio de nuestra salvación[3]. La religión del AT —como la del NT— es una *religión histórica.* Los cinco primeros libros de la Biblia son el fundamento de la religión judaica y se han convertido en su libro canónico por antonomasia, *la Ley* (o *Toráh*). En el Pentateuco, en efecto, encontramos la historia de los orígenes, de las relaciones de Dios con el mundo y de las revelaciones de Dios al hombre.

Dios tiene sus designios e interviene con un plan en la historia humana, pero no lo lleva a cabo indiscriminadamente a través de todos los pueblos de la tierra. Abrahán, el primero de los patriarcas hebreos, que vivió en torno al siglo XIX a.C., marca el comienzo de lo que podemos llamar, en sentido estricto, la *historia sagrada,* si bien ésta viene precedida por una etapa difícil de datar que comienza con la creación de la primera pareja humana. El plan divino consiste, entre otras cosas, en la *elección* de unos protagonistas —Abrahán, Isaac, Jacob— para iniciar, por medio de ellos y de su descendencia carnal, la salvación de la humanidad. En esta historia de salvación el suceso —o *factum*— tiene un carácter salvífico. No es una historia que pueda ser comprobada hasta en sus detalles más menudos por las fuentes documentales y en la que sólo interese la descripción del puro acontecimiento. Es más bien una historia que, pudiendo ser o no comprobada, según los casos, va unida a un significado.

Los libros del AT narran, en general, las relaciones mantenidas por Dios con determinados hombres, en determinados lugares y en circunstancias también concretas. En particular, los libros de la *Toráh* presentan la legislación mosaica en situaciones y experiencias vividas por el pueblo desde sus orígenes hasta la época del destierro babilónico.

Pedagogía divina y preparación evangélica

Desde las primeras páginas del Génesis se da respuesta a los problemas que se plantea todo ser humano sobre el mundo y la existencia, el gozo y el sufrimiento, la vida y la muerte. Además, el creyente judío encuentra la respuesta a su problema particular y a sus preguntas esenciales: ¿Por qué Yahwéh, el Único, es el Dios de Israel? o ¿por qué Israel es su pueblo entre todas las naciones de la tierra? En el desarrollo de la historia humana contada en los libros del AT se observa un *proceso de selección* en su relato de sucesos, que nos descubren la admirable pedagogía del amor salvífico de Dios.

El Pentateuco narra la primera etapa y las claves fundamentales de esta historia: los orígenes y constitución de Israel como pueblo de Dios fundado en la *Alianza* y en la *Ley,* si bien por los hechos narrados y por las leyes que presenta, deja entrever el designio divino de la salvación de la humanidad. Es una obra histórica que ofrece, a la vez, pautas de comportamiento a los hombres. El *Génesis,* libro de los orígenes, comienza teniendo presente a toda la humanidad en la creación, en el drama del primer pecado, en la propagación de la humanidad por toda la tierra y en la expansión del mal que trae como castigo el diluvio. Con Noé se da un nuevo comienzo de la humanidad; pero la atención del autor sagrado se centra en los descendientes de Sem —uno de los hijos de Noé— cuya línea va siguiendo hasta llegar a Abrahán, a quien Dios bendice, promete la tierra de Canaán y una descendencia numerosa.

Después, la historia bíblica selecciona la descendencia de Abrahán, primero a Isaac y luego a Jacob, dejando al margen a Ismael primero y a Esaú después, a quienes únicamente menciona. La atención del relato se fija más tarde en los doce hijos de Jacob, de los que surgirán las doce tribus que han de formar el pueblo de Israel, y, entre éstos, se selecciona a Judá y a José. El *libro del Exodo* sitúa en primer plano a Moisés —y a su hermano Aarón—, descendiente de Leví, pero a partir de este momento el protagonista principal será ya el *pueblo de Israel.* Como sucede con el argumento, en la filmación de una película o en la redacción de una novela, el director o el novelista hacen una selección de personajes, escenarios y tiempos para llevarnos a un desenlace. El autor sagrado siguiendo también un proceso selectivo nos presenta el final de esta historia con un cambio de escenario: considerando al principio a toda la humanidad, acaba por fijarse en un solo pueblo, el pueblo elegido de Dios.

Esta «selección» nos permite descubrir las principales claves del AT para la *preparación evangélica*. Por una parte, la elección, las promesas, la alianza y la Ley son hilos que se entrecruzan en la trama del Pentateuco y que atraviesan de arriba abajo todo el AT. Por otra parte, la tierra prometida —conquista y posesión—, la institución de la monarquía, la construcción del Templo y la predicación profética son nuevos hilos que se entrecruzan con los anteriores en la trama de las narraciones de los demás libros históricos y proféticos del AT. Finalmente, la reflexión de los sabios en los *libros sapienciales*, vienen a enriquecer y completar el cuadro de la *preparación evangélica.*

La Elección

Yahwéh, el Dios uno y único, actúa en la historia humana eligiendo a un pueblo para ser instrumento de salvación de los demás pueblos. La primera lección de la *Toráh* consiste en una *Elección*, fruto del libérrimo amor divino, en la que se nos da la primera "clave" para interpretar el desarrollo de la historia sal-vífica de toda la Biblia y, en particular, del Pentateuco. Las promesas se irán después realizando conforme a este plan divino de elección. En efecto, tras la creación de nuestros primeros padres, Dios escoge primero a Noé y después a Abrahán y esta elección se extiende a todo el pueblo de Israel bajo la mediación de otro elegido, Moisés. Tal elección llega a su cumplimiento en Jesucristo —su Hijo amado, *el Elegido*— y en la Iglesia, nuevo pueblo de Dios.

Las Promesas

La elección va acompañada de las *promesas*. Las promesas, en un principio, se refieren directamente a la posesión del país en el que vivieron los Patriarcas —la Tierra Prometida—, pero implican mucho más: significan que existe entre Israel y el «Dios de los padres» relaciones singulares, únicas. Porque Yah-wéh ha llamado a Abrahán a una misión peculiar y en su *vocación* se prefigura la elección de Israel. Yahwéh ha hecho de su descendencia *un pueblo* y le ha tomado como *su pueblo*, por una elección gratuita, por un designio amoroso, concebido desde la creación y continuado en el tiempo, a pesar de las infidelidades de los hombres. Ya desde los orígenes, a todos los descendientes de Adán les promete la liberación y la victoria frente al mal[4]; después a Noé, tras el Diluvio, se le garantiza y promete un nuevo orden en el mundo. Sigue la promesa divina al patriarca Abrahán, renovada en sus descendientes Isaac y Jacob, que llega a alcanzar a todo el pueblo nacido de ellos. Conducido por Moisés y rescatado de Egipto, vuelve a prometer al pueblo, la tierra de los padres: Israel es el *pueblo de Dios* entre las naciones, sencillamente porque Dios así lo ha querido y sólo por eso *Israel ha recibido la Promesa*, que encontrará su cumplimiento definitivo en Cristo.

La Alianza

La *elección* y las *promesas* están garantizadas y ratificadas por una *Alianza*. El centro del Pentateuco lo constituye la Alianza de Dios con su pueblo por mediación de Moisés. Pero esa Alianza es un eslabón más de una cadena de alianzas que comienza con Noé —impropiamente con Adán y Eva en el Paraíso— y continúa con los patriarcas hasta Moisés. Israel se considerará desde entonces, y con razón, el *pueblo de la Alianza.* No se trata de un pacto entre iguales, porque Dios no lo necesita y es quien toma la iniciativa. Sin embargo, se compromete por un pacto en el que exige como contrapartida la fidelidad de su pueblo. La falta de correspondencia de Israel a esta alianza —su pecado— pudo romper el vínculo que el amor de Dios había formado. Pero no fue así. De hecho, Josué renovará la alianza mosaica en Siquem una vez que ha conquistado la tierra prometida; y de nuevo se ratificará en la misma tierra de Canaán a la vuelta del exilio babilónico. Los profetas anunciarán una *nueva alianza*, que culminará en Jesús de Nazaret.

La Ley

La Alianza lleva consigo la *Ley*, que viene a ser la normativa que el pueblo, por su parte, ha de cumplir para mantener su pacto con Dios. En la etapa mosaica los libros del *Éxodo, Números, Levítico* y *Deuteronomio* aportan los datos básicos. Dios revela entonces a Moisés su nombre: *YHWH.* Es el llamado «tetragrama sagrado», se lee Yahwéh y significa «El que es». En adelante el monoteísmo será la primera verdad de la fe de Israel.

Los hechos más importantes de este período son: el episodio de la zarza ardiente, la vocación de Moisés como nuevo guía de Israel, la revelación del nombre de Dios —manifestación de la predilección e intimidad por su pueblo— y la nueva relación de amistad entre *Yahwéh-Dios* y el pueblo escogido, fundamentada en la Alianza del Sinaí. En este contexto, la Ley adquiere un profundo significado: el pueblo acepta agradecido la elección, y sabe que de su cumplimiento depende la promesa. La ley de Dios aparece así como un don. Por eso, bajo el nombre de *La Ley* con el que la tradición judía designa al Pentateuco, queda incluido no sólo su aspecto de «norma», sino también el de «intervención salvadora de Dios». La Ley enseña, pues, al pueblo sus deberes, regula su conducta conforme al querer divino y, manteniendo su Alianza, prepara la realización de las Promesas.

La Tierra prometida

Terminada la etapa mosaica, los libros del AT nos cuentan una historia que es también *historia salvífica.* Desde la muerte de Moisés —a finales del siglo XIII a.C.— el elegido es *Josué,* primer protagonista de una larga historia que llega hasta Juan Hircano —135-104 a.C.—; es decir, desde la entrada en la Tierra Prometida hasta la monarquía de los Macabeos. La historia contada en los libros históricos —*Josué, Jueces, Samuel, Reyes, Crónicas, Esdras, Nehemíasy Macabeos*— es una historia santa, marcada por la continua intervención de Dios en las vicisitudes de su pueblo. Cada uno de estos libros narra un periodo de la *historia sagrada,* a través de los más variados géneros literarios: histórico, profético, poético, didáctico o midrásico y hasta el popular.

La fe en la elección divina gratuita y en la Alianza, marcó para siempre la unión entre Dios y el pueblo de Israel. Todo cuanto se relata en estos libros ha de enmarcarse, para su debida comprensión, en una visión teológica de la Historia, que culmina en la llegada del Mesías, anunciado por Dios desde el principio y esperado por Israel como verdadero Salvador.

El Reino o reinado de Dios

La promesa de la posesión de la tierra, apunta veladamente a la posesión del *Reino.* La noción de *Reino o Reinado de Dios* es otra de las "claves tipológicas" de la Antigua Ley. En los escritos del AT, se destacan dos ideas: la Soberanía de Dios sobre la creación entera, y de modo especial sobre un pueblo que elige para sí entre todas las naciones. En el AT, y particularmente en los Salmos, se nos revela la *soberanía universal de Dios*, aunque se habla más de su «soberanía» que de su condición de «soberano» o «rey». Es decir, el *Reino de Dios* hay que entenderlo como ejercicio del poder divino y de su providencia sobre los hombres, *Reinado de Dios* en el que se realiza su plan de *salvación*.

A través de toda la *historia de la salvación* vemos a Dios actuar con total dominio y soberanía, con libertad plena sin condicionamiento alguno. Él toma siempre la iniciativa para llamar o elegir a los hombres que van a colaborar en sus designios: Noé, Abrahán, Moisés, Saúl, David, etc. Yahwéh es el rey de su pueblo, el que le guía y le proteje siempre, llevado por su bondad y fidelidad, el que le propone y concede un pacto o Alianza.

Yahwéh unía a las tribus, vivía en medio de ellos y daba instrucciones concretas. En la etapa de los *jueces,* se siente tan fuerte la soberanía única de Dios que el juez Gedeón rechaza la dignidad de soberano hereditario por deferencia a la suprema grandeza de Dios[5], y el profeta Samuel se irrita contra el pueblo cuando éste le pide un rey terreno[6].

La Monarquía davídica

Es razonable que el pueblo ya asentado en la tierra de Ca-naán, por influjo de los pueblos vecinos, desee tener un rey que unifique a las doce tribus. Yahwéh considera este deseo como un rechazo de su soberanía y, a través de Samuel, les hace ver los inconvenientes de la Monarquía. Pero el pueblo sigue suplicando un rey y, finalmente, Dios accede a su petición. El rey en Israel es sólo un "lugarteniente" de Dios, no es una encarnación de Dios como en Egipto y Babilonia con la divinización del faraón o del monarca. Yahwéh es el rey de Israel, y rey universal, Señor de cielos y tierra. En la narración de la elección del rey se aprecia la libertad y soberanía de Dios que escoge a quien le parece. Ya la elección del primer rey[7] tiene lugar mediante una *unción* religiosa, que significa la efusión del Espíritu divino a quien la recibe. El rey como *Ungido de Yahwéh* se convierte en una persona sagrada e inviolable.

David es el fundador de la nación israelita unida e independiente. Es verdad que esta situación no sobrevivió mucho tiempo a su fundador y a su hijo Salomón, pero David —su figura y su época— será siempre recordado como el rey ideal de los israelitas, referente principal del monarca mesiánico y uno de los grandes protagonistas de la historia de la salvación, como Jacob, Moisés o Josué[8]. Sus sucesores en el trono serán también los *ungidos de Yahwéh* y su trono el *trono de Yahwéh*. Los Salmos que se cantaban en la ceremonia de entronización real aluden con claridad a la realeza de Dios, de la que participa el nuevo rey. En la vida del rey David merece destacarse como gran acontecimiento, la promesa mesiánica del profeta Natán. David decide edificar un Templo a Yahwéh en Jerusalén y Dios le promete a través del profeta que de su estirpe saldrá el Mesías[9].

El Templo

Salomón, hijo de David, llevó a término el proyecto de su padre e inició la construcción del Templo hacia el año 970 a.C. Dios había ordenado a Moisés en el desierto, camino de la tierra de Canaán, la fabricación del antiguo Santuario portátil —donde se guardaban las Tablas de la Ley—. Allí se manifestaba, de modo particular, la presencia de Yahwéh en medio del pueblo, y se le tributaba el culto debido. Durante la conquista de la tierra prometida, el Santuario fue colocado en varios lugares —Guilgal, Siquem y Silo—, porque era desmontable conforme a la situación nómada del pueblo. Sólo después que David establece la capital en Jerusalén, el rey concibe la idea de trasladar allí el Santuario y albergarlo en un gran templo de piedra[10].

El Templo de Salomón —orgullo del pueblo judío— fue destruido completamente por las tropas de Nabucodonosor en el año 586 a.C. cuando la deportación de los hebreos a Babilonia[11]. Con su habitual pedagogía, Dios irá desvelando, por medio de los profetas, el «misterio» de la figura del Templo, haciéndoles ver que el edificio de piedra es ante todo un signo para alcanzar una clara conciencia de la presencia de Dios. La destrucción del Templo es señal de un castigo que Dios permite para que el pueblo comprenda el valor instrumental y relativo del Templo de Jerusalén frente la primacía del culto del corazón[12].

Después del destierro, de vuelta a Palestina, se iniciaron las tareas de reconstrucción que, tras numerosas dificultades, finalizaron en el 515 a.C.[13]. Este *segundo Templo* fue llamado también de Zorobabel, por ser este rey davídico el principal impulsor de las obras. En sus líneas generales era el mismo que el de Salomón, pero mucho más pobre en su ornamentación y construcción. En el exilio han aprendido la lección: Ezequiel ve la gloria de Dios en el destierro y comprende que Dios está presente en toda la tierra y que recibe complacido el culto que sale del corazón humano; el "templo" de la tierra no es sino una imagen imperfecta del "trono" de Dios en los cielos[14].

Cuenta el historiador judío Flavio Josefo que entre los años 20-19 a.C. Herodes el Grande, con el fin de granjearse la simpatía de los judíos, inició las obras de reconstrucción parcial y embellecimiento del Templo[15]. Tardaría diez años en esta tarea, si bien las cuestiones de detalle no se finalizaron hasta el 62 d.C. El *tercer* Templo mantuvo un gran parecido con el de Salomón, si bien las construcciones circundantes fueron notablemente modificadas y embellecidas. Este Templo fue visitado por Jesucristo[16], pero en el año 70 de nuestra era fue completamente destruido por las legiones de Tito y ya no volvió a ser reconstruido. En la actualidad sobre la antigua explanada se levanta una mezquita árabe, llamada mezquita de Omar. Los cimientos ciclópeos de la muralla occidental que sostenían la explanada del Templo de Herodes constituyen lo que popularmente se denomina *el muro de las lamentaciones*.

El Exilio

Las previsiones de Dios sobre la elección del rey se fueron cumpliendo, pero los reyes davídicos se olvidaban de la Alianza y a menudo la incumplían; eran rebeldes a los mandatos de Yahwéh y se alejaban de Dios. Los profetas, movidos por el Espíritu de Yahwéh, se enfrentaron muchas veces contra la infidelidad de los reyes, con duras y enérgicas amenazas. Sus predicciones se cumplieron, y los reyes de Israel (Reino del Norte) y de Judá (Reino del Sur) serán deportados. El pueblo rechazó la realeza de Yahwéh y en el Exilio sufrirá las consecuencias.

La misericordia de Yahwéh sigue en pie. Los profetas dejaron entrever siempre la luz de una esperanza de salvación y presentan con gran energía —más aún que el propio culto— la futura venida del Reino de Dios, de un nuevo Reinado de Dios en el monte santo. Después de las catástrofes nacionales, cuanto menor era su esperanza, tanto mayor era la expectación de una intervención divina. Todos piensan y desean la llegada de *aquel que ha de venir,* todos ansían la presencia salvadora del Mesías. En la mayoría de los judíos, sin embargo, tal expectación mesiánica es interpretada con un marcado sentido nacionalista y político. Soñaban con la vuelta del esplendor, de aquella «edad de oro» de la monarquía davídica.

El Mesías

El *mesianismo* es otra de las claves del AT para entender la pedagogía divina en la preparación evangélica. Los profetas surgen en tiempos de la Monarquía davídica y sobreviven al Exilio. Una gran parte de la lucha por mantener la fe monoteísta —el Dios único, vivo y verdadero— en el pueblo elegido, fue confiada por Dios a los *profetas.* Esta fe en el auxilio del único Dios fue una espléndida ayuda para fomentar y desarrollar la esperanza bíblica del Mesías, pero difícilmente pudo fundarla o crearla. Esta esperanza hay que buscarla, en último término, en la misma revelación divina. El *mesianismo* es un fenómeno que surge en el seno del judaísmo, con anterioridad al cristianismo. Es indudable que a partir del exilio de Babilonia los escritores posteriores interpretan textos anteriores en sentido mesiánico: ante la catástrofe en la que se encontraban, "releyeron" antiguos textos para darles "otro alcance" de esperanza, centrada en el Mesías. Es, sin duda, coherente explicar la *expectación mesiánica* a través del método de *relectura* de los textos de la Biblia. Un texto escrito en una situación histórica y religiosa determinada puede ser posteriormente "releído" desde una actitud nueva, que encuentran en tal texto elementos que no se veían con tanto relieve en el momento originario de su redacción. Por tanto, es lógico que el lector posterior "reinterprete" el texto primitivo y, si lo cita, lo "reescriba" desde su nueva perspectiva.

Todos los estudiosos serios admiten que la esperanza mesiá-nica —como hecho histórico— se encuentra en los libros sagrados escritos después del exilio[17]. Entre los católicos y judíos observantes actuales, se admite la promesa mesiánica ya desde la profecía de Natán a David, hacia el año 1000 a.C. En estos ambientes se considera que *el mesianismo es la columna vertebral del AT.*

La Sabiduría

Los libros del AT que los judíos llamaron *Escritos* o *Ketu-bim*, y que nosotros llamamos *sapienciales*, vienen a completar la preparación de la llegada del Evangelio. En efecto, si la *Ley* pone en relación al hombre con Dios y a los hombres entre sí; y los *Profetas* vienen, sobre todo, a recordar el cumplimiento de la Ley y la fidelidad a la Alianza, explicando sus aplicaciones a la vida; los *Escritos* sapienciales van desarrollando los contenidos de la recta conducta del hombre ante Dios y con los demás hombres, no ya como normas morales, sino como reflexiones religiosas. Como los demás pueblos, Israel cultivó también un saber práctico, fundado en la experiencia de las leyes por las que se rige la vida del hombre. Tal experiencia de vida, nacida de la observación cotidiana, se acumula en un acervo cultural de *sabiduría como doctrina*, recogida en los libros sapienciales más antiguos —Proverbios y Qohelet o Eclesiastés— y proclamada en forma sentenciosa, con frases enunciativas y consejos. Esta sabiduría se desarrolla en el pueblo de la Antigua Alianza al filo de las vicisitudes de la monarquía y de la predicación profética.

Paralelamente a la predicación profética, y al abordar la vida del espíritu, surge otro desarrollo doctrinal de diferente estilo, menos sobrenatural y más natural. Los profetas hablan desde la Alianza y la historia de la salvación como portavoces de Dios y de los «preceptos» divinos; el sabio, en cambio, reflexiona racionalmente y dirige sus consejos y consideraciones pragmáticas a hombres y mujeres del pueblo, prescindiendo de toda vinculación histórica. Esta sabiduría hebrea no hay que entenderla como pura acumulación de conocimientos —tal como hoy nos referimos al concepto vulgar de "sabio"—, sino que es un conocimiento «salvífico», es decir, un conocer para vivir de manera recta y alcanzar la salvación. Por eso, la más antigua sabiduría positiva de Israel tiene un carácter internacional, universalmente válido. Todo forma parte, una vez más, de la maravillosa pedagogía divina: si un hombre no sabe cimentar su conducta moral en Dios no es sabio, es un *necio*, aunque acumule muchos conocimientos.

Ahora bien, desde comienzos del siglo VI a.C., con el exilio y la realeza prácticamente desaparecida, se da una clara evolución: aquella primera sabiduría empírica, que en sus orígenes subsistió como género literario independiente junto a la sabiduría religiosa, fue desplazada cada vez más por ésta. La sabiduría eleva el punto de mira de sus reflexiones y se aborda el misterioso problema del gobierno de Dios. La sabiduría humana se enfrenta y se contrasta con la sabiduría divina. Este es precisamente el argumento del *libro de Job;* ahora la autocrítica de la sabiduría profundizará aún más las enseñanzas de los profetas. Termina reconociendo que la última palabra de la sabiduría está en Dios.

Se llega así a la conclusión de que la revelación divina del AT puede compendiarse en la noción de *sabiduría.* Un buen botón de muestra es la identificación que se da en el *libro del Sirácida* (Eclesiástico) entre Ley y Sabiduría: la *Ley es lapleni-tud de la Sabiduría*, el sabio no extrae ya su doctrina de la experiencia y observación cotidianas,

sino de los textos sagrados del AT. Y así llegamos al último de los libros sapienciales, donde el autor del *libro de la Sabiduría* incorpora también el saber profano a la sabiduría dada por la revelación de Dios.

La «sabiduría-doctrina» de los libros preexílicos del AT se ha convertido en una «sabiduría-cualidad» en su evolución poste-xílica. Pero también ahora se entiende esta sabiduría tanto como una *cualidad sobrenatural* comunicada a los hombres por el favor divino, como una *cualidad natural* —prudencia de la vida—, adquirida por la experiencia y trasmitida por la educación. Tal síntesis, pues, entre el saber profano y el religioso, bajo el concepto de *sabiduría*, fue un instrumento idóneo de Israel para el diálogo con los gentiles, porque esta noción ocupaba un puesto eminente en el mundo espiritual helenístico y servirá de puente para el encuentro de Israel con la cultura griega.

Conclusiones

El AT, leído a la luz de la fe cristiana, no sólo no pierde nada de su excelso sentido religioso, sino que se capta con mayor profundidad. Primero en los tiempos apostólicos, y después en su tradición, la Iglesia descubre y esclarece la unidad del plan divino en los dos Testamentos gracias a la *tipología*. Los acontecimientos que vivió Israel, siendo reales y personales de aquel pueblo, son *tipos* o figuras de los nuestros. Como creemos que Dios actúa en la historia, reconocemos que esos sucesos existen también en función de las realidades venideras que son *Cristo* y la *Iglesia*. Lo mismo que en la maqueta de un edificio lo que contemplamos de antemano es su realización, así también en el AT lo que podemos ver es la vida de Cristo y la nuestra.

El Dios que revela Jesucristo no es otro que el que se había dado a conocer a Moisés —el Dios de Abrahán, Isaac y Jacob—, el Dios único, trascendente y misericordioso, que actúa en la historia humana. El NT revela que esa actuación divina ha alcanzado una cota insospechada: *Dios se ha hecho hombre para salvar al hombre*. Y en este hecho central de la historia, Dios se da a conocer como Padre, Hijo y Espíritu Santo, Trinidad de Personas en el Único Dios.

1 CEC, 121; cfr DV, 14.
2 Cfr CEC, 123.
3 Cfr DV, 15; CEC, 122.
4 Cfr Gen 3,15.
5 Cfr Iud 8,23.
6 Cfr 1 Sam 8,7; 12,12.
7 Cfr 1 Sam 10,1-2.
8 Cfr Gen 49, Dt 33 y Ios 24 respectivamente.
9 Cfr 2 Sam 7,12-16.
10 Cfr 2 Sam 7,1-4.
11 Cfr 2 Reg 24,13 y 25,13 ss.
12 Cfr Dt 6,4; Ier 31,31.
13 Cfr Esd 4,24-6,22.
14 Cfr Ez 1; 11,16; Is 66,2; Tob 3,16.
15 Cfr Flavio Josefo, Antiquitates iud., XV,11,1.
16 Cfr CEC, 583-586.

17 Hay, en cambio, problemas de aceptación de la existencia de la idea mesiánica en los textos anteriores al exilio babilónico. Pero es preciso tener en cuenta dos cosas: por una parte, en los textos anteriores al Exilio hay expresiones que no tienen sentido completo en las circunstancias históricas en que fueron escritos. Por otra parte, muchos textos bíblicos tienen un sentido más profundo que el propio sentido gramatical y literario. Esto se ha aceptado siempre, desde la antigua exégesis judaica.

Capítulo IX

LA NUEVA ALIANZA DE CRISTO
Salvación e historia en el Nuevo Testamento

Toda la historia bíblica es una *historia de salvación,* una *empresa de redención* realizada por Dios en Cristo. La Biblia, *fuerza de Dios para la salvación del que cree,* es un mensaje de salvación en Jesucristo, que no llega de repente a la humanidad, sino gradualmente a través de la historia y de los libros del AT, tiempo de la *preparación evangélica.* Los escritos del NT nos ofrecen la Buena Nueva, *verdad definitiva* de la revelación divina y tienen como argumento central a *Jesucristo*, así como el inicio de la *Iglesia* bajo el impulso y acción del Espíritu Santo. La Palabra de Dios «encuentra y despliega su fuerza de modo privilegiado en el Nuevo Testamento»[1]. Vamos a verlo.

Plenitud de los tiempos y Nueva Alianza de Jesucristo

El NT recoge el mensaje de esperanza del AT en la plenitud de los tiempos. La finalidad de la *elección de Israel* —ser instrumento de bendición para todos los pueblos de la tierra—, se ve cumplida en el *Salvador* surgido de este pueblo elegido. *Cristo representa a Israel* pues Él es el *Elegido de Dios* —el Hijo y el Amado— para traer la salvación a todos los hombres, y con Él, y a través de Él, el número de los elegidos se ha desplegado por encima de cualquier limitación. Si en el Pentateuco la elección va unida a la promesa, en el NT se nos enseña que *las promesas se han cumplido en y por Cristo.* Promesas que a lo largo de la historia de la salvación narrada en el AT sobrepasaban "la posesión de la tierra" para apuntar al *Reino de Dios* en el NT.

El *Reino* ha venido con Cristo: instaura una nueva situación y su llegada definitiva sigue siendo una promesa irrevocable. Las alianzas que ratificaban la elección —con Noé, Abrahán y Moisés— y las promesas —con Abrahán y David— culminan en la *nueva y definitiva Alianza* sellada con la sangre de Cristo. La «Nueva», sin embargo, resultaría incomprensible sin la «Antigua», que con un contenido propio era *preparación* de la definitiva. Los efectos de esta Nueva Alianza son muy superiores a los de la Antigua: perdona y borra los pecados; Dios habita entre los hombres; cambia el corazón de los hombres y pone en ellos su espíritu. Ya no es una alianza de la letra, sino del espíritu[2], que hace posible la libertad de los hijos de Dios; y alcanza a las naciones como al pueblo de Israel, pues la sangre de Cristo ha rehecho la unidad del género humano[3].

La felicidad que Jesucristo nos promete en sus Bienaventuranzas llena la vida del cristiano, alimenta su esperanza en la tierra, tanto en medio de la aflicción y del dolor como en la alegría y prosperidad. El cristiano se sabe «hijo de Dios» en la honra y en la deshonra, en la escasez y en la abundancia, en la salud y en la enfermedad. El discípulo de Jesús se sabe redimido por su Pasión y Muerte, y destinado a una vida eterna con Cristo en Dios. La Nueva Alianza no ha alcanzado aún su plenitud, falta la *consumación* final, y por eso hay que contemplarla con una mirada escatológica: la *alianza eterna* será la felicidad en la definitiva morada de los hombres con Dios[4].

Y junto a la Nueva Alianza, se revela la *Nueva Ley* que, fundamentada también sobre la Antigua, se presenta ahora como *Ley de Cristo,* ley de libertad, ley de la caridad, inscrita en el interior del hombre por el Espíritu Santo. En todos estos aspectos, la Ley mosaica o *Toráh,* era y sigue siendo, como enseña san Pablo, el pedagogo que nos lleva a Cristo: una vez más la divina pedagogía prepara —ahora por medio de la Ley— la llegada del Evangelio[5].

Los libros históricos del AT constituyen la verdadera *prehistoria de la Iglesia,* por la multitud de *figuras* que la anuncian. Israel, desde la Alianza sinaítica, es constituido como la *comunidad de Yahwéh —qehal Yahwéh*—, que los LXX traducen *ek-klesia tou Kyriou* (Iglesia del Señor). El antiguo pueblo de Dios será sustituido por el nuevo, la

Iglesia de Jesucristo. Decían ya los cristianos de los primeros tiempos que el mundo fue creado en orden a la Iglesia; la reunión de los hombres en un nuevo pueblo es la reacción de Dios ante el caos provocado por el pecado. La preparación *lejana* de la Iglesia comienza con la vocación de Abrahán y la *inmediata* con la elección de Israel como pueblo de Dios. Jesús de Nazaret, al realizar el plan de salvación de su Padre Dios, en la *plenitud de los tiempos* funda la Iglesia con «el anuncio de la Buena Noticia; es decir, de la llegada del Reino de Dios prometido desde hacía siglos en las Es-crituras»[6]. La Iglesia es, pues, el germen y comienzo de este *Reino* en la tierra[7].

El *Reino o Reinado de Dios* trasciende la realidad y el concepto que los hebreos se habían forjado de él. Incluso los Apóstoles de Jesús, pocos días después de la Resurreción del Señor, no habían superado esa visión terrena del Reinado de Dios[8]. El Reino que Jesucristo ha iniciado en la tierra, no llega a su plenitud sino cuando, al final del mundo presente, vuelva Cristo glorioso, para juzgar a vivos y muertos y haga entrega al Padre del Reino eterno. Es decir, la plenitud de la realidad de ese Reino no se dará en este mundo: se incoa con la primera venida de Cristo en la humildad de la carne, con la que se realiza la Redención del género humano, y se instaurará definitivamente tras su segunda venida o *Parusía.* Mientras tanto, «de los discípulos de Jesús, unos peregrinan en la tierra; otros, ya difuntos, se purifican; otros, finalmente, gozan de la gloria, contemplando claramente a Dios mismo, Uno y Trino, tal como es»[9].

El *Templo* de Jerusalén construido por Salomón, y reconstruido, tras la cautividad babilónica, en tiempos de Zorobabel, es el que vio y en el que oró Jesucristo. Al igual que los profetas, Jesús aprueba los cultos allí practicados, y denuncia la superficialidad con que Israel vive el culto, e incluso anuncia, con gran dolor, la ruina definitiva del Templo. Cristo revela el significado más profundo del Templo, cuando tras la expulsión de los cambistas y mercaderes, los judíos le piden una señal: «Destruid este Templo —les dice — y en tres días lo levantaré»[10]. Se cumple así la profecía, tantas veces repetida por Dios, de que habitaría en medio de los hombres[11] y que se realiza de modo pleno e inimaginable en el Cuerpo de Cristo. «Porque en Él habita toda la plenitud de la divinidad corporalmente»[12]. San Juan lo expresa también en el prólogo de su Evangelio: «El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros»[13]. El Templo de Jerusalén no es más que una figura de Jesucristo, el *nuevo y definitivo Templo*, el verdadero Templo de Dios.

Jesucristo es el *Mesías* anunciado por los profetas. Dios concreta las antiguas *promesas* en David y sus descendientes[14], iniciándose así la línea del *Mesianismo real:* un descendiente de David, el «Hijo de David», será el *Mesías* (Ungido de Yahwéh), el Libertador, el Redentor. Buen número de pasajes evangélicos refleja la expectación popular del «Mesías, Hijo de David». Jesús es consciente de ser el *Mesías* davídico, así como *el Hijo del Hombre* que profetizó Daniel y *el Siervo de Yahwéh* del libro de Isaías. La fe y el testimonio de los Evangelistas y demás autores sagrados del NT son

contundentes. Para los evangelistas, en Jesús, el Mesías anunciado y esperado, se cumplen las antiguas profecías de salvación divina. Tanto su misión como su ser, transcienden sin medida la figura de los rabinos o maestros de Israel.

En las ideas del AT sobre *la sabiduría*, vieron los autores inspirados del NT un sólido fundamento para afirmar que *Jesucristo es la sabiduría de Dios encarnada*; un firme apoyo para exponer en lenguaje corriente para los judíos la generación eterna de Cristo por Dios Padre, su participación en la Creación del mundo y su significación para los hombres.

El mensaje salvífico de los Evangelios

Los *Evangelios* son, sin duda, el corazón de todas las Escrituras «por ser el testimonio principal de la vida y doctrina de la Palabra hecha carne, nuestro Salvador»[15]. Han sido siempre tenidos en máximo honor en la vida de la Iglesia: en su liturgia, en la predicación de sus pastores, en la meditación de sus fieles, en el estudio de sus teólogos y en los escritos de los Santos Padres y del Magisterio de los Obispos y de los Papas[16]. A los tres primeros —Mt, Mc y Lc— se les llama últimamente *sinópticos* —del término griego *sinopsis*— porque se pueden abarcar con una sola mirada. La palabra evangelio es la traducción litera-lista (transliteración) del vocablo griego *euangelion*, que significa *Buena Nueva, Buena Noticia* y hace referencia a las antiguas promesas hechas por Dios al pueblo de Israel —contenidas en el AT— que se han cumplido en Jesús de Nazaret.

Los cuatro Evangelios cuentan la vida de Jesús. Mateo y Lucas inician la narración con noticias sobre el nacimiento, infancia y vida oculta de Jesús. Juan, en cambio, se remonta en su prólogo —con un himno— a la eternidad y divinidad del Verbo en el seno del Padre, exponiendo la Encarnación de ese Verbo y su vida entre los hombres. Después los cuatro —se incorpora Mc en este punto— relatan el anuncio del Bautista: la necesidad de la penitencia para recibir al Mesías esperado y un bautismo de purificación. A continuación, los tres *Sinópticos* narran el ayuno y las tentaciones de Jesús en el desierto durante cuarenta días, donde se ve claramente la superioridad de Jesús sobre Juan el Bautista y todos los demás profetas del AT.

Todo lo anterior viene a ser la preparación de Jesús para su *vida pública* y la formación de un grupo particular de discípulos más cercanos a Él. A través de diversos episodios y enseñanzas se muestra cómo Jesús *pasó su vida haciendo el bien*[17]. Curaba a enfermos y libraba del demonio a posesos; predicaba a pequeños grupos y a multitudes por pueblos, aldeas y campos; y obraba milagros con poder divino. Sorprendía que no tuviese necesidad de implorar ese poder, porque lo ejercía directamente con su palabra.

Jesús de Nazaret tiene un conocimiento de los misterios de Dios, del modo de actuar divino, del Reino de los Cielos y del más allá, como nadie antes lo había manifestado. Se atribuye poderes y cualidades y exige de los hombres una adhesión a sí mismo que son sólo propios de Dios. Da explicaciones de la Ley de Moisés con la misma autoridad de Yahwéh, aclarando el verdadero espíritu de ésta. Por eso, va creciendo la oposición de los escribas, fariseos y príncipes de los sacerdotes, porque actúa con libertad, sin someterse a la asfixiante casuística de los maestros de la Ley. Esa oposición culminará en la sentencia de muerte dictada por el prefecto romano Poncio Pilatos.

Jesús va corroborando sus enseñanzas y la veracidad de cuanto dice con muchos milagros. Narran también los Evangelios la elección de *doce discípulos* a los que llama *apóstoles*; serán los testigos de la actividad de Jesús y a ellos les explica con más detenimiento su doctrina y la significación de muchos de sus hechos. Cuando Pedro confiesa en Cesarea de Filipo que Jesús es el Mesías, estamos en un punto de inflexión

del Evangelio. A partir de ese episodio, el relato se centra en el camino que Jesús recorre hasta su Muerte en Jerusalén y su Resurrección. Jesús predice entonces estos acontecimientos finales de su vida en la tierra. Con la narración de los últimos días del ministerio en Jerusalén finaliza en los Evangelios la *vida pública* de Jesús.

Los relatos de la Pasión, Muerte y Resurrección refieren, apenas sin comentario, los episodios más sobresalientes de ese final de la vida de Jesucristo: los sucesos del arresto, interrogatorios, suplicio y crucifixión en el Calvario, una pequeña loma contigua a las murallas de Jerusalén y fuera de la Ciudad Santa; la Resurrección de Jesús al tercer día de su muerte y las diversas apariciones y enseñanzas últimas a sus discípulos. Por último, los evangelistas nos cuentan cómo Jesús, antes de su Ascensión a los Cielos, envía a sus apóstoles a proclamar la *Buena Nueva* o Evangelio a todas las gentes y a bautizar a los que crean para la remisión de los pecados.

La Iglesia en el libro de los Hechos

El libro de los *Hechos* presenta la *salvación en Jesucristo* a través de la Iglesia. Al hilo del relato de la primera propagación del Evangelio —desde los judíos a los paganos —, Lucas nos presenta el cumplimiento de la tarea apostólica que Jesús confió a sus Apóstoles: ser sus testigos «hasta los confines de la tie-rra»[18]. Los protagonistas escogidos del libro son precisamente Pedro y Pablo.

Lucas en su Evangelio ha destacado la dimensión salvífica de la «Buena Nueva» en Jesús, ahora en Hechos pone el acento de la salvación en la *misión de los apóstoles.* Ambos libros tienen una trama argumental paralela: en el Evangelio se trata de la proclamación de la Buena Nueva de la salvación desde Galilea a Jerusalén; en Hechos, desde Jerusalén hasta Roma, centro entonces del mundo conocido. Incluso la estructura general de ambos libros es también paralela; en el primero: ministerio de Jesús en Galilea; viajes de Jesús por territorios no judíos, desde Galilea a Jerusalén; ministerio en Jerusalén. En Hechos: propagación del evangelio en Jerusalén y territorios limítrofes; viajes misionales de Pablo por países no judíos; predicación del evangelio en Roma.

El Libro de los Hechos de los Apóstoles es, en su conjunto, una «eclesiología narrativa», porque narra el establecimiento de la nueva Iglesia y la propagación inicial del Evangelio después de la Ascensión de Jesucristo. Lucas, historiador y teólogo, presenta a Jesús como la cumbre de la *historia de la misericordia de Dios con los hombres.* A través de unos episodios —en un marco geográfico y temporal bien determinados— y unos personajes —Pedro, Esteban, Bernabé, Pablo, etc.— enmarca las palabras y los hechos de Jesús en la incipiente vida de la Iglesia.

La Iglesia sale a la luz el día de *Pentecostés* por la intervención del "viento y fuego" del Espíritu Santo; no es un producto de humana creación, sino del Espíritu de Jesús. El Espíritu Santo es amor, y por ello promueve reconocimiento y crea unidad, como se aprecia ya en la aceptación de la diversidad y en la multiplicidad de lenguas. La Iglesia es, pues, católica desde el momento de su nacimiento, es ya la Iglesia universal. La espera de Pentecostés es significativamente preparada por la permanencia de los discípulos en el *cenáculo:* «Todos ellos perseveraban unánimes en la oración, junto con algunas mujeres y con María la Madre de Jesús y sus hermanos»[19]. Tras la solemne irrupción del Espíritu, aquellos primeros fieles de la Iglesia «perseveraban asiduamente en la doctrina de los Apóstoles y en la comunión, en la fracción del pan y en las oraciones»[20]; son rasgos del nuevo Pueblo de Dios: palabra y sacramento, o pan y palabra, aparecen aquí como los fundamentos del edificio vivo de la Iglesia. Lucas, pues, nos ofrece así el panorama de la vida naciente de la *Iglesia como instrumento universal de salvación* y anticipa los grandes temas y preocupaciones del tiempo postapostólico.

La salvación en las cartas de san Pablo

El epistolario del NT recoge el mensaje de salvación aplicado al tiempo presente. Considerado desde una perspectiva social, cultural e histórica, se encuentra entre dos mundos: el griego y el judío. Pablo pertenece a estos dos ámbitos tan distintos: sin renunciar a ninguno de ellos, trata de hacer una adecuada síntesis. La *fe en Cristo muerto y resucitado,* como único camino de salvación, es en las "Grandes Epístolas"[21] tema de confrontación con las otras dos vías salvíficas propuestas hasta entonces: la «Ley» de los judíos, y la «Sabiduría» de los griegos.

Años después, en medio de sus cadenas, Pablo alcanza una nueva síntesis del *misterio de Cristo.* Las "Cartas de la Cautividad"[22] profundizan en el ser de Jesús: su existencia divina eterna, su venida al mundo, su humillación hasta la muerte en la cruz, su exaltación como Señor y su mediación en la obra de la creación y salvación. Toma aquí conciencia de la proyección «cósmica» de la Redención que lleva a cabo Jesucristo, y de la dimensión «eclesiológica» de la salvación a través de la metáfora del «cuerpo», añadiendo la imagen de la «cabeza» y «los miembros»[23]. Nadie puede salvarse por sí solo, sino con el auxilio de la «comunidad de salvación», la Iglesia. Y al reflexionar sobre Cristo, esposo de la Iglesia en la Nueva Alianza, proyecta su luz sobre la naturaleza del matrimonio cristiano.

La noción de *salvación* es ya fundamental en las "Cartas Pas-torales"[24]. A Dios se le nombra como *el Salvador,* que «quiere que *todos los hombres se salven* y lleguen al conocimiento de la verdad»[25]. Este querer divino constituye un plan, que ha sido manifestado y llevado a cabo por Jesucristo, el *único Mediador*[26], que vino al mundo para salvar a los pecadores[27]. Estas "Cartas Pastorales" sirven como puente entre el «corpus» paulino y las "Cartas Católicas". En todas se dan instrucciones sobre la *vida cristiana*; el ejercicio de la *piedad* se contempla desde una cristología que apunta a la imitación de Jesucristo-modelo.

Salvación y vida cristiana en las Cartas católicas

Junto a las epístolas paulinas, y para distinguirlas de éstas, se encuentra el grupo de siete cartas conocidas por «Católicas»: la de *Santiago*, las dos de *San Pedro*, las tres de *San Juan* y la de *San Judas*. Se sitúan por sus contenidos entre el pensamiento paulino y el judeo-cristiano, la doctrina de Jesucristo. Iluminan la vida y costumbres de la primitiva comunidad cristiana y proporcionan indicios de su desarrollo doctrinal. Su estilo vivo, abunda en citas y alusiones al AT; hay también algunas pocas referencias a escritos apócrifos y a tradiciones populares.

Muestran, en general, una presentación más bien arcaica de la doctrina, del culto y de la jerarquía. Más que una reflexión teológica sobre el misterio de Cristo, hay en estos textos una mirada a las situaciones concretas de las comunidades cristianas en su relación con los diversos ambientes en que se desenvuelven. Dan testimonio de su vida de fe y de su paciente sufrimiento en las pruebas, con la esperanza del día del encuentro con el Señor Jesús. La fe y la moral, vividas frente a un mundo hostil, dominado por el pecado, apuntan a un modo de pensar y de vivir en perspectiva de salvación. Sólo mediante la fe y el bautismo es posible la conversión, y el paso de las tinieblas del pecado a la luz de la gracia. Jesucristo, el Mesías e Hijo de Dios, ha conquistado el reino de la luz mediante su Pasión, Muerte y Resurrección. Bajo la acción del Espíritu Santo, el cristiano combate en el mundo presente una pelea que durará hasta el triunfo del Señor en su Parusía. El centro de la moral lo ocupa la *Ley del amor,* en su doble vertiente hacia Dios y hacia el prójimo, que une a todos los fieles en una sola y gran familia, la Iglesia. La fe y la moral tienen como modelo las enseñanzas de Cristo, que ha interiorizado y plenificado la doctrina del AT.

En suma, los escritos de Santiago, Pedro, Judas y Juan son modelos de exhortación cristiana primitiva. Presentan el designio salvífico divino para que configure la vida cotidiana, destacando la primacía de los valores éticos. En esta “atmósfera pastoral”, sus contenidos podrían resumirse en tres grandes líneas: 1) testimonio de fe y mensaje salvífico en un ambiente de creyentes; 2) exhortación a la vigilancia ante las desviaciones doctrinales y morales; 3) gravitación de la espera de la Venida del Señor.

Salvación y tiempo futuro en el Nuevo Testamento

El *Apocalipsis* de san Juan cierra la Biblia, iluminando la figura de Jesucristo glorioso, de su Esposa, la Iglesia triunfante, y exhortando a la esperanza en la vida eterna. El «tiempo futuro» en general y la *consumación*, en particular, como transciende a toda experiencia humana, no puede ser descrito directamente, sino sólo en forma analógica, por medio de comparaciones e imágenes. De la misma forma que las profecías del AT no eran fáciles de entender hasta su cumplimiento en Jesucristo, así las profecías del NT no quedarán del todo aclaradas hasta la *Parusía* o Segunda Venida del Señor. Los profetas del AT solían contemplar el futuro como en un solo plano, en el que no se distinguen las distancias del tiempo futuro; es, en cierto modo, como una visión real con perspectiva defectuosa.

El Nuevo Testamento recoge el mensaje de esperanza del Antiguo en la plenitud de «el fin de los días». La diferencia más notable entre ambos Testamentos consiste en que la antigua esperanza escatológica en un futuro que no había llegado todavía, con Jesús ha llegado ya: vivimos en «el tiempo del cumplimiento» y, por tanto, «el fin de los días» ha comenzado. El NT distingue, pues, entre una escatología *presente* y otra *futura*, pero sin establecer una ruptura entre ambas, ya que *el acontecimiento salvífico es uno.* Jesucristo exaltado a los Cielos, nos hace partícipes de su gloria y está viniendo sin cesar a nosotros «en el tiempo de la Iglesia» hasta el día de su manifestación en la Parusía.

Jesús, en su mensaje escatológico proclama el dominio de Dios, prometido por los profetas, de una manera nueva y definitiva, propia de los «últimos tiempos». Se anuncia, ¡nada menos!, que Dios está a punto de implantar definitivamente «su Reinado»: «Después de haber sido apresado Juan, llegó Jesús a Galilea predicando el Evangelio de Dios, y diciendo: El tiempo se ha cumplido y está cerca el Reino de Dios; convertíos y creed en el Evangelio»[28]. En suma, el «tiempo de la salvación» ha comenzado ya, pero no se ha consumado.

La tensión escatológica también está presente, en general, en las cartas del NT y, en particular, en el «corpus» paulino. San Pablo con la gracia profundiza en la revelación de Jesús[29]. Cristo, segundo Adán, conduce a la humanidad a una nueva situación; cumple las promesas hechas a los Patriarcas, especialmente a Abrahán; termina con el dominio de la Ley; y concluye el «tiempo de la paciencia divina»[30]. Ha realizado de una vez por todas la Redención; en Él ha llegado ya el *«kairós»,* el «tiempo», el «ahora», o lo que es lo mismo, «la plenitud de los tiempos». Este «tiempo favorable» es ahora el «día de la salva-ción»[31]. Los enemigos de la salvación han sido vencidos, *pero todavía no* de manera plena. La retribución definitiva sólo se producirá en el «tiempo futuro», cuando la fe se haya convertido en visión de Dios y reine el amor divino con plenitud de soberanía. La redención sigue siendo, por tanto, objeto de esperanza. La gravitación del fin produce saludables estímulos en la vida del cristiano: los padecimientos del «tiempo

presente» son pequeños en comparación con la «gloria venidera». Sin esta esperanza escatológica, la vida presente resultaría descolorida y sin plenitud de sentido.

Finalmente, el Apocalipsis de san Juan, recoge esta misma tensión escatológica, pero inserta en un nuevo género literario, que se divulgó en los siglos que rodean la era cristiana. En el *género apocalíptico* subyace un fondo fatalista: el mundo presente, tiranizado por el dominio satánico, es incapaz por sí mismo de regenerarse; sólo una intervención directa de Dios al final de los tiempos cambiará radicalmente su suerte; el derrotero de la historia humana está decretado por Dios —o al menos previsto— y escrito en los libros; el ámbito de la libertad humana está muy restringido; casi lo único que puede hacer el hombre es rogar a Dios que intervenga para remediar la injusticia del tiempo presente. San Juan, sin embargo, se separa claramente de la literatura apocalíptica del período «intertestamentario» —siglo II a.C al I d.C.—, para acercarse a los profetas del AT. De hecho, el apóstol califica a su libro como *profecía*[32] y esta denominación es apropiada porque contempla la historia humana desde el señorío de Jesucristo y, como sucede en los escritos proféticos, la historia se ve como una llamada a la conversión y a la esperanza.

Conclusiones

El mensaje salvífico de la Nueva Alianza se desarrolla en la historia y se estructura en torno a tres ejes: *Jesús de Nazaret, la Iglesia y la Parusía.* Teológicamente hablando, como alguien ha dicho, el río de la Historia está en el estuario de su desembocadura; sus aguas van mezcladas: ya no son todo suyas, ni todavía todo del mar. El cristiano lleno de fe vive del «cielo» en la tierra y del futuro en el presente. Paradójicamente, el Reino de Dios está, a la vez, presente y ausente, como la luz de sol cuando el astro está a punto de salir por el horizonte.

Jesucristo, el Salvador, ocupa un lugar central en los Evangelios que refieren, con autoridad divina, su admirable vida entre los hombres, sus acciones y palabras, su Muerte redentora y su Resurrección gloriosa. Se escribieron con el fin de contribuir a dar cumplimiento al mandato del Señor de que «la Buena Nueva» llegara a todos los hombres y así pudieran, no sólo por la predicación oral, sino también escrita, alcanzar la fe cristiana y conocer la solidez de la doctrina que han creído.

El libro de los Hechos de los Apóstoles relata la venida del Espíritu Santo el día de Pentecostés; bajo su acción asistimos a la primera expansión de la Iglesia entre judíos y gentiles. La Iglesia será el *instrumento de salvación* para hacer realidad el Reinado de Dios en la vida presente. Las Cartas paulinas y católicas nos enseñan cómo alcanzar la salvación de Cristo en el «tiempo de la Iglesia». Finalmente, el Apocalipsis nos consuela en las tribulaciones, y mantiene viva la fortaleza y la esperanza en la victoria final, al profetizar la segunda venida de Cristo.

La revelación bíblica es una *historia de la salvación*, desde el Génesis hasta el Apocalipsis, testimonio espléndido de la acción misericordiosa de Dios con la humanidad. Así, pues, la historia que contempla la Sagrada Escritura es radicalmente *teológica y escatológica,* porque toda ella gravita entre un punto inicial y otro final fijados por Dios. El Creador realiza su obra desde la eternidad y hacia esa meta la conduce a través del tiempo.

La *doctrina escatológica* del NT nos descubre parte de ese gran misterio, al que solamente podemos acercarnos mediante representaciones simbólicas: carecemos de datos precisos, que Dios no ha querido revelarnos. Si el Génesis nos habla del comienzo de cuanto existe merced a la acción creadora divina, el Apocalipsis —con un simbolismo que recuerda al del Génesis—, nos revela la *nueva creación*, que gracias a la Redención de Cristo, culminará con su Segunda Venida al final de la Historia.

1 DV 17; cfr CEC, 124 y DV,20.
2 Cfr 2 Cor 3,6.
3 Cfr Rom 5,5; 8,4-16; 11,27; 2 Cor 3,6; Gal 4,24; Eph 2,12ss.
4 Cfr Apc 21,3-5.
5 Cfr Gal 3,24-25; cfr CEC, 1963-1954.
6 LG, 5; cfr CEC, 760-763.
7 Cfr LG,5; CEC, 768.
8 Cfr Act 1,6-7; CEC 764-766.
9 LG, 49; Cfr 1 Cor 15,24; Ioh 18,36-37. Vid también CEC, 769.
10 Ioh 2,19.
11 Cfr Ex 25,8; Ier 7,3-7; Ez 43,9; Ps 5,12.
12 Col 2,9.
13 Ioh 1,14.
14 Cfr 2 Sam 7,4-16.
15 DV, 18; cfr CEC, 125.
16 Cfr CEC, 127.
17 Cfr Act 10,38.
18 Act 1,8.
19 Act 1,14.
20 Act 1,42.
21 Gálatas, 1 y 2 Corintios y Romanos.
22 Filipenses, Filemón, Colosenses y Efesios.
23 Cfr Eph 1,2; Col 1,18.
24 1 y 2 Timoteo y Tito.
25 1 Tim 2,4.
26 Cfr 1 Tim 2,5-6.
27 Cfr 1 Tim 1,15.
28 Mc 1,14-15.
29 Cfr 1 y 2 Thes, Rom 11,25-27 y 1 Cor 15.
30 Cfr Rom 3,26.
31 Cfr 2 Cor 6,2.
32 Cfr Apc 1,3; 22,7.10.18.19; 22,9.

Capítulo X

LA ESCRITURA EN LA VIDA DE LA IGLESIA
Biblia y vida cristiana

La interpretación de la Biblia es tarea particular de los exe-getas, pero no les pertenece como monopolio, porque en la vida de la Iglesia hay muchos aspectos que van más allá del análisis científico de los textos. La Iglesia como institución fundada por Jesucristo —por su credo y doctrina— es la principal garantía de los libros sagrados y está siempre al servicio de la Palabra de Dios.

La Biblia en la vida de la Iglesia

La Sagrada Escritura es considerada por los cristianos, no sólo como un conjunto de documentos históricos que avalan su origen o explican sus fundamentos, sino como libros inspirados que recogen la Palabra de Dios, dirigida en el tiempo presente a la Iglesia y al mundo entero.

En la vida de la Iglesia, la Biblia ocupa un lugar importantísimo. Sin pretender ser exhaustivos, vamos ahora a considerar el uso de las Sagradas Escrituras, por una parte, en la *tarea ecuménica,* en la *Liturgia* y en el *quehacer teológico*; y, por otra, en la *vida de oración,* en la *catequesis,* en la *predicación pastoral,* y en la práctica de la *inculturación* del mensaje bíblico en los pueblos de la tierra.

La unidad de los cristianos y los Libros sagrados

Si el *ecumenismo* —como movimiento específico y organizado— es relativamente reciente, la idea de la unidad del pueblo de Dios, que este movimiento se propone restaurar, está profundamente enraizada en la misma Escritura. Era, desde luego, una preocupación constante del Señor[1], recogida en la predicación apostólica y especialmente por san Pablo[2].

La Biblia define el fundamento teológico de la tarea ecuménica[3]. La primera comunidad apostólica sigue siendo un modelo concreto y visible[4]. Es cierto que la mayor parte de los problemas —teológicos, canónicos y bíblicos— que afronta el diálogo ecuménico se relaciona con la interpretación de los textos bíblicos. Por ejemplo, la lista de libros canónicos, ciertas cuestiones hermenéuticas, el matrimonio y el divorcio, la administración de la Iglesia universal y de las Iglesias locales, la estructura de la Iglesia, el primado y la colegialidad, el sacerdocio ministerial y las mujeres, la escatología...

La *exégesis bíblica* está llamada a contribuir de manera eficaz en la tarea ecuménica, aunque no pretende resolver por sí sola todos esos problemas. Los exegetas de las diversas confesiones cristianas, usando métodos hermenéuticos análogos, están llegando a una gran convergencia en la interpretación de las Escrituras, como se ve en el texto y en las notas de varias traducciones ecuménicas de la Biblia. Algunas divergencias de interpretación, sobre puntos particulares, pueden y deben ser estimulantes, complementarias y enriquecedoras, cuando, por ejemplo, expresan valores de tradiciones particulares de diversas comunidades cristianas, mostrando así los múltiples aspectos del Misterio de Cristo.

La Biblia es la base común de la regla de fe, y por eso la tarea ecuménica comporta —para todos los cristianos— «una llamada urgente a releer los textos inspirados en la docilidad al Espíritu Santo, la caridad, la sinceridad y la humildad; más aún, a meditar esos textos y a vivir de ellos, para llegar a la conversión del corazón y a la santidad de vida que, unidas a la oración por la unidad de los cristianos, son el alma de todo movimiento ecuménico»[5].

Las Escrituras santas en la Liturgia

La Liturgia es el lugar privilegiado, no el único, en el que los fieles se acercan a los Libros Sagrados. Desde los comienzos de la Iglesia, la lectura de las Escrituras ha formado parte de la liturgia cristiana, parcialmente heredera de la liturgia sinago-gal. En la Liturgia de la Iglesia, Cristo significa y realiza principalmente su misterio pascual y es en ella, todavía hoy, donde los cristianos entran en contacto con las Escrituras, en particular con ocasión de la celebración eucarística dominical. De hecho, «la dignidad de la Palabra de Dios exige que en la Iglesia haya un sitio reservado —el *ambón*— para su anuncio, hacia el que, durante la liturgia de la Palabra, se vuelva espontáneamente la atención de los fieles»[6]. En la Santa Misa, «la *liturgia de la Palabra* comprende "los escritos de los profetas", es decir, el Antiguo Testamento, y "las memorias de los apóstoles", es decir sus cartas, y los Evangelios; después la homilía que exhorta a acoger esta palabra como lo que es verdaderamente, Palabra de Dios»[7]. No consiste en una simple sucesión de lecturas, sino que debe incluir igualmente tiempos de silencio y de oración. Quien da a los lectores y a los oyentes, según las disposiciones de sus corazones, la inteligencia espiritual de la Palabra de Dios es el Espíritu Santo[8]. La *liturgia de la palabra* es también un elemento decisivo en la celebración de cada sacramento de la Iglesia.

En general, la Liturgia —y especialmente la *liturgia sacramental*, de la cual la celebración eucarística es su cumbre— realiza la actualización más perfecta de los textos bíblicos, ya que sitúa su proclamación en medio de la comunidad de los creyentes, reunidos alrededor de Cristo para aproximarse a Dios. Cristo está entonces «presente en su palabra, porque es Él mismo quien habla cuando las Sagradas Escrituras son leídas en la Iglesia»[9]. El texto escrito se vuelve así, una vez más, Palabra viva.

El Salterio es, sin duda, el libro en el que la Palabra de Dios se convierte en oración del hombre. La *liturgia de las Horas,* en particular, acude al libro de los Salmos para hacer orar a la comunidad cristiana. Himnos y oraciones están impregnados del lenguaje bíblico y de su simbolismo. Esto sugiere la necesidad de que la participación en la liturgia esté preparada y acompañada por la práctica de la lectura bíblica.

La Sagrada Escritura, alma de la Teología

La Exégesis, por ser una disciplina teológica —«fides quae-rens intellectum»—, mantiene estrechas y complejas relaciones con las demás disciplinas teológicas. Estas relaciones deben ser dialogantes y respetuosas. La Teología (sistemática), de una parte, ejerce un cierto influjo sobre la "precomprensión" o actitud previa con que los exegetas abordan los textos bíblicos; y la Exégesis, de otra, proporciona datos básicos a las otras disciplinas teológicas. En el caso de la Exégesis católica se trata de una *precomprensión basada sobre certezas de fe.*

Ahora bien, estas «certezas de fe» no llegan a los exegetas en estado bruto, sino después de haber sido elaboradas en la comunidad eclesial por la reflexión teológica. «El estudio científico de la Biblia no puede aislarse de la investigación teológica, ni de la experiencia espiritual, ni del discernimiento de la Iglesia. La Exégesis produce sus mejores frutos, cuando se hace en el contexto de la fe viva de la comunidad cristiana, orientada hacia la salvación del mundo entero.» (IBI, p. 105).

Los puntos de vista de la *Exégesis* y la *Teología* son diferentes, y deben serlo. La Escritura santa tiene una riqueza de significado que no puede ser completamente captado por la Teología sistemática ni quedar prisionero de ella; y, por eso, una de las principales funciones de la Escritura es lanzar serios desafíos a los sistemas teológicos y recordar continuamente la existencia de aspectos importantes de la divina revelación y de la realidad humana, que a veces son olvidados o descuidados por la reflexión teológica sistemática. Y, al mismo tiempo, la Exégesis debe dejarse iluminar por la investigación teológica; es decir, los teólogos presentarán a los exegetas cuestiones actuales importantes sobre determinados textos sagrados para conseguir una mayor comprensión especulativa de la fe cristiana.

En todo caso, la reflexión teológica, es reflexión sobre el dato revelado, que se contiene en la gran Tradición de la Iglesia —Escritura y tradición oral— custodiada por el Magisterio. En este sentido se dice que la Sagrada Escritura es el alma de la Teología.

Biblia y oración

La *Lectio divina*, como práctica, está testimoniada en el ambiente monástico desde épocas muy tempranas. Se trata de la lectura, individual o comunitaria, de un pasaje de la Escritura, acogido como Palabra de Dios, y que se desarrolla luego bajo la moción del Espíritu Santo en oración, meditación y contemplación. La meditación es, ante todo, búsqueda, porque el alma trata de comprender el por qué y el cómo de la vida cristiana para adherirse y responder a lo que el Señor pide. La oración contemplativa es, en cambio, la expresión más sencilla del misterio de la oración: «es una mirada de fe, fijada en Jesús, una escucha de la Palabra de Dios, un silencio de amor»[10]; mirada de fe que nos empuja a mezclarnos entre los personajes del NT: «saboread aquellas escenas conmovedoras —escribe san Josemaría— en las que el Maestro actúa con gestos divinos y humanos, o relata con giros humanos y divinos la historia sublime del perdón, la de su Amor ininterrumpido por sus hijos»[11].

El Concilio Vaticano II, ha vuelto a recomendar la lectura asidua de la Biblia a todos y, en particular, a los sacerdotes y re-ligiosos[12], como respuesta a la Palabra de Dios. En el pueblo cristiano han surgido a lo largo de los siglos numerosas iniciativas para una lectura individual y comunitaria.

Los Libros sagrados en la catequesis

La enseñanza y explicación de la doctrina cristiana, fin de la *catequesis,* tiene como primera fuente la Sagrada Escritura. Presentada en el contexto de la Tradición, es punto de partida, fundamento y norma de la praxis catequética[13]. La catequesis debe dirigirse a conseguir una justa comprensión de la Biblia y a orientar su lectura fructuosa, para descubrir la verdad divina que contiene, y suscitar una respuesta, lo más generosa posible, al mensaje que Dios dirige por su Palabra a la humanidad. La riqueza bíblica del *Catecismo de la Iglesia Católica,* publicado por el Papa Juan Pablo II, es el mejor ejemplo. «La catequesis de niños, jóvenes y adultos, está orientada a que la Palabra de Dios se medite en la oración personal, se actualice en la oración litúrgica, y se interiorice en todo tiempo, a fin de fructificar en una vida nueva. La catequesis es también el momento en que se puede purificar y educar la piedad popular. La memorización de las oraciones fundamentales ofrece una base indispensable para la vida de oración, pero es importante hacer gustar su sentido»[14].

La catequesis debe partir del contexto histórico de la revelación divina, presentando personajes y acontecimientos bíblicos a la luz del designio de Dios, pero no puede contentarse con un comentario superficial, que se queda en una consideración cronológica de la sucesión de acontecimientos y de personajes de la Biblia. Las palabras de los profetas y la de los «servidores de la Palabra»[15] deben constituir un único mensaje para los cristianos, sin perder su actualidad.

La presentación de los Evangelios debe hacerse de modo que provoque un encuentro con Cristo, que da la clave de toda la revelación bíblica y transmite la llamada de Dios, llamada de amor a la que cada uno debe personalmente responder. «Para ser *ipse Christus* hay que *mirarse en El.* No basta con tener una idea general del espíritu de Jesús, sino que hay que aprender de El detalles y actitudes. Y, sobre todo, hay que contemplar su paso por la tierra, sus huellas, para sacar de ahí fuerza, luz, serenidad, paz. Cuando se ama a una persona, se desean saber hasta los más mínimos detalles de su existencia, de su carácter, para así identificarse con ella. Por eso hemos de meditar la historia de Cristo, desde su nacimiento en un pesebre, hasta su muerte y su resurrección (...). Así nos sentiremos metidos en su vida. Porque no se trata sólo de pensar en Jesús, de representarnos aquellas escenas. Hemos de meternos de lleno en ellas, ser actores. Seguir a Cristo tan de cerca como Santa María, su Madre, como los primeros doce, como las santas mujeres, como aquellas muchedumbres que se agolpaban a su alrededor»[16].

La predicación y la Sagrada Escritura

Algo semejante podemos decir del ministerio de la *predicación*, que debe sacar de los textos sagrados un alimento espiritual adaptado a las necesidades actuales de los fieles cristianos. La finalidad de la predicación es difundir la fe cristiana, con un lenguaje vivo y ardiente, de manera que los oyentes se sientan movidos a practicarla, con la gracia de Dios. Se trata de instruir el entendimiento en la Palabra de Dios, provocar el afecto del oyente al oírla y mover su voluntad para que se determine a vivir y a amar lo aprendido.

Este ministerio se ejerce, sobre todo, en la *homilía,* que sigue a la proclamación de la Palabra de Dios en la celebración del sacrificio eucarístico. Para esta labor, son necesarios principios hermenéuticos válidos, porque una deficiente preparación en este campo provoca la tentación de renunciar a profundizar las lecturas bíblicas, contentándose con "moralizar" o hablar sólo de cuestiones actuales, sin iluminarlas con la Palabra de Dios.

La predicación sacerdotal, para que mejor mueva a las almas de los oyentes, no debe exponer la Palabra de Dios sólo de modo general y abstracto, sino aplicar a las circunstancias concretas de la vida la verdad perenne del Evangelio. Pero conviene evitar el defecto, bastante común, de insistir unilateralmente en las obligaciones que se imponen a los creyentes; el mensaje bíblico debe conservar su carácter principal de *buena noticia de salvación* ofrecida por Dios. La predicación será más útil y más conforme a la Biblia, si ayuda a los fieles, primero a «conocer el don de Dios»[17], tal como ha sido revelado en la Escritura, y luego a comprender de modo positivo las exigencias que de este don derivan.

La Biblia y la inculturación

No podemos terminar sin hacer antes una breve consideración sobre la tarea apostólica de la *inculturación.* «Es una tarea difícil y delicada —escribe Juan Pablo II—, ya que pone a prueba la fidelidad de la Iglesia al Evangelio y a la Tradición apostólica en la evolución constante de las culturas»[18]. El fundamento teológico de la inculturación es la convicción de fe de que la Palabra de Dios trasciende las culturas en las cuales se expresa, y tiene la capacidad de propagarse en todas ellas, de modo que pueda llegar a todos los hombres y mujeres de todos los tiempos.

La primera etapa de la inculturación es la traducción a otra lengua de la Escritura inspirada. Y toda traducción, como ya vimos, es siempre algo más que una simple transcripción del texto original. Esta etapa ha sido ya vivida en tiempos del AT, por ejemplo, al traducir el texto hebreo al griego (Los LXX) y más tarde al latín (Vulgata).

El paso de una lengua a otra comporta, pues, un cambio de contexto cultural: los conceptos no son idénticos y el alcance de los símbolos es diferente, ya que se relacionan con otras tradiciones de pensamiento y otras maneras de vivir. El mismo NT es buen ejemplo: escrito en griego, está marcado por un dinamismo de inculturación, ya que traspone en la cultura ju-deo-helenística el mensaje palestino de Jesús, manifestando así una clara voluntad de superar los límites de un medio cultural único.

«Si queremos evitar el resurgimiento de particularismos y también de nacionalismos exacerbados —dice el Papa—, debemos comprender que el anuncio del Evangelio debe estar profundamente arraigado en el carácter específico de las culturas y, a la vez, abierto a confluir en una universalidad que es intercambio para el enriquecimiento común»[19]. De la interpretación se pasa, pues, a otras etapas de inculturación[20], que llegan a la formación de una cultura local cristiana, extendiéndose a todas las dimensiones de la existencia: oración, trabajo, vida social, costumbres, legislación, ciencias y artes, reflexión filosófica y teológica. «Para que el Misterio de Cristo sea "dado a conocer a todos los gentiles para obediencia de la fe"[21], debe ser anunciado, celebrado y vivido en todas las culturas, de modo que estas no son abolidas sino rescatadas y realizadas por él[22].

La multitud de los hijos de Dios, mediante su cultura humana propia, asumida y transfigurada por Cristo, tiene acceso al Padre, para glorificarlo en un solo Espíritu»[23]. No se trata, ya se ve, de un proceso en un sentido único, sino de una recíproca fecundación: por una parte, las riquezas contenidas en las diversas culturas permiten a la Palabra de Dios producir nuevos frutos; y por otra, la luz de la Palabra de Dios permite seleccionar lo que aportan las culturas, para rechazar los elementos dañinos y favorecer el desarrollo de los aspectos válidos[24].

Conclusiones

«Es tan grande el poder y la fuerza de la *Palabra de Dios*, que *constituye el sustento y vigor de la Iglesia,* firmeza de fe para sus hijos, alimento del alma, fuente límpida y perenne de vida es-piritual»[25]. La Biblia tiene, pues, mucho que hacer y decir a la existencia cristiana ordinaria de cada hombre o mujer creyentes. En la vida corriente de un cristiano, la Sagrada Escritura es un referente fundamental, donde encuentra de modo vivo y verdadero al Dios en quien cree —*hecho carne y hecho palabra*—, para alimentar nuestra vida espiritual.

La Iglesia ha recomendado, siempre y con insistencia, a todos los bautizados la lectura frecuente de la Biblia para que adquieran la *ciencia suprema de Jesucristo*[26]*,* ya que desconocer la Escritura —según san Jerónimo— es desconocer a Cristo[27]. Dicho de otra manera, con las palabras de un hombre de oración: «Al abrir el Santo Evangelio, piensa que lo que allí se narra —obras y dichos de Cristo— no sólo has de saberlo, sino que has de vivirlo. Todo, cada punto relatado, se ha recogido, detalle a detalle, para que lo encarnes en las circunstancias concretas de tu existencia. —El Señor nos ha llamado a los católicos para que le sigamos de cerca y, en ese Texto Santo, encuentras la Vida de Jesús; pero, además, debes encontrar tu propia vida. Aprenderás a preguntar tú también, como el Apóstol, lleno de amor: "Señor, ¿qué quieres que yo haga?..." —¡La voluntad de Dios!, oyes en tu alma de modo terminante. Pues, toma el Evangelio a diario, y léelo y vívelo como norma concreta. —Así han procedido los santos»[28].

1 Cfr Ioh 10,16; 15,4-5; 17,11.20.23.
2 Cfr Eph 1,22-23; 4,2-5.12-16; Phil 2,1-5; 1 Cor 12,14-27; Rom 12,4.
3 Cfr Eph 4,4-6; Gal 3,27-28; vid. Juan Pablo II, Ut unum sint, 25-V- 1995.
4 Cfr Act 2,44; 4,32; vid. Juan Pablo II, Carta apost. Orientale lumen, 2- V-1995, n. 7.
5 PCB, La Interpretación de la Biblia en la Iglesia, IV.C.4; cfr UR, 8; cfr etiam Rom 12,4-5. En los nn. 88-96 de la Ut unum sint, Juan Pablo II analiza el misterio de unidad del Obispo de Roma; vid. etiam Tertio Millennio Adveniente, 10-XI-1994, n. 55.
6 IGMR 272; cfr CEC, 1184.
7 CEC, 1349.
8 Cfr CEC, 1101.
9 SC, 7.

10 CEC, 2716.
11 Amigos de Dios, n. 216.
12 Cfr DV, 25.
13 SC, 35; Directorio. catequético general, 1971, 16.
14 Cfr CT, 54-55; vid. CEC, 2688.
15 Cfr Lc 1,2.
16 Beato Josemaría Escrivá, Es Cristo que pasa, n. 107.
17 Cfr Ioh 4,10.
18 Juan Pablo II, exhort. Apost. La Iglesia en Africa, 14-IX-1995, n. 62.
19 Juan Pablo II, Orientale lumen, n. 7.
20 Cfr AG, 11 y 22.
21 Rom 16,26.
22 Cfr CT, 53.
23 CEC, 1204.
24 Cfr PCB, La Interpretación de la Biblia en la Iglesia, IV.B.
25 DV, 21; CEC, 131.
26 Phil 3,8.
27 Cfr DV, 25; CEC, 133.
28 Beato Josemaría Escrivá, Forja, n. 754.

EPILOGO

Por lo que afecta a esta nueva edición, no puedo dejar de mencionar el XII Sínodo de los Obispos, celebrado en octubre y noviembre de 2008, sobre *el misterio de la Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia.*

Tras las intervenciones de los Padres Sinodales, de valor únicamente consultivo, se ha publicado el *Mensaje del Sínodo al Pueblo de Dios,* donde se subrayan cuatro aspectos:

1. La voz de la palabra es la revelación.
2. El rostro de la Palabra es Jesucristo.
3. La casa de la palabra es la Iglesia.
4. Los caminos de la Palabra: la misión.

Entre las conclusiones de ese documento, destacamos las siguientes líneas: «La Palabra de Dios, en efecto, es *"más dulce que la miel, más que el jugo de panales"* (Sal 19,11), es *"antorcha para mispasos, luzpara mi sendero"*(Sal 119,105), pero también *"como el fuego y como un martillo que golpea la peña"* (Jr 23,29). Es como una lluvia que empapa la tierra, la fecunda y la hace germinar, haciendo florecer de este modo también la aridez de nuestros desiertos espirituales (cf. Is 55,10-11). Pero también es *"viva, eficaz y más cortante que una espada de dos filos. Penetra hasta la división entre alma y espíritu, articulaciones y médulas; y discierne sentimientos y pensamientos del corazón"* (Hb 4,12).

»Nuestra mirada se dirige con afecto a todos los estudiosos, a los catequistas y otros servidores de la Palabra de Dios para expresarles nuestra gratitud más intensa y cordial por su precioso e importante ministerio. Nos dirigimos también a nuestros hermanos y hermanas perseguidos o asesinados a causa de la Palabra de Dios y el testimonio que dan al Señor Jesús (cf. Ap 6,9): como testigos y mártires nos cuentan *"la fuerza de la palabra"* (Rm 1,16), origen de su fe, su esperanza y su amor por Dios y por los hombres.

»Hagamos ahora silencio para escuchar con eficacia la Palabra del Señor y mantengamos el silencio de la escucha porque seguirá habitando, viviendo en nosotros y hablándonos. Hagámosla resonar al principio de nuestro día, para que Dios tenga la primera palabra y dejémosla que resuene dentro de nosotros por la noche, para que la última palabra sea de Dios».

Y, además, los Padres Sinodales piden humildemente al Santo Padre que valore la oportunidad de ofrecer un documento (una exhortación apostólica) sobre *el misterio de*

la Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia, también a la luz del año dedicado a San Pablo, apóstol de las gentes, en el bimilenario de su nacimiento.

En efecto, el Sínodo ofreció al Papa 55 proposiciones muy variadas, agrupadas del siguiente modo:

— Introducción (1 y 2);
— La Palabra de Dios en la fe de la Iglesia (3-13);
— La Palabra de Dios en la vida de la Iglesia (14-37);
— La Palabra de Dios en la misión de la Iglesia (38-54);
— Conclusión (55).

Tras esta asamblea sinodal, es de esperar un documento de Benedicto XVI que sirva de motor para una humanidad tan necesitada del impulso transformador del Evangelio. Jesucristo, Palabra de Dios que sigue iluminando nuestro mundo, fecunda las culturas de la tierra y cambia el corazón de los seres humanos proporcionándoles vida y esperanza en medio de tanto sufrimiento.

TABLA I

CUADRO DE LOS LIBROS CANÓNICOS

ANTIGUO TESTAMENTO	NUEVO TESTAMENTO
Libros históricos El Pentateuco Génesis.........................Gen Éxodo...........................Ex Levítico ....Lev Números.......................Num Deuteronomio ....Dt Otros libros históricos Josué............................Ios Jueces...........................Iud Rut ....Rut Samuel (1).....................1 Sam Samuel (2).....................2 Sam Reyes (1) ....1 Reg Reyes (2) ....2 Reg Crónicas (1)....................1 Chr Crónicas (2)....................2 Chr Esdras ....Esd Nehemías.......................Neh Tobías..........................Tob Judit............................Idt Ester............................Est Macabeos (1)..................1 Mach Macabeos (2)..................2 Mach	**Libros históricos** Evangelios Mateo...........................Mt Marcos..........................Mc Lucas............................Lc Juan............................Ioh Hechos de los Apóstoles.............Act
	Libros sapienciales Cartas de san Pablo Romanos.......................Rom

Libros sapienciales
Job............................Iob
Salmos..........................Ps
Proverbios ....Prv
Qohelet o Eclesiastés ....Qoh
Cantar de los cantares ....Cant
Sabiduría ....Sap
Sirácida o Eclesiástico..............Sir

Corintios (1) ....1 Cor
Corintios (2) ....2 Cor
Gálatas.........................Gal
Efesios........................Eph
Filipenses ....Phil
Colosenses......................Col
Tesalonicenses (1)..............1 Thes
Tesalonicenses (2)..............2 Thes
Timoteo (1)...................1 Tim
Timoteo (2)...................2 Tim
Tito ....Tit
Filemón......................Philm
Hebreos ....Heb
Cartas católicas
Santiago.........................Iac
Pedro (1)......................1 Pet
Pedro (2)......................2 Pet
Juan (1).......................1 Ioh
Juan (2).......................2 Ioh
Juan (3).......................3 Ioh
Judas..........................Ids

Libros proféticos		**Libros proféticos**	
Profetas mayores			
Isaías.....................	......Is	Apocalipsis	. . . . Apc
Jeremías....................	.....Ier		
Lamentaciones..............	. . . Lam		
Baruc.....................	..... Bar		
Ezequiel...................	..... Ez		
Daniel	. . . . Dan		
Profetas menores			
Oseas	.....Os		
Joel	. . . . Ioel		
Amós.....................	. . . . Am		
Abdías.....................	. . . . Abd		
Jonás	..... Ion		
Miqueas	. . . Mich		
Nahún	. . . . Nah		

Habacuc....................	. . . . Hab		
Sofonías....................	. . . Soph		
Ageo.......................	.....Ag		
Zacarías....................	. . . Zach		
Malaquías...................	Mal		

TABLA II

CRONOLOGÍA BÍBLICA

ANTIGUO TESTAMENTO

	Los Patriarcas	
1850	Elección y promesa	Abraham
	De Ur a Canán	
	Dios renueva la Promesa	Isaac
	El ángel cambia el nombre a Jacob por Israel (=fuerte con Dios)	Jacob
1700	José es vendido por sus hermanos y se instala en Egipto	José
	Desarrollo del pueblo hebreo.	
	El Éxodo	
1250	Elección de Moisés	Moisés
	Institución de la Pascua	
	Liberación del pueblo hebreo	
	La Alianza del Sinaí	
	Entrada en la tierra prometida	
1200	Paso del Jordán	Josué
	Conquista y reparto de Canaán	
	Los Jueces	
	Guías y libertadores de Israel (1200-1025)	

1125	Vencen a los cananeos en taanak	Débora y Baraq
1040	Samuel, Juez y Profeta. El Santuario de Silo.	Samuel
	Instauración de la Monarquía	
1030	Autoridad teocrática del rey	Saúl
	Victoria sobre los ammonitas y filisteos	
1010	David toma Jerusalén	David
	Unificación de las doce tribus	
	Jerusalén, capital religiosa y política	
	Promesa de Natán: el Mesías, hijo de David	
970	Construcción del Templo	Salomón
	Matrimonio con la hija del Faraón	
	Crisis religiosa y descontento en las tribus del Norte	
	Cisma político y religioso	
931	División del Reino. Samaría se separa de Judá	Asamblea de Siquem
	Jeroboam I reina en el Norte y Roboam en el Sur	
	Actividad de los profetas	
874	Ajab se casa con Jezabel, hija del rey de Tiro	Elías
	Comienza en el Norte el culto a Baal	
	Reacción de Elías. El desafío del Carmelo	
870	Josafat lucha contra la idolatría. Alianza con Ajab	
850	Continúa la actividad desplegada por Elías	Eliseo
750	Amós y Oseas profetizan en el Reino del Norte	Amós y Oseas
740	Isaías y Miqueas profetizan en el Reino del Sur	Isaías y Miqueas
721	Caída del Reino del Norte. Toma de Samaría	
	Salmanasar V deporta a sus habitantes	
700	El rey Ezequías realiza obras en Jerusalén	
	Se construye el canal de Siloé	
630	El año 622 se descubre el Deuteronomio	Sofonías
	Reforma religiosa de Josías	

612	Nahúm profetiza la caída de Nínive	Nahúm
605	Daniel es deportado a Babilonia	Daniel
	La corte de Nabucodonosor	
605	Jeremías previene el castigo de Judá	Jeremías
	Profecía de las 70 semanas	

El Exilio

598	Nabucodonosor II invade Jerusalén	
	El rey Joaquín se entrega y es sustituido por su tío Sedecías	
597	Primera deportación y fin del Reino de Judá	Ezequiel
	Ezequiel es deportado y predice la ruina de Jerusalén	
589	Rebelíon de Sedecías	
587	Destrucción final del Templo	
	Segunda deportación a Babilonia	
	Ezequiel, profeta de la esperanza para los desterrados	

El retorno

Dominación persa (539-333)

539	Ciro II, rey de Persia, conquista Babilonia	
538	Por un edicto regresan los judíos a su tierra	
520	Comienza la construcción del Segundo Templo	
	Fuerte oposición de los samaritanos	
	Actividad profética de Ageo y Zacarías	Ageo y Zacarías
458	Misión de Esdras	Esdras
445	Construcción de la muralla de Jerusalén	Nehemías

Dominación griega (333-63)

333	Alejandro Magno conquista Siria	
	Destrucción del Imperio persa	
323	Muere Alejandro y se divide su Imperio	
	Los Lágidas (Tolomeos) se instalan en Egipto	
	Los Seléucidas se instalan en Siria	

	Judea es sometida a los Lágidas hasta el 197 Judea cae en poder de los Seléucidas desde el 197 al 142	
	Judea cae en poder de los Seléucidas desde el 197 al 142	
167	Comienza la época de las persecuciones	Antíoco IV Epífanes
	El gran peligro de la helenización para los judíos	
	Decreto de abolición de las costumbres judías	
	Se instala en el Templo el culto a Júpiter	
	La rebelión judía no se hace esperar	
	Gesta de los hermanos Macabeos	
145	Inicio de la secta de los fariseos	
	La comunidad de Qumrán	
134	Juan Hircano, Sumo Sacerdote y etnarca	Juan Hircano
	Favorece el helenismo	
	Resurgen las aspiraciones mesiánicas nacionales	

Dominación romana (63 a.C.-135 d.C.)

63	Pompeyo conquista Jerusalén	
37	Reinado de Herodes el Grande	
	Construye la fortaleza Antonia, el palacio y el Herodión	
20	Inicia la reconstrucción del Templo	

NUEVO TESTAMENTO

	Nacimiento de Jesús	Herodes el Grande
	Presentación en el Templo y circuncisión	
	Matanza de los Inocentes	
4	Muerte de Herodes	
	Su cuerpo es trasladado al Herodion	
6	Gobierno de los Procuradores en Judea y Samaría	
14	Tiberio, Emperador de Roma (14-37)	Tiberio
15	Destitución de Anás	

18 Caifás, nombrado Sumo Sacerdote (18-36) Poncio Pilato, designado Procurador (26-36) Caifás

26 Poncio Pilato, designado Procurador (26, 36) Poncio Pilato

27 **Predicación de Juan el Bautista**
Bautismo de Jesús
Ayuno y tentaciones en el desierto

28 **El ministerio público de Jesús**
Boda en Caná de Galilea
Vendedores del Templo
Diálogo con Nicodemo
El Bautista en prisión
En el pozo de Sicar
Elección de los Apóstoles
Sermón de la Montaña
Centurión de Cafarnaún
En la fiesta de los Tabernáculos
Parábola del sembrador
Tempestad calmada
En la sinagoga de Nazaret
29 Misión de los Doce
Muere el Bautista decapitado en Maqueronte
Primera multiplicación de los panes
Viaje a Tiro y Sidón
En Cesarea de Filipo
Transfiguración en el Tabor
El didracma
En la fiesta de los Tabernáculos
El ciego de Siloé
Misión de los 72 discípulos
La fiesta de la Dedicación

Muerte y Resurrección de Jesús
30 Curación de los diez leprosos

	Resurrección de Lázaro	
	Muerte y Resurrección de Jesús (Pascua)	
	Ascensión	
	Pentecostés (50 días después de la Pascua)	
	Tiempo de la Iglesia	
33	Muerte de Esteban, el diácono y protomártir	
33	Conversión de Saulo	
	Se predica el Evangelio en Samaría y Antioquía	
44	Herodes Agripa manda decapitar a Santiago el Mayor	Herodes Agripa I
	Encarcelamiento de Pedro y liberación por el ángel	
45	Primer viaje paulino: Pablo y Bernabé (45-49)	
49	Concilio de Jerusalén	
	Expulsión de los judíos de Roma	Claudio
50	Segundo viaje paulino (50-52)	
53	Tercer viaje paulino (53-58)	
54	Nerón, elegido Emperador de Roma (54-68)	Nerón
62	Martirio de Santiago el Menor en Jerusalén	
64	Incendio de Roma	
	Persecución de los cristianos	
64	Martirio de Pedro en Roma (64 ó 65)	
66	Sublevación judía en Palestina	
67	Martirio de Pablo en Roma	
69	Vespasiano elegido Emperador de Roma	
	Destrucción del Templo de Jerusalén	
70	Sitio y toma de Jerusalén por Tito	
	Gran desarrollo de la Iglesia	
95	Domiciano persigue a los cristianos	Domiciano
	Destierra a Juan a Patmos	
100	Muere san Juan, el Apóstol, en Éfeso.	

BIBLIOGRAFÍA BÍBLICA

Manuales

AA. VV., *Manual Bíblico,* 4 vols., Casa de la Biblia, Madrid 1966-1968.

AA.VV., *La Biblia en su entorno,* col. «Introducción al estudio de la Biblia», Verbo Divino, Estella 1992.

AA.VV., *Diccionario enciclopédico de la Biblia,* Herder, Barcelona 1993.

Artola, A.M.-Sánchez Caro, J.M., *Biblia y Palabra de Dios,* Col. «Introducción al estudio de la Biblia», vol 2, Verbo Divino, Estella 1992.

Casciaro, J.M.-Monforte, J.M., *Dios, el mundo y el hombre en el mensaje de la Biblia,* EUNSA, Pamplona 1992.

Casciaro, J.M.-Monforte, J.M., *Jesucristo, Salvador de la Humanidad.* Panorama bíblico de la Salvación, Eunsa, Pamplona 1996.

Díaz Rodelas, Juan Miguel, *Introducción a la Sagrada Escritura,* Siquem ediciones, Valencia 2004.

George, A.-Grelot, P., *Introducción Crítica al Nuevo Testamento,* Herder, Barcelona 1983.

Mannucci, V., *La Biblia como Palabra de Dios,* 3.ª ed., Desclée de Brouwer, Bilbao 1995.

Meinertz, M., *Teología del Nuevo Testamento,* Fax, Madrid 1966.

Segalla, G., *Panoramas del Nuevo Testamento,* Verbo Divino, Estella 1989.

Tabet, M.A., *Una introducción a la Sagrada escritura,* Rialp, Madrid 1981.

Tabet, M.A., *Introducción general a la Biblia,* Palabra, Madrid 2004.

Ediciones de la Sagrada Escritura y Comentarios

AA.VV., *Sagrada Biblia. Antiguo y Nuevo Testamento,* 5 vols., Pamplona 1997-2004.

AA.VV., *Sagrada Biblia. Nuevo Testamento,* 12 vols. EUNSA, Pamplona 1980-1989.

AA.VV., *Sagrada Biblia. Santos Evangelios,* EUNSA, 3.ª ed. Pamplona 1990.

AA.VV., *Biblia de Jerusalén,* Desclée de Brouwer, Bilbao, 2.a ed. 1978.

AA.VV., *Introducción al estudio de la Biblia,* 10 vols., Verbo Divino, 1992-1995.

Ausejo, Serafín de, *La Biblia,* Herder 1975.

Cantera, F.-Iglesias, M., *Sagrada Biblia,* Versión crítica sobre los textos hebreo, arameo y griego, BAC, Madrid 1979.

Díez Macho, A., *Sagrada Biblia,* Ed. Codex, Madrid-Buenos Aires 1963.

Garofalo, S., (dir.), *Biblia,* Labor, 3 vols., Barcelona 1969.

Izquierdo, C. y otros (dirs.), *Dios en la palabra y en la historia,* EUNSA, Pamplona 1993.

Martín Nieto, E., *La Santa Biblia,* Ed. Paulinas, Madrid 1964.

Nacar, E.-Colunga, A., *Sagrada Biblia,* BAC, 23.a ed., Madrid 1967.

Orchard, B. y otros, *Verbum Dei. Comentario General a la Sagrada Escritura,* Herder, 4 vols., Barcelona 1956-1959.

Profesores de la Compañía de Jesús, *La Sagrada Escritura,* BAC, 9 vols., Madrid 1967-1971.

Profesores de Salamanca, *Biblia Comentada,* BAC, 7 vols., Madrid 19611967.

Robert, A.-Feuillet, A., *Introducción a la Biblia,* Herder, Barcelona 1965.

Diccionarios y Enciclopedias

AA.VV., *Enciclopedia de la Biblia,* Verbo Divino y Ediciones Paulinas, Madrid 1983

Brown-Fitmyer-Murphy, *Nuevo Comentario Bíblico San Jerónimo,* 2 vols., Verbo Divino, Estella 2005.

Bauer, J.B., *Diccionario de Teología Bíblica,* Herder, Barcelona 1967.

Brosse, O., (dir.), *Diccionario del Cristianismo,* Herder, Barcelona 1973.

Coenen-Beyreuther-Bietemhard, *Diccionario teológico del Nuevo Testamento,* 4 vols., Sígueme, Salamanca 1990.

Díez Macho, A.-Bartina, S., (dirs.), *Diccionario de la Biblia,* Ed. Garriga, 6 vols., Barcelona 1969.

Fernández Ramos, Felipe, *Diccionario del mundo joánico,* Ed. Monte Carmelo, Burgos 2004.

Haag, H., *Breve Diccionario de la Biblia,* Herder, Barcelona 1976.

Jenni, E.-Westermann, K., *Diccionario Teológico Manual del Antiguo Testamento,* Cristiandad, Madrid 1978.

Millán, A.-Gutiérrez Ríos, E.-Pérez Embid, F.-Casciaro, J.M., (dirs.), *Gran Enciclopedia Rialp,* Rialp, 25 vols., Madrid 1979.

Pirot, L.-Robert, A., (Continué sous la dir. de H. Cazelles et A. Feuillet), *Dictionnaire de la Bible. Supplément,* Letouzey et Ané, Paris 19281988.

Monografías

AA.VV., *Iniciación a la lectura del Nuevo Testamento,* Ed. Desclée de Brouwer, Bilbao 1979.

Aranda, Gonzalo, Daniel. *Comentario a la nueva Biblia de Jerusalén,* Desclée de Brouwer, Bilbao 2006.

Alonso Martín, L., voz *Mito y Mitologías,* en GER 16 (1979) 58-63.

Aranda, G., *La Sagrada Escritura en el Catecismo de la Iglesia Católica,* en «Scripta Theologica» 25 (1993) 473-509.

Arnaldich, L., *El Origen del mundo y del hombre según la Biblia,* Rialp, Madrid 1959.

Artola, A.M., *La inspiración bíblica en el documento sobre la interpretación de la Biblia en la Iglesia,* «Scripta Theologica» 27 (1995) 179185.

Basevi, C., *La función hermenéutica de la Tradición de la Iglesia,* en «Scripta Theologica»18 (1986) 159-174.

Bea, A., *La Historicidad de los Evangelios Sinópticos,* Razón y Fe, Madrid 1965.

Benoit, P, *Exégesisy Teología,* vol. 2., Studium, Madrid 1974.

Casciaro, J.M., *El Tiempo y la Historia en San Pablo,* en «Atlántida» II,12 (1964) 576-593.

Casciaro, J.M., *El método histórico-crítico en la interpretación de la Biblia,* en «Scripta Theologica» 27 (1995) 131-140.

Cerfaux, L., *Jesús en los orígenes de la Tradición,* Desclée de Brouwer, Bilbao 1970.

Daniélou, J., *Los evangelios de la infancia,* Herder, Barcelona 1969.

Delgado, A., *La unidad de las Escrituras,* en «Scripta Theologica» 4 (1972) 7-82; 279-756.

De la Potterie, I., *La Verdad de Jesús,* Madrid 1979.

Díez Macho, A., *La Resurrección de Jesucristo y la del hombre en la Biblia,* Ed. Fe Católica, Madrid 1977.

Díez Macho, A., *El Mesías anunciado y esperado,* Ed. Fe Católica, Madrid 1976.

Díez Macho, A., *Los Apócrifos* del AT, vol. 1, Madrid 1983.

Fernández Carvajal, F.-Beteta, P., *Hijos de Dios. La filiación divina que vivió y predicó el Beato Josemaría Escrivá,* Palabra, Madrid 1995.

Fitzmyer, J.A., *Teología de San Pablo,* Ed. Cristiandad, Madrid 1975.

Flavio Josefo, *Guerra Judaica.*

Flavio Josefo, *Antiquitates Iudaicae.*

García-Cordero, M., *Las esperanzas mesiánicas judías y el mesianismo de Jesús,* en Aa.Vv., Biblia, Exégesis y Cultura (Estudios en honor del Prof. Casciaro), EUNSA, Pamplona 1994, pp. 221-247.

García-Moreno, A., *Pueblo, Iglesia y Reino de Dios,* Rialp, Madrid 2003.

Garofalo, S., *El valor perenne del Evangelio,* en «Scripta Theologica» 24 (1992) 13-39.

Garrido, M.A., *Teoría de los géneros literarios,* Madrid 1988.

Gelin, A., *El Alma de Israel en la Biblia,* Ed. Casal i Vall, Andorra 1959.

Grelot, P, *Los Evangelios y la Historia,* Herder, Barcelona 1987.

Guerra, M., *Antropologías y Teología,* EUNSA, Pamplona 1976.

Guerra, M., *Historia de las Religiones,* 3 vols. EUNSA, Pamplona 1980.

Latourell, R., *Teología de la Revelación,* Sígueme, Salamanca 1967.

Leal, J., *Sinopsis de los Cuatro Evagelios,* BAC n.° 24, Madrid 1954.

Messori, V., *Patì sotto Ponzio Pilato? Un'indagine sulla passione e morte di Gesù,* Società Editrice Internazionale, Torino, 2.ª ediz. 1992 (versión española: *¿Padeció bajo Poncio Pilato?,* Rialp, Madrid 1994).

Mondin, B., *La expresión del misterio revelado en el lenguaje humano,* en «Scripta Theologica» 24 (1992) 813-838.

Monforte, J.M., *Acceso a la «enseñanza sapiencial» de Cristo, a través de una hermenéutica histórico-crítica,* en AA.VV., *La Palabra de Dios y la Hermenéutica,* «Actas del VI Simposio de Teología Histórica», Valencia, pp. 189-308.

Monforte, J.M., *Escatologíay esperanza en 2 Pet3,3-15,* en AA.VV., *Esperanza del hombre y Revelación bíblica,* XIV Simposio Internacional de Teología, Pamplona, 1996, pp. 165-179.

Morales, J., *El Misterio de la Creación,* EUNSA, Pamplona 1994.

Muñoz Iglesias, S., *Evangelios de la Infancia de Jesús,* en GER, Rialp, 9 (1979) 599.

Muñoz León, D., *Los sentidos de la Escritura,* en «Scripta Theologica» 27 (1995) 99-122.

Ocáriz, F.-Mateo Seco, L.F.-Riestra, J.A., *El misterio de Jesucristo,* EUNSA, Pamplona 1993.

Pozo, C., *María en la obra de la Salvación,* BAC n. 360, Madrid, 2.a edic 1990.

Ratzinger, J., *Transmisión de la fe y fuentes de la fe,* en «Scripta Theologica» 15 (1983) 9-30.

Rodríguez Cardona, A., *Evangelios sinópticos y Hechos de los Apóstoles,* Verbo Divino, Estella 1992, pp. 278-387.

Schnackenburg, R., *Reino y Reinado de Dios. Estudio teológico-bíblico,* Ed. Fax, Madrid, 2.a edic. 1970.

Spicq, C., *Teología Moral del Nuevo Testamento,* EUNSA, 2 vols., Pamplona 1970-l973.

Ratzinger, Josef (y otros), *Escritura e interpretación. Los fundamentos de la interpretación bíblica,* Palabra, Madrid 2003.

Tabet, M.A., *La lectura cristiana de la Biblia según Santo Tomás,* en «Scripta Theologica» 11 (1979) 197-229.

Tabet, M.A., *Tradición e interpretación,* en «Scripta Theologica» 15 (1983) 119-142.

Varo, F., *Acercamientospsicoanalíticos a la lectura de la Biblia,* en «Scripta Theologica» 27 (1995) 149-162.

Varo, F., *El marco histórico del AT. Perspectivas actuales,* 27 (1995) 751788.

Varo, Francisco, *Números. Comentario a la nueva Biblia de Jerusalén,* Desclée de Brouwer, Bilbao 2008.

Westermann, C., *El Antiguo Testamento y Jesucristo,* Madrid 1972.

Wright, G.E., *Arqueología Bíblica,* Ed. Cristiandad, Madrid 1975.

Zimmermann, H., *Los Métodos histórico-críticos en el Nuevo Testamento,* BAC, n. 295, Madrid 1969.

Lecturas bíblicas para todos

Ausín, S., *La Infancia de Jesús en los Evangelios,* Palabra, Folletos MC, n. 549, Madrid 1992.

Auzou, G., *La Tradición Bíblica,* 2.a ed., Fax, Madrid 1966.

Balaguer, Vicente (y otros), *Comprender los Evangelios,* EUNSA, Pamplona 2005

Benedicto XVI, *La Iglesia de Cristo,* Cristiandad, Madrid 2007.

Brunot, A., *San Pablo y su mensaje,* Ed. Casall i Vall, col. «Yosé-yo creo», n. 70, Andorra 1959.

Casciaro, J.M., *Jesús de Nazaret,* Alga Editores, Murcia 1994.

Daniel-Rops, *El pueblo de la Biblia,* col. Arcaduz, Palabra, Madrid 1989.

Daniel-Rops, *¿Qué es la Biblia?,* Ed. Casall i Vall, col. «Yo sé-yo creo», n. 60, Andorra 1961.

Cerfaux, L., *Jesucristo en San Pablo,* Bilbao 1967.

García-Moreno, Antonio, *La Biblia, encuentro con Dios. Evangelio de Juan,* Rialp, Madrid 2008.

Fuentes Mendiola, A., *Qué dice la Biblia,* EUNSA, Pamplona 1983. Holzner, Josef, *San Pablo, heraldo de Cristo,* Herder, 15.ª ed., Barcelona 2002.

López Pardo, *La Biblia, Palabra de Dios,* Palabra, Folletos MC, n. 66, Madrid 1968.

Ocáriz, F.-Celaya, I. de, *Vivir como hijos de Dios,* EUNSA, Pamplona 1993.

Rodríguez, Pedro, *Evangelio y oración. Lectio divina,* Rialp, Madrid 2008.

Surgy, P de, *Las Grandes Etapas del Misterio de la Salvación,* Nova Terra, 9.a ed., Barcelona 1973.

Urbina, P.A., *Dios, el Hijo de María,* Rialp, Madrid 1995.

Varo, Francisco, *Las claves de la Biblia,* Palabra, Madrid 2007.

Lecturas bíblicas para personas de cultura teológica

Aranda-Caballero, *La Sagrada Escritura, Palabra actual,* Eunsa, Pamplona 2005.

Balaguer-Caballero, *Palabra de Dios, Sagrada Escritura, Iglesia,* Eunsa, Pamplona 2008.

Bea, Card. Agustín, *La historicidad de los Evangelios,* col. Biblioteca de cuestiones actuales, n. 57, Ed. Fax, Madrid 1965.

Blanchard, R.-Du Buit, M., *La tierra de la promesa. Geografía de la Tierra Santa,* Ed. Casall i Vall, col. «Yosé-yo creo», n. 61, Andorra 1966.

Casciaro, J.M., *Jesucristo y la sociedad política,* Ed. Palabra, Madrid, 3.a edic. 1973.

Cerfaux, L., *El cristiano en San Pablo,* Bilbao 1965.

Cerfaux, L., *La Iglesia de San Pablo,* Bilbao 1959.

Grelot, P., *Sentido Cristiano del Antiguo Testamento,* Desclée de Brouwer, Bilbao 1967.

Pontificia Comisión Bíblica, *La interpretación de la Biblia en la Iglesia,* PPC 7.a ed., Madrid 2001.

Pontificia Comisión Bíblica, *El pueblo judío y sus Escrituras Sagradas en la Biblia cristiana,* PPC, Madrid 2002.

Ratzinger, J., *La Iglesia, una comunidad siempre en camino.* Ed. Paulinas, Madrid 1992.

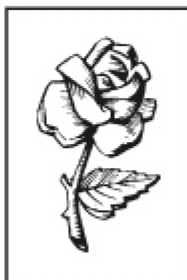
Ratzinger, Josef (Benedicto XVI), *Jesús de Nazaret,* La Esfera de los Libros, Madrid 2007.

Scheifler, J.R., *Así nacieron los Evangelios,* Mensajero, Bilbao 1967.

Schnackenburg, R., *Existencia cristiana según el NT,* 2 vols., Verbo Divino, Estella 1971.

EDICIÓN DIGITAL EN CASTELLANO

ESTE LIBRO DIGITAL, PUBLICADO POR
EDICIONES RIALP, S. A., ALCALÁ, 290, 28027 MADRID, Y
PREPARADO POR DIGITT.ES
SE TERMINÓ
EL DÍA 19 DE MARZO DE 2012
FESTIVIDAD
DE SAN JOSÉ



WWW.RIALP.COM

Índice